

VERDADERA
HISTORIA
DE LOS PONTIFICES,

ESCRITA POR EL PRESBITERO D.

FLORENCIO PARCA,

NO SEA

Refutación del cuaderno intitulado:

"Despertador de los fanáticos. Extracto
de los retratos de varios Papas."



GUADALAJARA.

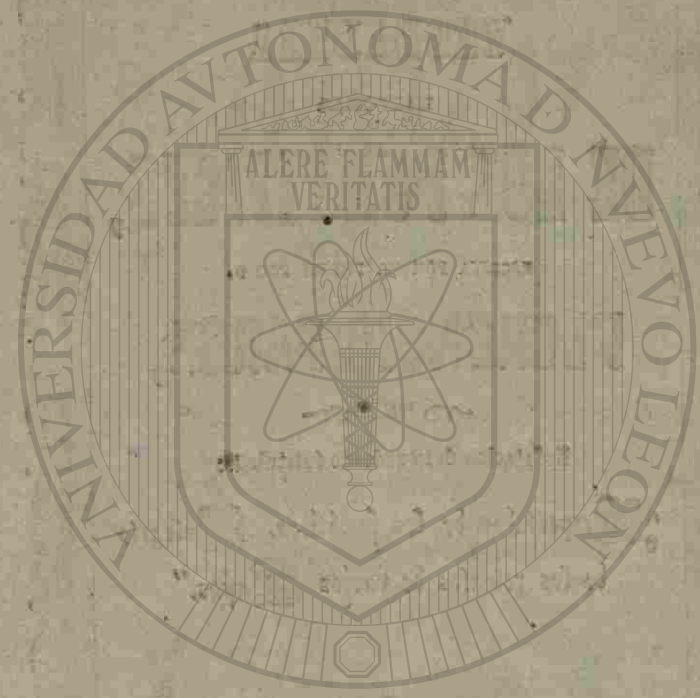
Imp. de Rodriguez.—2.ª calle de Catedral, núm. 13.
1867.

BX955

P36

41970

00480



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VERDADERA HISTORIA DE LOS PONTIFICES,

ESCRITA POR EL PRESBITERO D.

Florencio Varga,

NO SEAN

REFUTACION DEL CUADERNO INTITULADO:

"Despertador de los fanáticos. Extracto de los retratos de varios Papas."



GUADALAJARA, 1867.

Imprenta de Dionisio Rodriguez.—2.ª calle de Catedral, número

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41970

BX 955

P36



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

¿QUIÉN ES EL PAPA?

**El Romano Pontífice á quien debemos entera
obediencia.**

No soy yo, á Dios gracias, de los que, cuando han hojeado mas ó menos libros, se avergüenzan de repetir lo que nos enseñaron nuestros padres y maestros cuando niños. Siempre que me he hecho esta pregunta que todos los católicos nos hacemos, *¿Quién es el Papa?* y he dejado el catecismo del Padre Ripalda, de quien algunos tan neciamente se burlan, para ir, llevado del anhelo de estudiar algo la magnífica cuestion, el hecho, diré mejor, del papado, á pedir una respuesta á la historia, una leccion á la critica y un poco de sus luces á los escritores que debaten en el campo de la discusion ese asunto siempre antiguo y siempre nuevo; he vuelto á decirme con el acento de la mas profunda conviccion: ¡El Papa! *Es el Romano Pontífice á quien debemos entera obediencia.* Sí, esa respuesta tan sencilla, tan breve, lo dice todo: á ella vienen á parar, de induccion en induccion, todas las investigaciones que hagais de buena fé sobre esa institucion admirable.

¿Quién es el Papa? El Romano Pontífice á quien debemos entera obediencia. Esa pregunta encabeza la historia y la cuestion del papado. Esa respuesta es la última palabra que cerrará esa propia historia.

004807

Este escrito va á girar tambien sobre esas palabras del Padre Ripalda: me glorio de decirlo en alta voz, y me honro en pronunciar ese nombre, por mas que alguien sonria con desden.¹

Pero ¿qué es lo que puede mover á una pluma tan tímida y poco diestra como la mia á escribir para el público unas cuantas páginas? Voy á decirlo.

Acaba de dar á luz la prensa de Aguascalientes un escrito que su autor, D. Juan Amador, ha intitulado: "Despertador de los fanáticos. Extracto de los retratos de varios papas." He leído ese escrito, y solo él ha podido despertar mis deseos de decir al Sr. Amador sendas verdades.

En estos tiempos de agitacion y de revueltas, en que se ha hecho llamada á todas las malas pasiones y en que se ha procurado sembrar la anarquía en los espíritus, no era extraño que apareciera una multitud de folletos, de hojas sueltas, en que, mas ó menos desembozadamente, se atacara el catolicismo y todos los principios regeneradores de la sociedad; pero difícilmente se encontrará, entre esa nube de producciones literarias, una que haya sido escrita con mas cinismo, con mas ultraje al buen sentido, con mas desprecio á la moral pública y á la caballerosidad propia de todo hombre honrado, que la produccion de que me vengo ocupando. No diré á todo católico, sino simplemente á todo buen mejicano y á todo amante de las letras, debe causarle profunda pena el que en nuestra Patria, sobre la que otras naciones arrojan tantas y tan injustas acusaciones, se publiquen escritos como el de Amador, dando así una nueva arma á nuestros enemigos para que se confirmen en el concepto que han formado de nosotros, de ser un pueblo inculto y bárbaro. Las letras humanas y el propio honor de nuestra Patria, deben protestar contra escritos de esa especie, que son, no la mengua de nuestra literatura, sino la de sus autores.

El Señor Amador en su Despertador se declara enemigo del Papado. En hora buena. Los católicos gustamos de la discusion y de la lucha: no nos sorprende eso; pero queremos lealtad y buena fé en nuestros adversarios, decencia en sus réplicas, pues de lo contrario no merecen sino que les volvamos la espalda y

guardemos el silencio del desprecio, lo mismo exactamente que lo que hacemos cuando oimos los insultos de un frénetico ó de una mujer beoda.

Y justamente esa era la respuesta que debia darse al escrito en cuestion, porque desde la primera hasta la última línea, no hay otra cosa que injurias sin cuento, bufonadas de mala ley, calumnias las mas villanas y errores los mas groseros, como se ve á su simple lectura, y como voy á patentizarlo muy en breve. En efecto: si no inspiraran, como inspiran, lástima los delirios del Señor Amador, no sabemos hasta dónde llegaría la indignacion de un pueblo como el nuestro, eminentemente católico, á quien se permite tratar ese libelista de la manera mas soez é injuriosa. No tiene ningun embarazo en llamar á siete millones de habitantes el pueblo mas atrasado de la tierra, ignorante y fanático; puesto que dice que se propone ilustrarlo, porque el pueblo mejicano necesita mas que [ningun otro de que se propaguen entre él los escritos religiosos, (?) porque careciendo de todo medio de instruccion no puede dejar de permanecer en la ignorancia y en el fanatismo en que por siglos enteros ha sido alimentado. Lleva su audacia hasta el extremo de decir á nuestros conciudadanos, porque se dirige á los católicos, y todos los mejicanos lo somos, con muy raras excepciones; ¡"Inicuos! ¡papistas! (1) Vuestros pontífices son una especie de dinastia de demonios: el papado no es ni puede ser otra cosa que la autocracia infernal establecida en Roma para azote y mengua de los cristianos y de las naciones que se dicen cultas."

¡Y el que así habla querrá ser tenido por progresista, por hombre de esa escuela que dice que respeta todas las opiniones, que tiene la mas amplia tolerancia para todas las creencias! Verdaderamente causa lástima, lo repito, el que un D. Juan Amador, en medio de toda una nacion que es y se gloria de ser católica, se alee para herirla en lo mas vivo de su corazon, en lo que hay pa-

(1) Los que en estos dias de indiferencia y de incredulidad gritan ¡papismo! hubieran gritado ¡fuego! en los dias del diluvio! (Johnson, doctor anglicano.)

ra ella mas caro y sagrado sobre la tierra: en sus sentimientos religiosos. Si lo hiciera, conteniéndose en los límites que señala la urbanidad y el respeto que el hombre se debe á sí mismo y á los demas, no nos causaria ninguna extrañeza un ataque mas al catolicismo; pero que á falta de buenas razones, se valga de palabras de taberna, de cuentos cuya obscenidad ruboriza la frente de todo hombre bien nacido; que, impotente para abrir un debate, solo lance gritos de rabia, pretendiendo manchar la memoria de los hombres que mas han respetado los siglos, y cuyo mérito y virtudes reconocen propios y estraños, católicos y protestantes; que, por fin, con una fatuidad inconcebible pretenda corregir la historia; derribar de nuestros altares los santos mas gloriosos que allí ha colocado el catolicismo, llamándolos él, el Señor Amador, concubiniarios, sodomistas, monstruos, y echar por tierra el edificio (el papado y la Iglesia) que los romanistas sentaron sobre paja: todo eso, lo digo cien veces, no merece una refutación seria: merece la rechifla y la encerrada con que el público ha recibido ese Despertador destemplado y bronco.

Si yo voy á hacer algunas observaciones á ese escrito con cuanta seriedad Dios me ha dado, (y Dios mismo me tenga de su mano para perseverar en mis propósitos) es porque el Señor Amador es mi prójimo, y no gusto de reirme de nadie. Y fuera de eso, ¿por qué no he de alimentar la esperanza de que si se ve tratado con mesura, oiga la voz de la razon y estudie detenidamente esa religion que tanto detesta porque no la conoce, y vuelva á ella que lo espera con los brazos abiertos?

En la introduccion al Despertador, asienta su autor que se declara enemigo del papado, porque es un *abuso que pesa ominosamente sobre todos los pueblos católicos, y que en eso le hace un servicio á la religion que se diferencia tanto del papado como el cielo del infierno. Que ademas, el papado, sentado sobre paja, vendrá próxima é inevitablemente á tierra.*

¿Conque el papado está sentado sobre paja? Sí, sin duda alguna, y por eso no ha podido conservarse en pie mas que..... nada: diez y nueve siglos. ¿Qué paja esa, Sr. Amador, tan débil!

Todo se va en este mundo: unos pueblos para que lleguen otros: unas dinastías se levantan hoy sobre las ruinas de otras, y mañana caerán tambien para abrir paso á nuevas dinastías: unas instituciones mueren, y luego nacen nuevas instituciones: hoy estamos bajo el sistema republicano, ayer bajo el régimen monárquico, y un dia ántes, qué sé yo bajo cual otro: cierto dia se levanta una escuela filosófica que asegura ser ella, y solo ella, la que ha hallado la solucion de todos los grandes problemas que agitan este mundo entregado á las disputas de los hombres: mete algun ruido un breve tiempo, muy breve; conquista unos cuantos aplausos de unos cuantos adeptos, y ¡oh ingratitude humana! los aplausos se convierten á poco en silbidos, y, lo que es todavia mas lamentable, todos se retiran de ella como de un apesado y la dejan para siempre sepultada en el olvido. Pero llega otra, y otra y cien, ¡y siempre la misma suerte, y siempre idénticos resultados! ¿No es verdad que esto es magnífico? ¿No es verdad que esto sí que no está sentado sobre paja? Obras del hombre como son, ¿por qué admirarnos si tienen cimientos eternos? Y así lo dicen, al menos, los gefes, los que empuñan la salvadora bandera: ellos sí que no son como los que les precedieron, miserables embaucadores, ó soñadores despiertos; son los que Dios ó el destino, lo mismo dá, ha señalado para llevar á los pueblos al Paraiso perdido, al eterno bienestar de las naciones: sus doctrinas no perecerán nunca, porque son, ¿quién lo duda? la maravillosa piedra de toque que nadie hallaba, la panacea buscada y prometida anteriormente por tantos mentirosos empiricos, y verdaderamente hallada hoy por el genio, por los maestros del nuevo sistema.

Pero ¡oh desgracia! Este eden de ventura que en el siglo XIX nos promete cualquiera escuela, la socialista por ejemplo, nos prometia tambien en el XVIII la volteriana, y la de Juan Jacobo, y las de mas allá, como la de Fr. Martin, á la cual pertenece, segun entiendo, mi Sr. D. Juan, á juzgar por su lenguaje, y por el odio

que profesa al Pontificado. (1) ¿Cómo no creer á todos esos caudillos? ¿Cómo no ha de estar con ellos la verdad?

Lo que acabo de decir de los sistemas políticos y filosóficos, es todavía mas aplicable y se hace mas perceptible en las sectas disidentes, á quienes el Sr. Amador llama *verdaderamente cristianas*. No me detendré en hacerle ver la inestabilidad, la confusión, y por consiguiente el error que reina en esas sectas *verdaderamente cristianas*; tal vez mas adelante tocaré de nuevo este punto: por ahora, si no le bastare lo que todo el mundo palpa, y sabe y ve, no me oiga á mí; lea, le ruego, la obra inmortal del grande obispo de Meaux, titulada: "Historia de las variaciones de la Reforma," cuyo solo título, dice Balmes, hizo temblar al protestantismo, y en la cual Bossuet desenvuelve esta tesis terrible: Iglesia protestante, tú varias, y lo que varia no es la verdad.

Ahora, Sr. Amador, dejemos siquiera por un momento toda preocupacion y hable solo la razon y la buena fé. Ya ve vd. que procuro alejar de este escrito todo sabor escolástico y que no me valgo, como podria facilmente hacerlo, de esos textos de la Sagrada Escritura que le hacen tan mal efecto, *que están tan mal interpretados* por la Iglesia, porque no lo están al gusto de vd., y que en fin, no son mas que *un retruécano de voces*.

Quando es tal la inestabilidad de las obras humanas, como acabamos de ver y como lo sabe todo el que ha saludado siquiera á la historia de las aberraciones del entendimiento humano; ¿no es una cosa verdaderamente admirable el que solo el papado atravesiese, siempre lleno de juventud y de vigor, tantos siglos, sin conmoverse ni por las mas recias tormentas, ni por las exigencias de las potestades de la tierra; sin ceder ni un punto en materias

(1) Eso no quita que tambien se honre en estar filiado en las sociedades masónicas *que han trabajado siempre en este sentido*, (en derribar al pontificado) y á la prensa corresponde *adunar sus esfuerzos al gran movimiento precursor de la general prosperidad*; pues al fin sabe muy bien, y en esto no hace mas que ser una vez lógico, que todas esas sociedades, quiero decir, sus doctrinas, en sus infinitas trasformaciones, son hijas del protestantismo, como no há mucho lo ha demostrado victoriosamente Augusto Nicolás.

de fé y de costumbres, sin que le importe que las pasiones brañen en su derredor, que la revolucion aseste sus cañones sobre el Vaticano y que sus enémigos profeticen hoy, como ayer y siempre la caída del Pontífice Romano? Él, cuando lo creen mas débil; cuando se cree que va á pedir gracia á los que lo combaten, que va á contemporizar con la *idea moderna*, se levanta y con voz terrible condena los errores mas capitales del dia, como lo ha hecho en el Syllabus y en otros documentos, el grande, el inmortal Pio IX.

¿Me dirá el Sr. Amador en que consiste esto? La razon, la filosofia, los hombres todos imparciales ¿no están cada dia, al examinar concienzudamente esa inmovilidad de la Silla romana, confesando que el pontificado no es una institucion puramente humana? ¿No está diciendo todo á grandes voces que ahí está el dedo de Dios? Y siendo esto así ¿no es natural que los católicos digamos á todo el mundo, llenos de la mas noble satisfaccion, porque lo que decimos va de acuerdo con la razon y con la filosofia de la historia: *¿sabéis quién es el Papa? Es el romano Pontífice á quién debemos entera ebediencia*. Sí, entera ebediencia, plena fé como Pontífice, porque su gobierno, su perpetuidad, su marcha siempre recta y gloriosa, en medio de todo los obstáculos, los homenajes que le rinden á su paso sus propios enemigos, todo, todo hace ver en esa Silla romana un prodigio que en vano querrá oscurecer la mala fé y la pasion, que en vano querrá explicar, señalándole causas puramente humanas, una ciencia superficial y descreida. Y los prodigios no son la obra del hombre; son la obra de Dios. Y el hombre no se empequeñece, se levanta, obedeciendo la voluntad de Dios.

Demos por un instante, Sr. Amador, por sentada la hipótesis mas absurda: demos que fuera cierta la mayor parte de lo que habeis inventado en vuestros retratos de los pontífices; que algunas de vuestras ruines calumnias, que ya os hare ver, fueran otros tantos hechos innegables. ¿No seria entonces un doble prodigio el que, á pesar de que los pontífices han sido una *cadena de fascinerosos, de ladrones, de monstruos que pesan ominosamente sobre los pueblos*, el pontificado no ha desaparecido en tantos años,

sino que está ahí hasta la consumacion de los siglos, mal que os pese? ¿No sería eso, en tal caso, la prueba mas flagrante de que no eran los hombres los que habian sentado *sobre paja* ese edificio, sino la mano de Dios, sobre bases eternas?

¿Sabeis todo lo que se infiere de que algunos papas, pocos, muy pocos, no hayan sido, como la mayor parte, modelos de virtud? Eso de puro sabido ni debia repetirlo aquí; pero parece que lo ignora el Sr. Amador y es necesario decirselo: los sumos pontifices, no porque suben á la mas alta dignidad que hay sobre la tierra dejan de ser hombres: como hombres hay en ellos pasiones y puede haber debilidades. (1) Pero ¿a quién le ha ocurrido decir, si está en su sano juicio, que si un individuo es malo, mala es tambien la corporacion á que pertenece ó la institucion que preside? Los abogados, los médicos, los literatos, y sobre todo, la abogacia, la literatura, la medicina, ¿son malas porque haya algunos abogados venales, algunos médicos ignorantes ó corrompidos y algunos literatos ramplones, zurcidores de mentiras y chistes de muy mal gusto? Aun dado, pues, que un hombre elevado á la silla romana, que diez, que veinte, los que querais, no sean santos, nada arguye eso, en buena lógica, contra el Pontífice, ni menos contra la Iglesia católica y el pontificado. Solo el Sr. Amador tiene el peregrino modo de raciocinar, diciendo (y adviértase que diciendo calumnias:) esos papas fueron *simoniacos, usurpadores, ambiciosos* y cien cosas mas con que yo no mancharé este escrito, ni ofenderé los oídos de nadie. Luego el *papado no es ni puede ser otra cosa*

(1) Dios prometió fundar (dice el conde de Maistre) sobre una serie de hombres como nosotros una iglesia inmortal, indefectible y santa. Así lo ha hecho sin que el carácter moral de los papas haya jamas influido sobre la fé. Si sus debilidades y pasiones han probado á veces que eran hombres, estos momentos fueron de corta duracion y ningun trono manifestó jamas tanta sabiduría, ciencia y virtud: en una palabra, los pontífices presidieron á la civilizacion, fueron los protectores de la libertad civil, los apoyos infatigables de la sabiduría, los enemigos del despotismo, los conservadores de las artes, los destructores de la esclavitud y los bienhechores del género humano.

que la autoocracia infernal... Progresais admirablemente, Sr. Amador: mil y mil parabienes.

Los hombres eminentes de vuestra propia comunión, raciocinan y se expresan de otra manera. *Toma y lee.* Abra vd. las obras de Hurter, Voigt y Ranke, entre otros cien; los tres son protestantes é historiadores que se consagraron al estudio del papado. Uno tomó por asunto la vida de Inocencio III., otro la de Gregorio VII., y Ranke, á quien yo citaré frecuentemente, las revoluciones del papado. ¡Y los tres descubrieron su cabeza y se pusieron en pié ante la Santa Sede!

Ya que de confesiones de adversarios se trata, no puedo, á pesar de la brevedad que quisiera dar á este escrito, dejar de copiar aquí las magnificas palabras de otro protestante inglés, gran publicista y eminente hombre de Estado, M. Macauley.

No puede ser sospechoso para el Sr. Amador: oigalo pues, que él lo enseñará á ser justo y *bien hablado.*

“No hay ni ha habido nunca en la tierra una obra de la política humana tan digna de exámen y estudio como la Iglesia católicoromana. La historia de esta Iglesia enlaza las dos grandes épocas de la civilizacion. Ninguna otra obra existe ya que nos traiga á la memoria aquellos tiempos en que salia del Panteon el humo de los sacrificios, mientras que los tigres y leopardos saltaban en las arenas del anfiteatro flaviano. Las mas soberbias casas reinantes datan solo de ayer, comparadas con esa sucesion de soberanos pontífices, que por una série no interrumpida se remonta desde el papa que en el siglo XIX consagró á Napoleon, hasta el que ungió á Pepino en el VIII. Aun mucho mas allá de Pepino vá á perderse la augusta dinastía apostólica en la noche de las eras fabulosas (1). La república de Venecia que en antigüedad seguia despues del papado, era moderna comparativamente; pero aquella república no existe ya, y el papado subsiste todavia, no en estado de decadencia, no como una ruina, sino lleno de vida y en

(1) Y eso es porque el papado está sentado *sobre paja* que es verdad, Sr. Amador?

vigorosa juventud (1). La Iglesia católica envía aun á las extremidades del mundo, misioneros tan celosos como los que desembarcaron en el condado de Kent con S. Agustin; misioneros que aun se atreven á hablar á los reyes enemigos con la misma libertad y energía con que lo hizo el papa S. Leon en presencia de Atila (2). El número de sus hijos es ahora mas considerable que en ningun otro de los siglos anteriores, sus adquisiciones en el Nuevo mundo lo han abundantemente compensado de lo que perdiera en el antiguo. Su supremacía espiritual se extiende á las vastas regiones situadas entre las llanuras del Misuri y el Cabo de Hornos, regiones que antes de cien años contendrán probablemente una poblacion igual á la de Europa. Los miembros de su comunión llegarán seguramente hasta ciento cincuenta millones, y fácil sería demostrar que todas las demas sectas juntas no forman el número de ciento veinte millones. No hay por ahora ninguna señal que indique que está próximo el término de esta inmensa soberanía (3). Ha visto el origen de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen en el día, y no nos atreveríamos á decir que no está destinada á ver su fin (4). Era ya grande y respetada antes de que los sajones pusieran el pie en el suelo de la gran Bretaña, antes de que los francos pasaran el Rhin, cuando florecia aun la elocuencia en Antioquia, cuando

(1) ¡Qué cosas tiene este M. Macauley! ¡Pues no desmiente al Sr. Amador que dice en son de profeta: *caerá el papado próxima é inevitablemente.*

(2) ¡Qué lenguaje! ¡qué magestad de expresion y qué modo de tratar á los papas! Se parece, no hay duda, al lenguaje y al modo del *Despertador*. ¡Si estará vd. ya pensando que Mr. Macauley es un *traidor*, que se ha vuelto *papista, romanista y fanático*, y ya se propondrá vd. mandarle un *Despertador* para... para qué ha de ser sino para que *despierte y se desfanatice*? No, no ¡cachaza, Sr. Amador! Aun es protestante; pero protestante instruido, justo, y adversario que cede en fuerza de la verdad.

(3) Si hay esa señal: las profecías del Señor Amador.

(4) Si el Sr. Macauley no se atreve á tanto, el Sr. D. Juan si se atreve á eso y maa, y es claro el por qué.

los idolos eran adorados todavia en el templo de la Meca. Puede, pues, ser grande y respetada, aun cuando algun viajero de la nueva Celandia se detenga enmedio de una vasta soledad, al lado de un arco roto del puente de Londres, para estudiar las ruinas de S. Pablo [1]. (Este artículo salió en Octubre de 1840 en la revista de Edimburgo que ha sido siempre la revista de los whigs.)

¶ Pero el Pontificado pesa ominosamente sobre todos los pueblos católicos, dice el Sr. Amador; es una autocracia infernal que turba la paz de las naciones, que ha derramado torrentes de sangre, que... en una palabra, que ha hecho todos los males y ningunos beneficios á las naciones ¿no es eso lo que quiere vd. decir, Sr. Amador, traduciendo á la habla española sus gritos y sus furros y sus obscenidades?

¡Que el pontificado, y por lo mismo el catolicismo, es un poder opresor que pesa ominosamente sobre todos los pueblos católicos! “Levántase el pecho con generosa indignacion, dice el ilustre Balmes, (tom. 1.º cap. VIII del Protestantismo), al oír que se achaca á la religion de Cristo tendencias á esclavizar. Ciertamente es que si se confunde el espíritu de verdadera libertad con el espíritu de los demagogos no se le encuentra en el catolicismo; pero si no se quieren trastocar lastimosamente los nombres, si se da á la palabra libertad su acepcion mas razonable, mas justa, mas provechosa, mas dulce, entonces la religion católica puede reclamar la gratitud del humano linage: *ella ha civilizado las naciones que la han profesado; y la civilizacion es la verdadera libertad.*”

Abra vd. la historia, Sr. Amador, pero no entienda por historia los cuentos de Llorente, que es, á lo que parece, quien lo ha inspirado y de cuyo arsenal ha salido armado, *lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*; sino la verdadera, la imparcial historia, siquiera sea la de algun protestante, como sea justo: nada mas exigimos los católicos: la de Guizot, por ejemplo,

(1) Si esos elogios los hiciera un católico, sería un *fanático, un crédulo que todo acepta sin examen.* ¿No es así, Sr. Amador?

titulada "Historia general de la civilizacion Europea," le hará ver que esa vieja acusacion de *opresor y amigo de la sangre* al pontificado, no pasa de ser mas que una grosera calumnia.

Si, el papado ha sido siempre el que ha amado y ama mas que nadie la verdadera libertad y el bien de los pueblos. Dése una mirada retrospectiva y se verá un hecho que todos reconocen, el de que en la irrupcion de los bárbaros que destruyeron el imperio romano, el papado fué quien domó la ferocidad de esos mismos bárbaros, el que los detuvo alguna vez, sin mas armas que su presencia y su palabra, á las puertas de Roma, el que suavizó y crió las costumbres, la legislacion y todo, porque todo estaba desorganizado y en próxima disolucion, y el que hizo que esos propios bárbaros no arrastraran á las naciones que conquistaban, á la barbarie, sino que ellos mismos fueran conquistados por el cristianismo. Eso no tiene duda que es ejercer un poder inmenso; pero si á eso llamais *oprimir á los pueblos, turbar la paz de las naciones, derramar torrentes de sangre*, decidnos qué cosa es salvarlas. Y despues, en los siglos posteriores, no habia un rincon del orbe católico en que, si se cometia un gran desman, un acto despótico contra los pueblos, una injusticia cualquiera, no se oyera al punto tronar la voz del Sumo Pontífice romano, aunque fuera contra el mas soberbio señor feudal ó contra el mas poderoso de los reyes.

¡Enemigo de la libertad el Papado! ¡Él, que es quien ha combatido sin cesar la esclavitud, quien la ha abolido y condenado, quien ha dado sumas cuantiosas por el rescate de un solo esclavo, quien ha establecido órdenes religiosas con el objeto de redimirlos, quien ha bendecido y aprobado el generoso propósito de miles de sus hijos que iban á pedirle, como un denodado ejército á su amado general, la orden, la señal de partir á remotos paises para derramar su sangre y arrancar del poder de la Media Luna, á sus hermanos cautivos!

¡Oh sí! concretándome á nuestra cara patria, todo mejicano que siente latir en su pecho un corazon noble y agradecido, bendice la memoria y pronuncia con santo respeto los nombres de aquellos pontífices que, como Leon X, á quien Amador llama un ateo, y Paulo III, á quien villanamente ultraja, defendieron con toda su

autoridad y colmaron de privilegios á la desgraciada raza indígena, á quien hollaba la planta del duro soldado castellano. Si hubo una voz que informara lo que pasaba al Gefe de los cristianos, denunciándole los excesos de los conquistadores, esa voz salió del sacerdocio católico, de los mismos religiosos españoles que acompañaban á las tropas de Castilla, con miras muy distintas que sus paisanos (1). Y el Vicario de Jesucristo lleno de santa indignacion contra los opresores y lleno de amor por sus nuevos hijos del Nuevo Mundo, declara: *que no solo la religion sino la misma naturaleza repugnaba la esclavitud: que el único medio de propagar la verdadera piedad, hacer que floreciese en medio de aquellos pueblos salvajes y extender la civilizacion, era portarse con los americanos con dulzura, indulgencia y bondad*. Y no solo eso: hizo valer su influencia en la corte de España para que el monarca reprimiese *la insaciable avaricia y ferocidad de los vencedores* (2).

Pero ¡cómo ha de ser! El Sr. Amador dice, bajo su palabra, que el papado *pesa ominosamente sobre todos los pueblos católicos*, y lo dice, porque en vez de leer la historia de su pais, se ha dado á la lectura de esos desventurados libros (como el buen manchego á los de caballerías) que ya nadie lee y cuyas pobres patrañas es-

(1) Oid, no el testimonio de ningun católico, sino el de uno de los mas célebres protestantes, Robertson: Preciso es confesar, para honor eterno de la Iglesia romana, que los primeros que se levantaron con tanto valor como perseverancia contra la inhumanidad de los conquistadores de Méjico y del Perú, que echaron vivamente en cara á los españoles la atrocidad con que trataban á los desgraciados indígenas de la América, fueron los misioneros que iban derramando en aquellos pueblos infelices la fé. Lamentando la suerte de aquellas naciones pacíficas y débiles que veian destruir, y cuyo aniquilamiento era efecto irresistible de una série de desgracias y del exceso de los sufrimientos, levantaron el grito contra ese sistema de exterminio.

(2) Véase á Pierre Joux. Cartas sobre la Italia.

Habia un magistrado, dice Veuillot en el "Perfume de Roma," un juez sin armas; pero con poder sobre las conciencias humanas, porque jamás hubo un juez mas lejítimo ni con mas solemnes obligaciones de defender la justicia, ni mas estrechamente obligado á ser prudente y recto; y este juez marcaba al rey el límite de donde no debia pasar.

tán contestadas hace trescientos años; pues son las mismas; sin quitar ni poner, que usaron Lutero, Calvino y comparsa, á guisa de argumentos *incontestables*. Cierto que es muy triste oficio el de andar desenterrando esos hediondos cadáveres.

¿Dirá todavía que le hace un servicio á la *Religion*, no atacando, pues atacar es otra cosa, sino *calumniando* baja y cobardemente al Pontificado? No, Sr. Amador; aunque vd. fuera capaz de *atacar* á la Silla romana, aunque pudiera probar lo que nadie ha hecho hasta ahora, á saber: que el papado está *sentado sobre paja*, que *pesa ominosamente sobre los pueblos*; y todo lo demas que vd. se permite estampar en su escrito, no le haria un servicio á la *Religion*; le haria el mas terrible mal; la destruiria; seria la obra de vd. superior á la de mil titanes; superior á la del infierno; puesto que ni él ha podido derribar á Roma. ¿Sabe vd. por qué? Porque el pontificado es la Iglesia católica, la Iglesia católica es la Religion de Jesucristo, la Religion de Jesucristo es la Verdad, y la verdad es una y eterna. Atacar, pues, al pontificado, es atacar al verdadero Cristianismo. A este *circulo* han reducido á los protestantes mil ilustres apologistas de la *Iglesia* y no les ha quedado salida alguna, *ni por la tangente*.

Toma y lee. (1) Estudie de buena fé, y si lo que dejo dicho, desflorando á penas las materias, porque el carácter de este escrito no permite darles todo el desarrollo de que son susceptibles, pues seria necesario escribir un libro, no lo convenciere, digamelo por su vida; pero en castellano para que nos entendamos; propóngame *sus dudas* ó exijame mas pruebas, sin necesidad de que se dirija á los Illmos. Sres. Obispos, que eso es dar á pequeñas cosas muy alta importancia. Y no me dé ningunas gracias, que no lo merece el favor.

Por ahora, como sus rencores son en primer término contra la Santa Sede, es preciso eliminar, bien á pesar mio, todo otro asun-

(1) El dia que dejase el papado de existir en el mundo, se acabaria el cristianismo, y sin el cristianismo no sabemos qué es la monarquía ni qué es la libertad. Mr. Laurentie.—El Papa y la Iglesia es todo uno. Conde de Beaufort.

to por mas bello que sea y por mas que esté íntimamente unido con el papado, para aplacar á vd. y para que no diga que me *salgo por la tangente*.

Probé ya, á lo que creo, que lejos de ser el poder del Supremo Pontifice *ominoso, tiránico, sanguinario, &c.*, no ha sido sino benéfico á las naciones, á los débiles sobre todo, que los grandes del siglo propenden generalmente á pisotear en su orgullo. El Papa ha sido, no nos cansamos de decirlo, con la historia en la mano, el único defensor inquebrantable de los derechos y de las libertades de los pueblos, el verdadero Padre de todos los desgraciados, el promovedor de las mas grandes empresas, en favor de toda la cristiandad; el que libertó á la Europa de ser sojuzgada y absorbida toda entera por el islamismo, por cuyo solo servicio, dice Chateaubriand, merecia que el mundo le erigiera altares; el que impulsó ó ejecutó los mas grandiosos pensamientos y las obras de que hoy mas se enorgullece el talento humano; y en fin, el mas celoso guardian de la civilizacion y el que mas impulso le ha dado. (1)

Sí, no lo dudeis: nadie mas que el Papa, que es el jefe de una Religion, toda verdad y luz, fué quien tendió una mano protectora á las ciencias, á las letras y á las artes en aquellos siglos en

(1) El mal pasajero que algunos Papas causaron, desapareció con ellos; pero estamos experimentando todavía la influencia de los bienes infinitos é inestimables que debe el mundo entero á la corte de Roma. Esta se ha manifestado casi siempre superior á su siglo: tenia ideas de legislacion y de derecho público: conocia las bellas artes, la ciencia, la cultura, cuando todo yacia en las tinieblas de las instituciones góticas: no se reservaba esclusivamente la luz sino que la difundia sobre todos: derribaba las barreras que las preocupaciones levantan entre las naciones: trataba de suavizar nuestras costumbres, de sacarnos de nuestra ignorancia y de librarnos de nuestros hábitos guerreros y feroces. Los papas entre nuestros antepasados eran misioneros enviados á bárbaros, legisladores entre salvajes. El reinado solo de Carlo Magno, dice Voltaire, tuvo un resplandor de cultura que probablemente fué el fruto del viaje á Roma. Es pues una cosa confesada generalmente que la Europa debe á la Santa Sede su civilizacion, una parte de sus mejores leyes y casi todas sus ciencias y sus artes.—Genio del C. Lib. VI. part. IV.

que no se oía mas que el estruendo de las batallas y no se *sabía* más que rendir fortalezas, domar corceles y matar moros. Las ciencias, las letras y las artes habrían perecido si la mano del Pontífice de Roma no les hubiera abierto las puertas de su palacio ó las de los monasterios, para que allí se refugiaran, lejos del tumulto y de los gritos de los hombres de guerra que las despreciaban. Y entonces, y despues y siempre, estimulaba al genio y le señalaba el camino de la gloria. Si lo veía centellear en alguna frente, lo llamaba luego y lo retenía á su lado, encomendándole algun trabajo que lo immortalizara: si *sabía* que alguno no podía desplegar sus talentos porque carecía de bienes de fortuna, lo pensionaba generosamente, y todos saben en fin, que los mas célebres sabios, que los pintores, que los poetas de que hoy se gloria la Italia, fueron los protegidos, los amigos de los Papas. Las Universidades fueron tambien establecidas por los Sumos Pontífices, y ya se sabe cuántos progresos hizo allí la ciencia. Las bibliotecas eran enriquecidas por ellos con los mas preciosos monumentos literarios de la antigüedad que hoy no conocería el mundo si no hubiera sido por los cuidados de los Papas en conservarlos. Donde quiera se sentía la mano del Sucesor de S. Pedro; pero no para oprimir á los pueblos ni arrebatar á los reyes sus coronas, sino para llevar mil beneficios á todos, y colocar en las sienes del hombre virtuoso, del sabio ó del inspirado artista, el laurel de la immortalidad.

¡Y decís que el papado es una *tea negra que arroja fatídico fuego, asfixiando en su atmósfera corrompida á los que en ella respiran!* ¡Cuánto os compadecemos! Mirad al Tasso, al Dante, al Petrarca, al Ariosto, á Miguel Angel, á Rafael, al Ticiano, al Dominiquino, á Salvator Rosa, ¡y callad! Y hoy mismo, mirad como se *asfixia en esa atmósfera corrompida* todo el que llega allí, como Chateaubriand, Alarcon y Veillot! ¡No conocéis sus cánticos, sus recuerdos, sus suspiros por la bella, la encantadora, la purísima atmósfera de la Italia de Gregorio XVI y de Pio IX? Ah, no! y por eso *blasfemais de lo que ignorais.*

Lo dicho es bastante para que se vea cuán poco conocen la historia de la civilizacion D. Juan Amador y los que prorumpen en

esas declamaciones gastadas ya á fuerza de tanto repetirlas: el clero, los Papas, la Iglesia, son retrógrados, enemigos de las luces, de la libertad y del progreso; y los que tal dicen no saben ó fingen no saber, que la mayor parte de eso que llama sus conquistas el espíritu humano y de las que se muestra tan orgulloso, no son *sus conquistas*, son las lecciones que le ha dado, y que ha aprendido mas ó menos bien, el clero, los papas, la Iglesia.

Pero sigamos con nuestro D. Juan Amador. Si tiene *ojos para ver y oídos para oír*, ya habrá notado que me he colocado en un terreno que no es el *de la Teología*, y por lo mismo el menos favorable para un clérigo como yo: que he visto de frente la influencia del poder temporal de los papas, con cuya cuestion piensan confundirnos nuestros enemigos y hacernos enmudecer de vergüenza el Sr. Amador. Ahora solo añadiré una palabra mas sobre el poder espiritual del Sucesor de S. Pedro, sobre esa supremacía de autoridad que *hemos intentado establecer los católicos*, segun dice el *Despertador*, sobre un *juego de palabras.*

Mucho le escuece ese Primado del obispo de Roma, pero "Ni por Esas," como dijo Larra, apura los recursos de su claro ingenio para darnos alguna prueba de lo que nos dice con voz tan campanuda y magistral. ¡Qué! ¿ni en Llorente halló vd. alguna objecioncilla contra ese *negocio* del Primado? Asienta vd., ya lo veo, que *el obispo de Roma nunca pudo tener ni tiene mas facultades que las concedidas á los demas apóstoles; que, por otra parte, S. Pedro nunca estuvo en Roma; que la infabilidad es un absurdo &c.* ¡*Mon Dieu*, cuántas cosas! Pero ¿las pruebas? ¿dónde están las pruebas de todo eso? Mas mil perdones: olvidaba que si la infabilidad del Papa es un absurdo, la infabilidad del Sr. Amador es muy natural y *hasta de fé.* Queda, pues, exonerado de esa difícilísima tarea de demostrar uno lo que dice, y vamos al asunto.

¿Es verdad que S. Pedro no tuvo mas facultades que los demas apóstoles?—No.—¿Las pruebas? Hélas aquí:

Creo que convendrá el Sr. Amador en que nada me es mas fácil que abrir una obra cualquiera de Teología dogmática, ó todavia me-

jor, el Evangelio, y copiar aquí, no uno, sino cien textos de la Sagrada Escritura en que clara y terminantemente, sin malas interpretaciones ni ambages, sino en su puro sentido genuino, se inviste á S. Pedro de suprema autoridad sobre los demas apóstoles.

Tomemos, pues, en nuestras manos, llenos de respeto, el Evangelio, no mas que por un momento. Aquí vé uno palpablemente la distincion y la preeminencia con que Jesucristo honra á este santo apóstol; ve toda esa economía admirable con que va el Santo Fundador estableciendo los cimientos de su Iglesia inmortal. Escoge primero de entre la multitud doce pobres pescadores, *inponiendo á Simon el nombre de Pedro.* (1) Primera distincion sobre los demas. Están ya como si dijéramos, las piedras, los materiales que han de formar ese eterno edificio. No falta mas que el que se designe la piedra angular, la piedra fundamental que ha de sostener todas las otras. Esa eleccion de los *doce* fué como una preparacion para otra mas solemne, mas imponente, en la que Jesus diera como la última mano á su obra. A cada paso va agrandándose la escena y caminando gradualmente al desenlace natural y esperado, si es permitido espresarse asi, del Nombramiento del gefe de la Iglesia aqui en la tierra. El Divino Maestro no aparta sus miradas de Pedro: á él se dirige casi siempre de preferencia á los otros; á él lo nombra primero y á él lo distingue en mil ocasiones. Llega un dia en que, en premio de la confesion plena que hace de la Divinidad de Jesucristo, se le hace esta promesa que solo puede hacer un Dios: *Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia.* (2) Y la promesa va á realizarse. El Hijo de Dios, ya resucitado, va á elevarse á los cielos: llega la hora del cumplimiento de su palabra: va á ser consagrado el primero de los pontífices;

(1) Márc. cap. 3, v. 12 y sig.

(2) Las objeciones que hacen los protestantes á esas palabras de Jesucristo en favor del Primado de S. Pedro, son tan escasas de interés y tan despreciables, que no juzgo necesario consignarlas aquí: desde los primeros dias que un estudiante cursa la cátedra de Teología, las oyé ó las usa él mismo, arguyendo á sus discípulos. Si el Sr. Amador tuviere humor de *arguir* y supiere algo de latin, yo le diré donde puede hallar esas *armas* sin ningun trabajo: en el compendio de Billuart, (tom. 1.º)

y ved cómo: El Dios de amor y de caridad, para investir de su inmenso poder al que ha de ser su Vicario, no quiere mas que una protesta, una confesion de grande amor. Per eso lo interroga, no una, sino tres veces: *¿Me amas? ¿me amas mas que estos?* Tú sabes, Señor, que te amo. *APACIENTA MIS OVEJAS, APACIENTA MIS CORDEROS.*»

No sé si me equivocaré: yo abrigo la persuasion de que debe dejarse á un lado el método seguido antiguamente por los controversistas, muy recomendable, por otra parte, y muy bueno para otra época, y que basta hoy dia, para muchas cuestiones religiosas, narrar simplemente los hechos y seguirlos con un espíritu filosófico. La fé no es enemiga de la razon, y nuestros Libros Santos la levantan, la instruyen y la iluminan. Eso no quiere decir, libreme Dios de ello, que no soy el primero en reconocer y confesar que al leer las páginas sagradas ha de examinarlas nuestro pobre espíritu sin perder nunca de vista que necesitamos constantemente de la explicacion de nuestra Madre la Iglesia católica, y tanto mayor es mi conviccion sobre esto, cuanto que cada dia vemos los estragos y la anarquía espantosa que ha causado entre nuestros hermanos extraviados el espíritu privado. Es ees el abuso, la rebelion del espíritu filosófico: lo que quiero decir es, que no siendo enemigo el catolicismo, sino al contrario, el protector y la fuente de la verdadera filosofia, deja de buena voluntad que sus hijos y aun sus enemigos, lo examinen cuanto quieran filosóficamente, si tal es la exigencia y el gusto de la época. Una prueba mas veo yo en eso de que se halla en posesion de la verdad. De nada se oculta, porque nada teme.

Ahora bien: cualquiera que de buena fé y á la simple luz de la razon y del buen sentido, lee esos pasajes del Sagrado texto, que yo muy en compendio acabo de referir, halla que las palabras del Salvador, sus acciones, y sus pasos todos, tienden á un fin constantemente sostenido, á un objeto que descuella en medio de todo, que se palpa, que se siente, que se adivina, y que por fin, sin violencia, sino de la manera mas clara y perceptible, se realiza. Asiste uno á un espectáculo magestuoso, sublime, imponente y divino: es

un cuadro que la mano de Dios desarrolla á las miradas de los mortales: es su Iglesia en bosquejo, que va animando el pintor celestial, que promete construir sobre el que no es mas que una caña; pero que Él puede convertir y convierte en una roca, en que se estrellarán los poderes del infierno: es su Iglesia que, por fin, sale de sus omnipotentes manos, como en otro tiempo los mundos y los cielos; que toma una forma visible, que crece y que se levanta hasta mas allá del firmamento. No quedará imperfecta: está en la tierra, abraza á todas las naciones, se compondrá de todos los hombres, y así, demanda un hombre que sea el representante, el Vicario del que va á ausentarse para mandar al Espíritu Santo: un hombre que confirme á sus hermanos, que los guie, que empuñe la sacrosanta bandera del Cristo: en una palabra, un hombre que sea el Soberano Pontífice.

¿Y quién puede ser el elegido, sino aquel á quien desde el primer día de su vocacion te cambia el nombre de Simon, no por el simple gusto de cambiárselo: eso no puede hacer Jesucristo, sino porque ese otro nombre, Pedro, Cephas, significa piedra, (1) la roca que va á ser el fundamento del edificio de su Iglesia? ¿quién puede ser sino aquel que Jesucristo señala á cada instante, que singulariza al tratarse de gobierno, de autoridad, de fé, no diciendo á los demas sino solo á él: *Tú eres Pedro... Yo te daré las llaves del reino de los cielos... Confirma á tus hermanos..... Yo rogaré por ti para que no falte tu fé..... ¿Me amas mas que estos? Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos, &c?*

¡Ah! es necesaria mucha ceguedad ó mucha mala fé, y tal vez solo mucha ignorancia, para decir que *San Pedro nunca tuvo ni puede tener mas facultades que las concedidas á las demas Apóstoles.* No: en esta cuestion tan clara no cabe embrollo: no es necesario saber muchos libros: basta saber sentir, saber leer y tener nomas que sentido comun. Los mas notables protestantes, como Grocio, han dado testimonio de esta misma verdad: que lo escuche el Sr.

(1) Tú es Simon Filius Jona: tú vocaberis Cephas quod interpretatur Petrus (Joan 1º v. 42.)

Amador: yo no tengo el privilegio de la infabilidad: "Pedro es particularmente designado como *Cefe del Colegio Apostólico*, y se convierte por esto en un ejemplo terrible ofrecido á todos de la debilidad humana, de una penitencia austera y de una fé regenerada. (1)

Dice tambien el Sr. Amador que *San Pedro nunca estuvo en Roma.* ¿Lo dirá seriamente? ¿merecerá tan original ocurrencia que se ocupe de ella quien tenga otra cosa en que gastar su tiempo? ¡Paciencia! A reserva de lo que diré sobre ese estupendo descubrimiento, cuando pasemos revista á la galeria de retratos, compuestos por el Sr. Amador, púes otra vez nos habla de eso en el de San Pedro, oiga lo que dicen los hombres de su comunión religiosa. "Tenemos, asegura el baron de Starck, en favor de la primacia del episcopado de San Pedro en Roma, el testimonio de toda la antigüedad cristiana, desde Papías é Ireneo, que vivian en el siglo segundo de la Iglesia, el primero de los cuales era discípulo de San Juan Evangelista. Barnage dice que ninguna tradicion tiene tantos testimonios en su favor, y que no puede dardarse de ella sin negar toda certidumbre histórica. Parson asegura que ninguno de los antiguos puso en duda la fundacion de la Iglesia romana por San Pedro, y la sucesion de los Papas como heredero de este Apóstol; y Puffendorf, en su libro de la Monarquía del Pontífice Romano, se expresa claramente en favor de la primacia de la Iglesia romana, de su gerarquía y de su sucesion episcopal: verdad, por otra parte, tan incontestable, que ni Lutero, ni Calvino, (pero sí el Sr. Amador), ni los centurialistas de Magdeburgh se han atrevido á atacarla." (2)

¡Cómo le llueven calamidades al Sr. Amador! Solo queria yo hacerle ver que no es un cuento inventado por los abogados del papismo, el que San Pedro haya estado en Roma, y hé aquí que

(1) Citado por Stolber en la Historia de Jesucristo, tomo 4. pág. 388.

(2) Entretenimientos filosóficos sobre las diferentes comuniones cristianas.

esos sus propios correligionarios vienen tambien confesando el Primado del mismo Apóstol ¡Pobre Sr. Amador!

Veamos, por último, y lo mas brevemente posible, si anduvo menos desgraciado al decir sin pruebas, ó algo que lo parezca, sino asi, *ex-cathedra, que la infabilidad es un absurdo.*

Es casi una redundancia el investigar si el Sumo Pontífice y la Iglesia son infalibles en materia de fé y de costumbres, probada una vez, como yo creo haberlo hecho, la supremacia del Vicario de Jesucristo. Una cuestion entraña la otra, ó mas bien, esta es consecuencia indeclinable de aquella. Si es cierto que el Divino Salvador estableció una iglesia que habia de durar, como el mismo lo dijo, hasta la consumacion de los siglos, si lo es igualmente que no quiso, (y solo el pensarlo es hacerle una horrenda injuria) dejarla abandonada al viento de toda doctrina; si es en fin un hecho incontestable que depositó en las manos de su Vicario sobre la tierra el timon de esa nave sacrosanta y el callado del Pastor, debió concederle por una ilacion estrictamente lógica, su asistencia y la del Espiritu Santo; pues de lo contrario, el gefe supremo de la Iglesia no habria podido dar ni un paso seguro, ni guiar á sus gobernados, *ni confirmarlos en la fé*, cuando el mismo necesitaba de ser confirmado, ni señalar, en una palabra, cual era el buen ó mal pasto al inmenso rebaño que se le habia encomendado: todo lo cual equivale á decir que Jesucristo invistió á un hombre de la mas grande y difícil mision que puede concebirse sobre la tierra y luego lo abandona á sus propias fuerzas, es decir, á la impotencia, á la fluctuacion, al error, porque tal es la condicion del hombre; que le dice formalmente *que rogará á su Padre celestial para que no falte su fé* y que sin embargo lo engaña; que..... basta; la pluma se resiste á estampar tantos absurdos como se seguirian de negar al Pontífice romano la infabilidad. Mas no. Jesucristo estará con la Iglesia, y por consiguiente con su cabeza, *hasta la consumacion de los siglos*. El mismo ha empeñado su palabra, *y todo pasará, los cielos y la tierra, menos la palabra de Dios*.

Mas ahí está, objetareis, la Escritura como única regla de fé, y los *libres pensadores* para interpretarla y entenderla á las mil

maravillas. ¡Los libres pensadores! ¡Oh! Tened cuidado con lo que decís, porque pronuncias vuestra propia sentencia. Mirad á esos *libres pensadores* de todos los paises protestantes lo que han hecho con la Escritura Santa. Sobre una sola parábola del Evangelio, la del injusto administrador doméstico de que se habla en el Evangelio de San Lúcas, cuenta el doctor Tiess (1) protestante, *ochenta y cinco interpretaciones distintas, y ciento cincuenta de un solo versículo de una Epistola de San Pablo*.

¿No es verdad que eso prueba admirablemente la inalterable uniformidad que allí conserva la fé cristiana? Si no temiera hacer mas empalagoso este escrito, citaria aquí mil hechos históricos, confesados por los mismos protestantes; hechos que vienen á patentizar hasta que abismo de degradacion llega la razon humana cuando en su necio orgullo desconoce todo saludable freno, toda otra autoridad que no sea la suya propia. [2]

Ni puede ser de otra manera: por mas triste que sea el decirlo, por mas que nuestro amor propio se ofenda, ello es cierto que, no yo y tantos otros que tan poco valemos, los hombres superiores, los talentos mas privilegiados, despues de haber ido en pos de lo que llamamos el saber humano, despues de haber visto su camino sembrado de triunfos, de haber oido los atronadores aplausos de una multitud que embriagaban con el poder de su palabra; despues de todo esto, vedlos cómo inclinan su frente abrumada de laureles para esclamar tristemente: *Solo una cosa sé bien, y es que nada sé*. Y esa se ha reputado la mas grande sentencia de un sabio.

(1) De la incompatibilidad del poder espiritual profano, p. 12 nota 14.

(2) Si alguien ignora esos hechos los hallará descritos por Callaghan, protestante, citado por el Sr. Balmes, 1. 2, cap. VII del Protestantismo: allí verá, entre otras cosas, las atrocidades cometidas por Juan de Leyden en Munster, á la cabeza de una turba de fanáticos, porque su juicio privado halló en la Biblia que las leyes humanas eran un perpetuo ataque á la libertad cristiana. El gefe de esos furiosos se proclama rey de Sion y toma catorce mugeres, porque la Biblia autoriza la poligamia y es un privilegio de los santos.

¡Y quereis que las pobres medianías, que los infinitos ignorantes que componen todos los pueblos, no tengan mas guía que su razón, que su juicio privado en materias de fé! ¡Quereis que todo marche perfectamente con solo poner la Biblia en sus manos, cuando son innumerables las gentes del pueblo que no saben ni leer; quereis que todos la comprendan como el libro mas llano y claro, cuando el mismo Jesucristo dice: “á ellos [los simples fieles] todo debe tratarseles por parábolas, para que viendo vean y no vean; y oyendo oigan y no entiendan.” Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero en la actualidad, ni vosotros mismos (los apóstoles) sois capaces de comprenderlas; cuando venga el *Espíritu de verdad*, él os enseñará todas las verdades!” (1)

No, mil veces no: el hombre, no obstante su orgullo y engrandecimiento, y sus progresos materiales, y el ruido de sus máquinas, y el humo de sus ferro-carriles, y sus buques de vapor, no será nunca mas que el hombre, á quien el vapor y el humo desvanecen; el hombre á quien sus debilidades, sus miserias y sus errores no dejan que pase de ser siempre mas que un niño grandel!

¡Los libres pensadores! Dejemos en paz á ese vulgo de libres pensadores, que se miran y se contonean como hermosos pavos: no les pidamos nada, ni sus bellas plumas: pidamos su opinion al mas distinguido caudillo de esa brillante falange, al célebre Juan Jacobo. ¿Qué nos dirá? Escuchad: “Si yo hubiera nacido católico permanecería siempre católico; porque sé bien que vuestra Iglesia pone saludable freno á los extravíos de la razón humana que no encuentra ni fondo ni ribera cuando quiere sondear el abismo de las cosas, y porque estoy tan convencido de la utilidad de este freno, que yo mismo me he impuesto uno semejante, prescribiéndome para lo restante de mi vida algunas reglas de fé, de las cuales no me permito separarme..... Y os juro que no estoy tranquilo sino desde que he hecho esto, bien persuadido de que sin semejante precaucion no lo hubiera estado

(2) Marc. c. IV.

nunca. Os hablo, señor, con toda la efusion de mi alma, como podria hacerlo un padre á su hijo.” (1)

La razón, pues, el Evangelio, la historia, los propios defensores de la completa emancipacion del espíritu humano, vienen á confesar esta verdad católica que tan absurda halla el Sr. Amador: es necesaria una autoridad infalible que regule el vuelo de nuestro espíritu, sin que por eso lo apoque ó lo aprisione en lo mas mínimo. Marchar á la luz de ese fanal inextinguible que nos muestra en su mano la Iglesia católica, es marchar bien, en línea recta y sin perderse nunca. Marchar, llevando por guía á nuestra vanidosa razón, es andar á ciegas por mil sendas tortuosas, es extraviarse y volver al paganismo: es retrogradar diez y nueve siglos.

Reasumamos.

¿Quién es el Papa?

Es Pio IX,..... es..... San Pedro. El último anillo de esa cadena no se diferencia en nada del primero: la persona moral es la misma: un católico del primer siglo no cree ni mas ni menos de lo que nosotros creemos: la fé es inmóvil como la eternidad.

¿Quién es el Papa?

Es aquel cuyo trono, único en el mundo, no está sentado como el de los demas reyes, sobre arena, para desmoronarse ó hundirse despues de un dia: ahí está hoy con diez y nueve siglos de existencia que no han podido abrumarlo ni envejecerlo. ¡Oh no! en pié siempre; con la frente levantada y lleno de juventud, de valor y lozanía.

¿Quién es el Papa?

Es aquel genio bienhechor que la Providencia ha destinado para velar sobre los pueblos, para que impida que el mundo vuelva á la barbarie, para que conserve y haga marchar con su potente brazo á la libertad, á las ciencias, á las letras, á las artes, á la civilizacion.

¿Quién es el Papa?

Es el primero de todos los obispos, el primero de todos los re-

(1) Cartas, tomo XXXI, p. 153.

vez, el primero de todos los hombres; el Pastor á cuyas plantas se postran doscientos millones de católicos para que los bendiga y los aliente en la fé; el Gefe de esa comunión religiosa que se extiende del uno al otro confin del mundo.

¿Quién es el Papa?

Es aquel que tiene del cielo la salvadora mision de corregir los extravios del entendimiento humano, de amonstarlo como Padre y de condenarlo como Juez; es el que desde el Vaticano, como una centinela de Dios, observa la marcha de los siglos, el vaiven de las olas de este mundo, que unas veces van humildes á besar sus piés, gimiendo mansamente, y otras se levantan, amenazadoras, terribles, intentando sumergir á Roma y al Pontífice, sin conseguirlo nunca; y es aquel, en fin, sobre cuya augusta cabeza se digna batir sus alas el Espíritu de Dios, para que sus juicios en materia de dogma y de costumbres sean infalibles.

¿QUIÉN ES EL PAPA?
ES EL ROMANO PONTÍFICE A QUIEN DEBEMOS ENTE-
RA OBEDIENCIA.



ADVERTENCIA.

Héme aquí ya frente á frente de esos *Retratos de los Papas* que con tan negros colores nos pinta D. Juan Amador. Voy á examinarlos uno por uno, cotejándolos con los que veo en la historia y á mostrar con ella en la mano toda la mala fé, todas las inexactitudes, toda la vileza con que ha procedido en sus desgraciadas caricaturas el Sr. Amador. Con la historia en la mano he dicho. Si, yo no consignaré ningun hecho bajo mi palabra: nada aseguraré sin que lo halle unánimemente asegurado por los historiadores eclesiásticos, por los profanos y hasta por los enemigos del catolicismo: citaré sus obras, sus nombres y á veces hasta la página del tomo donde se encuentre lo que diga, para que el Sr. Amador y todo el mundo puedan, si quieren, evacuar las citas.

Y esto es, á lo que creo, hablar con lealtad y sin miedo.

Cuando halle una mancha, donde quiera que sea, la confesaré y la haré ver, sin confundirme ni escandalizarme por tal cosa. Mis propias debilidades y miserias me hacen tolerante con los demás, y solo me admira la virtud. El Sr. Amador se halló sin duda inmaculado y por eso arroja la primera piedra. Y además, tal y cual mancha á inmensas distancias una de otra, no empaña en nada el lustre de ese cuadro magnífico del Pontificado, máxime cuando esas sombras, si las hay, no oscurecen al Pontífice sino al hombre, como lo dije anteriormente.

Dicho se está como voy á emprender este trabajo. Es penoso, se lo confieso al Sr. Amador, el imponerse la tarea de consul-

tar los libros para no ir uno á escribir y creer á pie juntillas lo primero que nos cuente un pedante ó un escritor apasionado y malévolo. Pero así es necesario obrar cuando se escribe para el público, á fin de que, si se conserva algun pudor, no venga nadie á arrojarnos á la cara un MENTIS. El Sr. Amador refiere las cosas sin dignarse decirnos de que fuente las ha bebido. Tendria vergüenza de hacerlo por no desacreditar su *Despertador* con un nombre execrado y proscrito del tribunal de la crítica sensata? Salpica á veces su narración *histórica* de *graciosísimas* ocurrencias, de satíricos y lúbricos cuentecitos de mozo de cordel, y de tarde en tarde cita, es verdad, algun respetable historiador, pero sin tomarse la molestia de señalar la obra ó el lugar donde *dijo* lo que le *hace decir*; siquiera para que no vaya por ahí algun maligno á aplicarle la fábula aquella de Friarte (El Cazador y el Huron) que termina así:

Cualquiera pensaria
Que este aviso moral
Seguramente haria
Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor
Que del auxilio ageno
Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

Baste de preámbulos y acerquémonos al retrato de San Pedro, primer cuadro del Sr. Amador. Solo olvidaba advertir (y perdónenme los lectores si abuso de su paciencia) que mas de una vez surgirá de la materia que vaya tratando, alguna otra de dogma, de disciplina ó de otra cosa, y no lo veré mas que de paso por no hacer interminable este trabajo. Puede, empero, el Sr. Amador llamarme á ella aisladamente y verá que nunca rehuso la discusion.

SIGLO I.

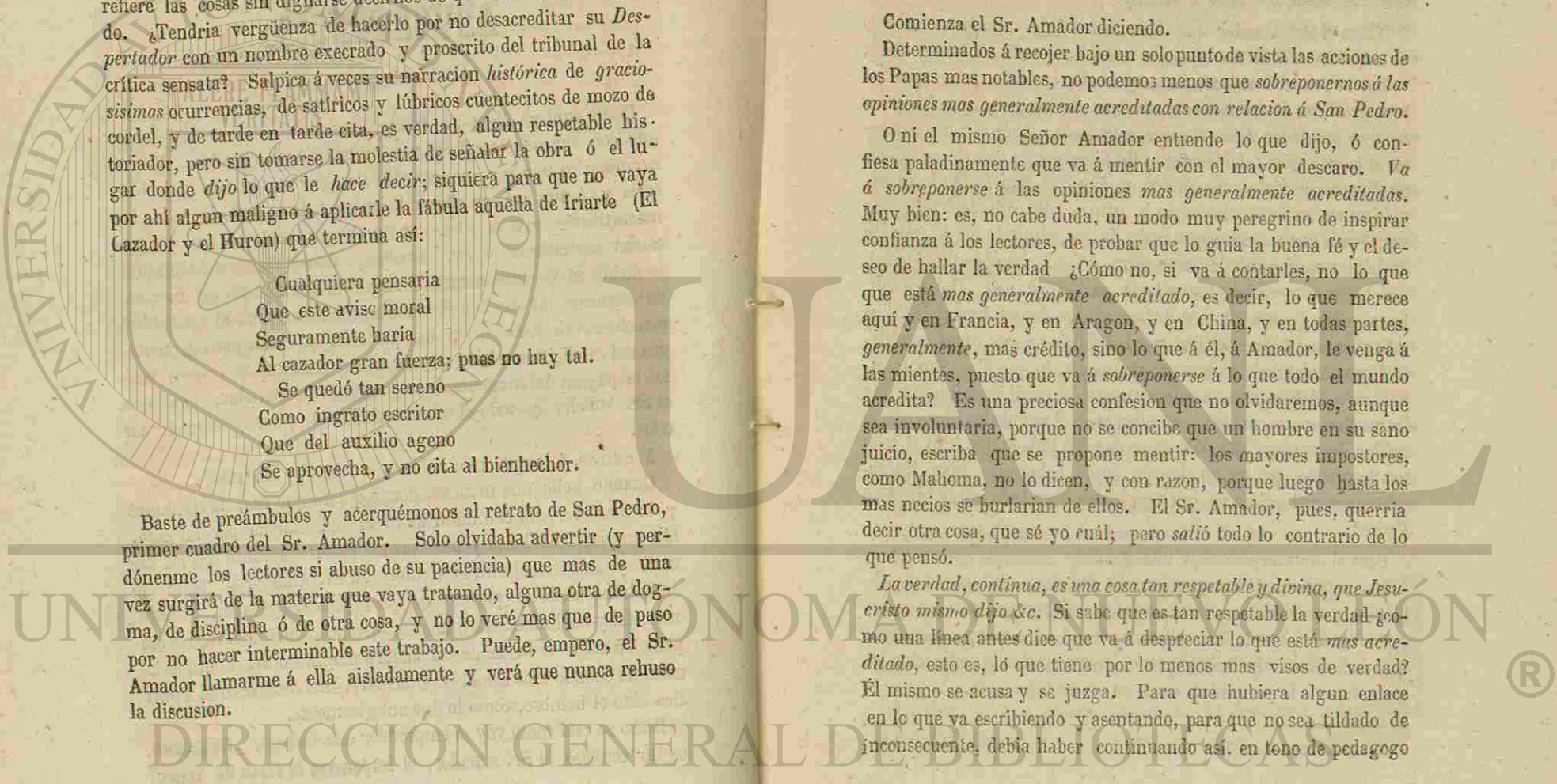
SAN PEDRO.

Comienza el Sr. Amador diciendo.

Determinados á recojer bajo un solo punto de vista las acciones de los Papas mas notables, no podemos menos que *sobreponernos á las opiniones mas generalmente acreditadas con relacion á San Pedro.*

O ni el mismo Señor Amador entiende lo que dijo, ó confiesa paladinamente que va á mentir con el mayor descaro. Va á *sobreponerse á las opiniones mas generalmente acreditadas.* Muy bien: es, no cabe duda, un modo muy peregrino de inspirar confianza á los lectores, de probar que lo guia la buena fé y el deseo de hallar la verdad. ¿Cómo no, si va á contarles, no lo que que está *mas generalmente acreditado*, es decir, lo que merece aquí y en Francia, y en Aragon, y en China, y en todas partes, *generalmente*, mas crédito, sino lo que á él, á Amador, le venga á las mientes, puesto que va á *sobreponerse á lo que todo el mundo acredita?* Es una preciosa confesion que no olvidaremos, aunque sea involuntaria, porque no se concibe que un hombre en su sano juicio, escriba que se propone mentir: los mayores impostores, como Mahoma, no lo dicen, y con razon, porque luego hasta los mas necios se burlarian de ellos. El Sr. Amador, pues, querria decir otra cosa, que sé yo cuál; pero *salió* todo lo contrario de lo que pensó.

La verdad, continua, es una cosa tan respetable y divina, que Jesucristo mismo dijo &c. Si sabe que es tan respetable la verdad como una línea antes dice que va á despreciar lo que está *mas acreditado*, esto es, lo que tiene por lo menos mas visos de verdad? Él mismo se acusa y se juzga. Para que hubiera algun enlace en lo que va escribiendo y asentando, para que no sea tildado de inconsecuente, debía haber continuando así, en tono de pedagogo



tar los libros para no ir uno á escribir y creer á pie juntillas lo primero que nos cuente un pedante ó un escritor apasionado y malévolo. Pero así es necesario obrar cuando se escribe para el público, á fin de que, si se conserva algun pudor, no venga nadie á arrojarnos á la cara un MENTIS. El Sr. Amador refiere las cosas sin dignarse decirnos de que fuente las ha bebido. Tendría vergüenza de hacerlo por no desacreditar su *Despertador* con un nombre execrado y proscrito del tribunal de la crítica sensata? Salpica á veces su narración *histórica* de *graciosísimas* ocurrencias, de satíricos y lúbricos cuentecitos de mozo de cordel, y de tarde en tarde cita, es verdad, algun respetable historiador, pero sin tomarse la molestia de señalar la obra ó el lugar donde *dijo* lo que le *hace decir*; siquiera para que no vaya por ahí algun maligno á aplicarle la fábula aquella de Friarte (El Cazador y el Huron) que termina así:

Cualquiera pensaria
Que este aviso moral
Seguramente haria
Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor
Que del auxilio ageno
Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

Baste de preámbulos y acerquémonos al retrato de San Pedro, primer cuadro del Sr. Amador. Solo olvidaba advertir (y perdónenme los lectores si abuso de su paciencia) que mas de una vez surgirá de la materia que vaya tratando, alguna otra de dogma, de disciplina ó de otra cosa, y no lo veré mas que de paso por no hacer interminable este trabajo. Puede, empero, el Sr. Amador llamarme á ella aisladamente y verá que nunca rehuso la discusion.

SIGLO I.

SAN PEDRO.

Comienza el Sr. Amador diciendo.

Determinados á recojer bajo un solo punto de vista las acciones de los Papas mas notables, no podemos menos que *sobreponernos á las opiniones mas generalmente acreditadas con relacion á San Pedro.*

O ni el mismo Señor Amador entiende lo que dijo, ó confiesa paladinamente que va á mentir con el mayor descaro. Va á *sobreponerse á las opiniones mas generalmente acreditadas.* Muy bien: es, no cabe duda, un modo muy peregrino de inspirar confianza á los lectores, de probar que lo guia la buena fé y el deseo de hallar la verdad. ¿Cómo no, si va á contarles, no lo que que está *mas generalmente acreditado*, es decir, lo que merece aquí y en Francia, y en Aragon, y en China, y en todas partes, *generalmente*, mas crédito, sino lo que á él, á Amador, le venga á las mientes, puesto que va á *sobreponerse á lo que todo el mundo acredita*? Es una preciosa confesion que no olvidaremos, aunque sea involuntaria, porque no se concibe que un hombre en su sano juicio, escriba que se propone mentir: los mayores impostores, como Mahoma, no lo dicen, y con razon, porque luego hasta los mas necios se burlarian de ellos. El Sr. Amador, pues, querria decir otra cosa, que sé yo cuál; pero *salió* todo lo contrario de lo que pensó.

La verdad, continua, es una cosa tan respetable y divina, que Jesucristo mismo dijo &c. Si sabe que es tan respetable la verdad como una línea antes dice que va á despreciar lo que está *mas acreditado*, esto es, lo que tiene por lo menos mas visos de verdad? Él mismo se acusa y se juzga. Para que hubiera algun enlace en lo que va escribiendo y asentando, para que no sea tildado de inconsecuente, debía haber continuando así, en tono de pedagogo

como comenzó: La mentira es una cosa tan respetable y buena que el diablo mismo ha dicho &c.

Eso manda la lógica y la ideología. Pero me causa grima seguir analizando esa gerga, y baste lo dicho para que se forme juicio de las bellezas y admirable encadenamiento de ideas en que abunda esa pieza literaria. Veamos puramente lo sustancial y cerremos los ojos á todo lo demas.

Niega el Sr. Amador que San Pedro haya estado en Roma, ni sufrido allí el martirio, ni establecido allí la Santa Sede.

Por la primera vez nos da la razon de su dicho; pero ¡qué razones! Si San Pedro hubiera estado en Roma, dice, San Lucas no hubiera guardado silencio sobre este punto, toda vez que refiere otras cosas menos interesantes. En términos de escuela este es su terrible argumento: San Lucas no dice que San Pedro haya estado nunca en Roma: luego no lo estuvo. ¡Sr. Amador! sería una vergüenza que un chico que acaba de ser admitido en la cátedra de Lógica racionara de esa manera. ¡Y vd., hombre tan formal, tan hecho y derecho, usa todavía racionar así! ¡Ignora vd., buen señor, que no solo por S. Lucas y los demas Evangelistas se saben las cosas, sino tambien por la tradicion y por otros conductos? ¿no ha visto vd. nunca, por otra parte, lo que dice San Juan, hablando de Jesucristo, á saber: "que si se escribiesen una por una las muchas cosas que hizo... no cabrian en el mundo los libros que se habian de escribir?" (1) ¿Y si no se escribió todo lo que hizo el mismo Jesucristo, que ya vd. ve que ha de haber sido muy interesante, por qué quiere vd. que San Lucas diga todo lo que hizo San Pedro?

Pero si era una cosa muy interesante!

Por supuesto que lo era, y no solo eso, sino un hecho tan público, tan notorio, tan á la vista del mundo, que no era necesario, por lo mismo, que lo hiciera constar San Lucas; porque bien veia que nadie podia olvidarlo y que seria transmitido de generacion en generacion á la posteridad, como en efecto lo ha sido.

(1) Joan cap. 21 v. 23.

Oigase otro argumento de la misma estofa que el anterior. Es cosa cierta, dice el Sr. Amador, que Aquila y Priscila desterrados de Roma durante el imperio de Claudio, volvieron á Roma, muerto aquel Emperador. ¿No estamos pues, autorizados para suponer que si San Pedro hubiera fundado aquella Iglesia habria vuelto á ella como lo hicieron los demas? No, no está vd. autorizado para suponer ante la conciencia pública la primera sandez que se le ocurra: en su casa haga vd. cuantas hipótesis, cuantos absurdos quiera; pero decir por la prensa tales cosas, es tener en nada á una sociedad que no es tan ignorante como vd. supone.

Prescindiendo de la exactitud histórica sobre esa vuelta de Aquila y Priscila á Roma, concediendo que S. Pedro no haya entonces vuelto á aquella ciudad ¿se infiere de ahí, puede nadie estar autorizado para suponer que no estuvo antes en la capital de los Césares?

Mas, por qué no volvió con Aquila y Priscila?—Pues señor, ¡medrados estamos! ¡valiente pregunta! No volveria, si es que no volvió, porque no quiso, ó, vaya una razon, porque como gefe de la Iglesia universal, tendria mil cosas que andar arreglando; ya visitando las iglesias nuevamente establecidas, ya predicando, ya fundando nuevas iglesias y confirmando á sus hermanos. ¡Debe tener tantas cosas que hacer el Gefe de la Cristiandad!

Sigue el Sr. Amador con sus inferencias y sus autorizaciones para suponer. Dice que San Pablo tampoco habla en sus Epístolas de la fundacion de la Iglesia de Roma por San Pedro, y que si este hubiera estado en aquella ciudad el año de 66, hubiera asistido á aquel que estaba acusado ante Neron.

La misma respuesta, y..... laissez moi tranquille.

Ahora veamos los hechos y dejémoslos de suposiciones. "El Príncipe de los Apóstoles, dice Berault Bercastel, el segundo año del imperio de Claudio, que sucedió á Caligula en el de 41, trasladó su silla pontifical á Roma, (1) y desde este año que es el 42

(1) Orig. in Gene. Euseb. Choron. an. 42. Just. Apol. 2. Hieron. de Scriptor. ecclia.

de Jesucristo, principian los 25 que le atribuye la Crónica de Eusebio (1).”

Ya ve el Sr. Amador á cuántos historiadores cita Bercastel en confirmacion de lo que dice. Y en cuanto al martirio de S. Pedro en Roma, vea al mismo historiador á las páginas 172 y 173 del tomo citado, y hallará que los dos Apóstoles San Pedro y San Pablo, despues de haber estado presos en la cárcel Mamertina al pié del capitolio, fueron condenados á muerte por Neron y ejecutados, San Pablo en el sitio llamado *Aguas Salvas*, á tres leguas de Roma, y San Pedro en lo alto del monte Janículo á 29 de Junio del año de 66 de Jesucristo.

Si ni esto, ni lo que dejé dicho sobre la misma cuestion á la pág. 23 convence al Sr. Amador, oiga como se expresa un protestante: juzgo que á él si le creerá, toda vez que es de su misma comunión. Es Willian Cobbet. “S. Pedro murió mártir en Roma unos sesenta años despues del nacimiento de Jesucristo, pero fué reemplazado por otro, y es del todo evidente que la cadena de sucesion no fué nunca interrumpida hasta nuestros dias.... Al subir sucesivamente á la Santa Sede cada Papa es jefe de la Iglesia, su poder y su prema autoridad han sido siempre reconocidos por todos los obispos y predicadores cristianos de todas las naciones en que esta religion ha existido. (2)

Pero *in vanum laborivi* todo en vano! ¿Qué importa que los historiadores antiguos y modernos refieran los hechos que me ocupan, si nada valen sus testimonios para el Sr. Amador? ¿Qué hacer con un hombre como él, que dice: *todos los historiadores aseguran este hecho*, (el de la muerte de San Pedro en Roma) y sin embargo lo niega? Quien niega lo que dicen *todos los historiadores*, pregunto nuevamente, ¿qué remedio tiene? ¿No es verdad que hay enfermedades que son incurables? (3)

(1) Tom. 1. p. 67. de la Histor. ecl. de Berault.

(2) Histor. de la Refor. protest. carta 2 núm. 41.

(3) Traduciré á continuacion, para dilucidar mas el hecho de la fundacion de la Santa Sede en Roma por S. Pedro, un artículo tomado del

SIGLO II Y III.

Sotero,

Los hechos de este Pontífice, como los de otros de ese tiempo de vicisitudes y persecuciones, son, en su mayor parte, desconocidos de la posteridad. Los historiadores al hablar, bien poco por

Diccionario de la Conversacion, que, como es sabido, fué formado por personas nada afectas al catolicismo. Dice así:

San Papias, obispo de Hierápolis en Frigia, refiere los dos viajes de S. Pedro á Roma, y la fundacion de la Silla Apostólica. Desgraciadamente estos escritos se perdieron; pero su mérito, bien que contestado por Eusebio de Cesarea, es solemnemente reconocido por San Gerónimo. Hegésipo y Julio el Africano, hablan tambien del viaje á Roma. Eusebio lo fija en el reinado de Claudio, y Lactancio su contemporáneo, afirma que San Pedro fué á Roma para ser allí crucificado, siendo emperador Neron. De estos testimonis respetables, á los cuales es preciso añadir las aserciones no menos recomendables de San Juan Crisóstomo, de San Gerónimo y otros, es de donde se ha formado la historia de los últimos años del Príncipe de los Apóstoles. El año 36 ó 37 de la era Cristiana estableció la Iglesia de Antioquia, y ocupó esta Silla por siete años, segun unos, y por mas tiempo segun otros. *Estuvo en Roma* por primera vez el año 42 ó 43 y *fundó allí la Santa Sede*, bajo el imperio de Tiberio. Desterrado de esta capital el año 48, con todos los judíos, volvió á ella hácia el fin del reinado de Claudio, ó al principio del de Neron. Y fué entonces cuando encontró á ese mismo Simon el Mago que habia confundido en Samaria. Segun Filastro, historiador de las herejias, S. Pedro disputó contra él en presencia de Neron, y el mago fué herido de muerte por un ángel. Segun Teodoreto y otros, Simon desafió al apóstol á hacer milagros y se elevó en los aires á la vista de S. Pedro y S. Pablo. Las oraciones de estos apóstoles hicieron huir á los demonios que sostenian al impostor, y entonces cae y se rompe las piernas. Neron le vengó en la sangre de los dos apóstoles. San Pedro fué condenado á ser crucificado, y pidió al instante ser puesto cabeza abajo para que su muerte se diferenciase de la de Jesucristo. Este suplicio se ha fijado el año 65. La duracion de su pontificado fué de 25 años, segun unos, y de 22 segun otros. Hay que advertir, finalmente, que algunos historiadores hablan de un último viaje que hizo á Jerusalem, para dar un sucesor al apóstol Santiago el Menor.—Viennet de l'académie française.

cierto, de San Sotero no dicen lo que D. Juan Amador con el mas grande aplomo: que *interpuso su mediacion en favor de Montano para que se revocase su sentencia; pero que convencido declaró que los montanistas habian sido condenados con razon.*

¿Y ante quién interpuso esa mediacion? ¿á quién pedia S. Sotero que se revocase esa sentencia? ¿ante el Papa, esto es, ante sí mismo? ¿ante algun Concilio? ¿Pero ante cuál, si la historia no refiere que haya sido celebrado alguno en el reinado de ese Pontífice? ¿Por qué nos deja en tal oscuridad el Sr. D. Juan; por qué no es mas esplicito en ilustrarnos? Los historiadores, como Berault, Beaufort, Burio y otros al hablar de la herejía de Montano, no hacen figurar para nada á S. Sotero.

Y concedido que San Sotero antes de examinar la doctrina de Montano se interesase por él, y que examinada ya, se convenciese de que *con razon* habia sido condenado, ¿qué falta halla en eso el Sr. Amador? La falta estaria en lo contrario, en que hubiese hallado la sentencia injusta *y sin razon*. Y sin embargo, concluye con mucho énfasis y en tono de terrible ironía: *hé aquí ya uno de los primeros ejemplos de la infalibilidad de los pontífices*. Positivamente: esa es una prueba de que San Sotero hallaba buena, justa é irrevocable la sentencia, ó lo que es lo mismo, eso que vd. dice confirma la infalibilidad de la Iglesia.

Victor I.

Con un magisterio capaz de hacernos temblar, dice el Sr. Amador que *este Papa fué indulgente con los montanistas y aprobó su doctrina*. Ya se deja entender que no se digna descender al terreno de las pruebas ¿para qué? Magister dixit, y ¡cuidado con dudar! Yo, sin embargo, con el debido comedimiento, me acerco al Dómine y le muestro el tomo II de Berault, que á la pág. 42, hablando de los extragos que hacia la herejía de Montano en tiempo de San Victor, dice así: “El Papa, persuadido de que no debia disimular por mas tiempo, acordó emplear su autoridad, á

cuyo fin congregó un Concilio en Roma, y de su orden se reunió otro, en 196, segun el testimonio del venerable Veda, ó de aquel mismo Concilio, que tuvo el mismo objeto.” (1)

Tenemos, pues, que aunque haya sido *indulgente* San Victor con los montanistas (lo cual no es una falta, sino una virtud, porque se debe ser enérgico é inflexible con el error; pero indulgente con las personas), *no aprobó sus doctrinas*. Y ahora me atrevo á preguntar al Sr. Amador ¿cesa ya su admiracion y su escándalo de que este y otros papas hayan sido canonizados? Porque ya vd. vé, es mentira que fueron montanistas.

Una palabra mas para seguir nuestra revista. Dice el autor de *Los Retratos* que San Victor *observó una conducta extraña con Polycrates*. ¿Qué querrá decir? ¿Conducta extraña en qué ó cuándo? Supongo que pensaria hablarnos de una contestacion que dió el Papa á los obispos de Asia, á cuya frente se hallaba Polycrates. Si es eso lo de la *extraña conducta*, no fué, Sr. Amador, sino una muy digna y natural conducta. Figúrese vd. que esos señores obispos no querian sujetarse á algunas de las respetables disposiciones de los Concilios, y aunque en el punto principal eran del mismo sentir que el Sumo Pontífice, en otros mas secundarios no lo eran, y le dirigen á Su Santidad una carta muy fuerte en que manifiestan un espíritu resuelto á no ceder. “No pudo menos, dice Berault, (2) de ser mal recibida esta declaracion, y respondió á los asiáticos en términos muy enérgicos.” ¿No es verdad que lo merecian, Sr. Amador, y que ahora que sabe lo que sucedió, no halla en ello nada de *conducta extraña* ni cosa que excite su admiracion?

Zeferino.

Cometió, segun *el Despertador*, un solo delito; pero ¡cuán grave, Dios Santo! *El de haber condenado á Tertuliano*. Para to-

(1) Conc. palaest. circ. ann. 196.

(2) Berault tom. 2.

do el mundo es conocida la historia de este ilustre apologista del cristianismo: luchó con ardor; prestó inmensos servicios á la causa de la Iglesia; pero hubo un dia en que, exigente en sumo grado, cayó en el error de los montanistas.

¡Qué desgraciado es en sus ataques el Sr. Amador! Ese acto de ejemplar justicia del Papa Zeferino, no obstante los méritos y servicios de Tertuliano, está publicando que el pontificado, que la Iglesia, no se mueve por consideraciones ni respetos humanos, lo cual es el mayor timbre de los gobiernos y su mas grande elogio. A cada paso D. Juan Amador, en vez de atacar á los Pontífices, como se propone, los glorifica á su pesar.

Estevan I.

El autor del *Despertador*, viene enseñándonos que los obispos de la cristiandad acusaron de prevaricacion á San Estevan.

No fueron los obispos los que lo acusaron de prevaricacion, Sr. Amador. Firmiliano de Cesarea en Capadocia, y no otro, fué el que dejó escapar sin miramiento, algunas palabras fogosas contra el Vicario de Jesucristo (1) á causa de la ruidosa disputa que entonces se agitaba entre San Estevan y San Cipriano, acerca de la reiteracion del bautismo conferido por los herejes. Cuando el Gefe Supremo de la Iglesia, y ya no el doctor, lo juzgó conveniente, decretó: "Si alguno viniese á nosotros de cualquiera herejía, no se innove nada de lo que se ha seguido por tradicion, que es imponerle las manos para que reciba la penitencia." Amenazó con la excomunion, si no cerraban el debate, á Firmiliano, á San Cipriano, á Heleno de Tarsis y otros; mas es probable, dice Receveur, que se contentó con la amenaza y que realmente no los excomulgó..... San Agustin disculpa el error de San Cipriano, manifestando que obraba de buena fé. (1) ¿Qué halla en esto el *Despertador* de violento, ni despótico en San Estevan contra el grande obispo de Cartago?

(1) Berault. t. 2 p. 302.

SIGLO IV.

Marcelino.

¡Cuánta pobreza de ideas y de buenas razones muestra el que se vale para atacar, como hoy lo hace el *Despertador*, á un Pontífice tan santo, con una miserable supercheria! Dice que *apostató y adoró á los idolos en la persecucion de Diocleciano*. Teodoro, el mismo sospechoso Eusebio y San Agustin contra el donatista Petiliano, hicieron ver hasta la evidencia lo ridículo de esa fábula. (2)

¡Y en estos dias nos viene D. Juan Amador con esas novedades!

Liberio.

"Los enemigos de la infalibilidad del Romano Pontífice—como D. Juan Amador—presentan y repiten con aire de triunfo la historia de la caída de Liberio. Veamos cuán miserable es este recurso. Primeramente, aun cuando sea cierta la suscripcion de aquel Papa, á la primera fórmula de Sirmio; este, segun San Hilario, tenia un sentido católico. Mas no suscribió mandando, como Cabeza Suprema de la Iglesia, recibir aquella fé; al contrario, puesto en libertad, proscribió el error nuevamente y á sus secuaces; por manera que aunque como particular hubiese cedido á la violencia, jamas enseñó ni aprobó la herejía como Pontífice, y con esto queda intacto el derecho de la indefectibilidad. Empero, no es tan cierto el hecho como se supone. El mismo Bossuet tan empeñado en sostener la declaracion del clero galicano de 1682, decia al abate Ledieu: *yo he borrado en mi tratado del poder eclesiástico, todo lo relativo al Papa Liberio, porque no probaba*

(1) Recev. t. 1.º pág. 357.

(2) Bercastel t. 2.º p. 315.

bien lo que yo queria establecer en aquel lugar. (1) Los centuriadores de Magdeburgo han absuelto á Liberio de toda tacha. Algunos sabios han sostenido, y esto nos parece lo mas cierto, que Liberio no suscribió á fórmula alguna de Sirmio." (2)

Y sabe vd., Sr. Amador, cuáles fueron los crímenes de ese Pontífice? Ser el blanco de terribles persecuciones; sufrir un largo destierro en el Obispado de Berea, y derramar allí ardientes lágrimas por las sangrientas tragedias de Constancio, protector de los arrianos, que no satisfecho con alejar de la capital del mundo cristiano al Pontífice, dirigia tambien sus golpes contra sus mas ilustres miembros, los obispos, usando con ellos todo género de violencias, como sucedió con el célebre Osio.

Félix II.

Optato Milevitano, San Agustin y otros muchos historiadores, no cuentan á este Pontífice en el catálogo de los Romanos. Mas sea de esto lo que fuere, bueno será hacer notar al Sr. Amador que nada consigue cuando quiere convencernos de la herejía de Félix II, y que por el contrario con lo que dice deja ver que la Iglesia muy justamente lo colocó en el número de sus santos. Porque en efecto sí, como todos lo sabemos, fué este perseguido por Constancio, protector de los arrianos, segun hemos visto al tratar del Papa Liberio, ¿cómo puede sin inconsecuencia decir hoy el *Despertador* que la Iglesia declaró santo ó canonizó á un arriano?

Tengamos lógica, Sr. Amador, y no destruyamos nuestras aserciones con nuestras propias palabras: reflexione que quien es perseguido y desterrado por un arriano, como lo fué Felix II por di-

(1) T. 2 Piezas justific. del 4. Lib. de Berault.

(2) Vease Disertacion sobre el Papa Liberio; Paris chez Lemestre 1,726. in 12.; y últimamente la obra del Papa y de la Iglesia Galicana del Conde de Maistre, lib. 1.º c. 15.

cho emperador, no puede ser partidario de los arrianos; y entonces ya no lo escandalizarán los manejos de la *Cristiana Roma*.

Dámaso I.

Solamente los enemigos de este Papa le han atribuido la carnicería y excesos que se cometieron contra el anti-papa Ursino y sus parciales; pero la historia imparcial lo declara inocente de los escándalos que *sin su conocimiento* cometieron algunos de sus adictos. (1)

Concluye su retrato D. Juan Amador abrumándonos con el peso de sus reconvenciones. Esa division, esos cismas lo hacen *terriblemente cáustico*. Ese acontecimiento, dice, es una prueba magnífica de que á la Iglesia la asiste el Espíritu Santo.

Vd. no conoce el espíritu ni el fondo del catolicismo, y por eso lo asustan y lo hacen descreido esas turbulencias. Nosotros que sabemos que es fuerza que haya escándalos, no nos escandalizamos; nosotros que sabemos que la Iglesia, entre los grandes destinos que tiene que llenar sobre la tierra, el mas glorioso quizá, es el de luchar siempre y vencer siempre á sus enemigos; que los combates no la extenuan, sino que al contrario, se levanta mas vigorosa mientras mas recia y larga es la pelea; nosotros que la vemos seguir imperturbable su camino, aunque algunos de sus propios hijos la abandonen y traicionen ingratos; nosotros, digo, en esos mismos cismas que han aparecido, apenas era una Iglesia naciente, hallamos una prueba de que la asiste y la sostiene el Espíritu Santo; porque no obstante todos esos ataques del cisma, de la herejía, de las potestades humanas, de la filosofía incrédula y del infierno, subsiste, y vive, y lucha, y no morirá jamas. Una institucion puramente humana habria ya sucumbido indudablemente. Los cismas, sea dicho aquí una vez por todas, no prueban nada, Sr. Amador, contra la infalibilidad de la Iglesia católica.

(1) Beaufort t. 1.º p. 231.

Inocencio I.

La misma fábula de que hablamos al tratar de San Marcelino, es otra vez aplicada al Papa San Inocencio.—Contestacion. Es de todo punto falso que haya autorizado los sacrificios de los idolos. (Aunque el Sr. Amador dice que *permitió* tales sacrificios, supongo que quiso decir *autorizó*, aprobó ó cosa semejante; porque *permitir* solamente no es un gran delito, toda vez que Dios mismo *permite* el pecado. Y sea dicho esto de paso en desagravio de la lengua española.)

Lejos, pues, de que este Papa haya *autorizado* la idolatría, fué uno de los mas dignos Pontífices por sus eminentes virtudes, por los consuelos que, cual compasivo padre, prodigó á los prelados *perseguidos*, como á San Juan Crisóstomo; por su infatigable celo en corregir las costumbres corrompidas de su época, y en conservar pura la fé que lo sostuvo hasta su muerte. Fué, además, de un admirable talento, mereciendo por esto que Tillemont en el tomo 10 de sus Memorias para la Historia eclesiástica se espesara así de él. "Instruyó á toda la Iglesia de su tiempo y de los siglos venideros con cartas que escribió: muchas de ellas se han conservado hasta nuestros días. Contiene reglamentos utilísimos y decisiones muy preciosas, que hacen ver que era hábil en las leyes eclesiásticas, y hasta se conoce que están bastante bien escritas y con bastante destreza, para hacer plausible lo que tal vez puede no ser del todo cierto. A veces se ve en ellas un gran celo por la defensa de la verdad y por la pureza de la disciplina, y una caridad tierna y cordial para con los buenos, y un grande amor de la paz y de la unidad. No ignoraba seguramente la eminencia de su Silla, y no deja de realzarla cuando halla ocasion."

Bonifacio I.

¡Siempre el mismo en todos sus *retratos* el Sr. Amador! Los santos que mas venera el mundo son para él grandes criminales. El mundo se ha engañado y hoy viene á decirselo. Esa es su mision sobre la tierra. ¡Bien venido sea! Dícenos que San Bonifacio, primero de este nombre, fué agitador, reboltoso y lleno de ambicion; pero por desgracia hoy, lo mismo que siempre, nos lo asegura sin probarlo, sin citar hechos, ni aducir testimonios, ni dejar asomar siquiera algun fundamento que no sea su palabra, ya muy gastada en contar falsedades. Y con razon no lo demuestra; pues necesaria para ello que desapareciera la historia de la Iglesia, que nos enseña que verificada la eleccion de Bonifacio, el anti-papa Eulalio, hizo que Symmaco, prefecto de Roma, informase mal al Emperador del verdadero Pontífice Bonifacio, para poder él sentarse en la Silla romana: que como resultado de tal informe se intimó destierro al legítimo Papa, que obedeció sin hacer ninguna azonada, ni provocar ninguna rebelion, porque estaba convencido que el mal seria remediado por Dios. como en efecto sucedió, haciendo que Bonifacio fuera reconocido poco despues como la Suprema Cabeza del catolicismo, y que se le llamara de nuevo por el mismo Emperador á la Cátedra de Pedro, donde asiduamente, si bien con dulzura y clemencia, trabajó y consiguió extinguir el cisma. Hizo mas: alivió caritativamente la esterilidad que sintió Roma en un año de su pontificado. (1)

Symmaco.

A quien dotó ricamente los Santuarios del Señor y adornó los templos del verdadero Dios con lámparas de plata de 120 lb^a. que admiraron al mundo artístico por su magnífica construccion; á quien fué un celoso defensor de los derechos y prerogativas de la

(1) Beaufort t. 1.º p. 284. y sig.

Iglesia católica; á quien, para convencer á sus enemigos de su inocencia y pureza de costumbres, se sujetó á un riguroso exámen, y á quien finalmente, como el Papa Symmaco, trabajó en todos sentidos, sin desviarse de su fe y dignidad, por atraer al rebaño de Jesucristo las ovejas que, como el Emperador Teodoro, andaban descarriadas; debia vd. avergonzarse, Sr. Amador, de hacerlo figurar en su coleccion de grotescos retratos. Para que se convenza de lo que vengo diciendo, necesario me parece rectificar el hecho que vd. cuenta entre las faltas de este Pontífice. Refiere vd. que Symmaco separó de la comunión católica al Emperador Anastasio. Oiga lo que sobre el particular dice el Papa en una de sus cartas á ese mismo Emperador.

“No á vos, Señor, sino á Acasio, es á quien excomulgamos.” Si despues formuló quejas contra él, estas no fueron injustas, supuesto que Anastasio, como nos dice la historia, no dejaba el libre ejercicio del culto á los cristianos, y sí á las sectas disidentes. (1)

Queda, pues, en claro que tenia relaciones con Teodoro, hereje arriano, como conversaba Jesucristo con los pecadores, para atraerlo á la fe católica; y que rectificado ya el hecho del Emperador Anastasio, y visto ya como se conducía este con los fieles, el Papa Symmaco cumplió con sus altos deberes de Pontífice y de Pastor, reprendiendo y quejándose amargamente de uno de esos Emperadores y tratando con indulgencia al otro.

Le sorprende á vd. además, que este Papa mandase observar ciertas disposiciones conciliares en que se da derecho á las ovejas para acusar al Pastor en el caso de que faltase contra la fe.

Para su instruccion no hablaré yo aquí, sino otra vez mil veces mas autorizada. “Sabido es que el Papa, reconocido como infalible cuando habla *ex-Cathedra*, no lo es sin embargo como persona particular, y en este concepto podria caer en herejía. En tal caso, dicen los teólogos, que el Papa perderia su dignidad; sosteniendo unos que se le debería destituir, y afirmando otros que la destitucion quedaria realizada por el mero hecho de haberse apartado de la fe.” (2)

(1) Bercastel t. 7. p. 126.

(2) Balmes. Pr^o est. t. 2 p. 270

Félix IV.

Pregunta el Sr. Amador, con aire de triunfo, si los defensores del papado aprueban la eleccion de Felix IV, hecha, añade, por el rey hereje Teodorico.

Los defensores del Papado y los católicos todos, señor curioso, no pueden aprobar nunca la eleccion de sus pontífices por nadie que no sean aquellos que designan los cánones; importando muy poco que se trate del hereje Teodorico ó del cristianísimo Carlo-Magno. Si reconocemos como verdadero Papa á Felix IV, es porque *no fué elegido por Teodorico*, como vd. lo asienta, sin pruebas ningunas, se entiende. “*Roma*, entre tanto, *había nombrado* por sucesor de Juan I á Felix IV, natural del pais de los sámnites que fué consagrado el 21 de Julio del año 526. (1) Su sucesor, dice Receveur, (t. 2 p. 402) fué Félix IV, que se consagró &c. *Eligieron*, dice Berault (t. 7 p. 221) á Félix que rigió la Iglesia mas de cuatro años.”

No hay, pues, ni una palabra en la historia por la que pueda disimularse una mentira tan grave como la que vd. ha estampado; y queda contestada su pregunta y resueltas sus dudas.

Bonifacio II.

No debía extrañar vd., Sr. Amador, que este Papa haya anatematizado aun despues de su muerte al cismático Dióscoro; porque sabiendo vd. que este fué anti-papa, y por lo mismo introductor del cisma en la Iglesia, y que murió sin haber dado muestras de arrepentimiento; nada extraño debia parecerle, repito, que despues de su muerte se haya hecho constar, (como con sentimiento lo recordamos todavia) que no volvió al gremio de la Iglesia católica despues de su delito, en que se mantuvo con inaudita pertinacia.

(1) Beaufort t. 2.º p. 4

Es cierto que el Pontífice Bonifacio II pretendió nombrarse por sucesor al diácono Vigilio; pero lo es igualmente que conoció luego su falta, y que en prueba de ello y para que la posteridad imparcial nada tuviera que echarle en cara, hizo arrojar al fuego el decreto en que constaba tal falta. (1) ¡Ojalá que siendo vd. un fiel imitador de este Pontífice Romano, conociera sus errores, dando á las llamas sus producciones, para que solamente quedara la memoria de su conversión á la Iglesia de Jesucristo, que tanto y tan gratuitamente ha injuriado!

Silverio.

Contra el Papa Vigilio y contra Silverio se desata hoy en calumnias D. Juan Amador. Dice que Vigilio destronó á Silverio, y que aquel dirigió unas cartas á ciertos eutiquianos en que aprobaba su doctrina y condenaba el dogma católico.

Esas mismas acusaciones se han repetido por los enemigos de los papas hasta el fastidio, y cien veces se les ha contestado: "que esas acusaciones no tienen mas fundamentos que unas cartas fabricadas por los acéfalos en nombre del Pontífice, y aunque los defensores de los tres capítulos les han dado acogida y las han repetido despues los historiadores, no se necesita mas que un poco de critica para conocer lo absurdo de esta especie, (y la de que se valiera Vigilio del general Belisario para destronar á Silverio), porque no puede admitirse que doscientas libras de oro fueran capaces de tentar á un general quehabia hallado otros medios de enriquecerse en Africa y en Italia, si tal hubiera sido su pensamiento; y por otra parte se concibe mucho menos que pudieran tener interes por los eutiquianos unas cartas secretas, ni como pudiera haberse contentado con ellas la emperatriz, ó esperar Vigilio que esto bastaria para cumplir su promesa si la habia hecho. La inverosimilitud de estas dos acusaciones hace sospechosas las que miran á su conducta para con Silverio su predecesor. Habiendo desterrado Belisario á este á Pa-

(1) Receveur 2.º 429.

tara en la Licia, el obispo de la ciudad fué á buscar á Justiniano á Constantinopla, y le amenazó con el juicio de Dios por haber expulsado así al gefe de toda la Iglesia. El Emperador que no sabia nada de las intrigas de la Emperatriz, dió orden para que Silverio fuese conducido otra vez á Roma, y se hicieran informaciones regulares para cercionarse si era el autor de las cartas que se le achacaban; y si se probaba que fuesen suyas se le enviara á otra ciudad sin quitarle su dignidad; mas por el contrario si eran falsas, se le repusiese en su Iglesia. Luego que Silverio estuvo de regreso de Roma, se dice que Vigilio instó á Belisario para que se le entregase, y le desterró á la isla Palmaria, donde murió el 20 de Julio del año 538. Pero tal vez no deba atribuirse este segundo destierro mas que á las órdenes de Belisario y á las intrigas de su muger; animada de las mismas pasiones vituperables que Teodora, y aun Procopio lo insinúa bastante claramente en su historia secreta.

Como quiera, Vigilio fué reconocido Papa legitimo en Occidente desde el punto de su eleccion, lo que puede hacer creer que no fué tan irregular como deberia suponerse, ateniéndose á la relacion de los historiadores, guiados del testimonio de Liberato, defensor exagerado de los tres capítulos. Además, aquel Papa reparó con su celo por la fé las faltas que podia haber cometido para llegar al pontificado." (1)

Pelagio,

Dura cosa es, Sr. Amador, tener que dar á vd. tan frecuentes *mentis*; pero ¡qué hacer! no hallamos otra palabra mas justa ni mas propia para el que stampa calumnias tan graves como la de que el virtuoso Pontífice Pelagio haya *hecho matar* á Vigilio para sucederle. Abra vd. la historia y allí encontrará que Vigilio murió en la Isla de Siracusa el 10 de Enero de 555 de la enfermedad conocida vulgarmente por de piedra. (2)

(1) Recev. t. 2 p. 436 y 437.

(2) T. 7 p. 343 de Berault.

Es cierto que el Pontífice Bonifacio II pretendió nombrarse por sucesor al diácono Vigilio; pero lo es igualmente que conoció luego su falta, y que en prueba de ello y para que la posteridad imparcial nada tuviera que echarle en cara, hizo arrojar al fuego el decreto en que constaba tal falta. (1) ¡Ojalá que siendo vd. un fiel imitador de este Pontífice Romano, conociera sus errores, dando á las llamas sus producciones, para que solamente quedara la memoria de su conversión á la Iglesia de Jesucristo, que tanto y tan gratuitamente ha injuriado!

Silverio.

Contra el Papa Vigilio y contra Silverio se desata hoy en calumnias D. Juan Amador. Dice que Vigilio destronó á Silverio, y que aquel dirigió unas cartas á ciertos eutiquianos en que aprobaba su doctrina y condenaba el dogma católico.

Esas mismas acusaciones se han repetido por los enemigos de los papas hasta el fastidio, y cien veces se les ha contestado: "que esas acusaciones no tienen mas fundamentos que unas cartas fabricadas por los acéfalos en nombre del Pontífice, y aunque los defensores de los tres capítulos les han dado acogida y las han repetido despues los historiadores, no se necesita mas que un poco de critica para conocer lo absurdo de esta especie, (y la de que se valiera Vigilio del general Belisario para destronar á Silverio), porque no puede admitirse que doscientas libras de oro fueran capaces de tentar á un general quehabia hallado otros medios de enriquecerse en Africa y en Italia, si tal hubiera sido su pensamiento; y por otra parte se concibe mucho menos que pudieran tener interes por los eutiquianos unas cartas secretas, ni como pudiera haberse contentado con ellas la emperatriz, ó esperar Vigilio que esto bastaria para cumplir su promesa si la habia hecho. La inverosimilitud de estas dos acusaciones hace sospechosas las que miran á su conducta para con Silverio su predecesor. Habiendo desterrado Belisario á este á Pa-

(1) Receveur 2.º 429.

tara en la Licia, el obispo de la ciudad fué á buscar á Justiniano á Constantinopla, y le amenazó con el juicio de Dios por haber expulsado así al gefe de toda la Iglesia. El Emperador que no sabia nada de las intrigas de la Emperatriz, dió orden para que Silverio fuese conducido otra vez á Roma, y se hicieran informaciones regulares para cercionarse si era el autor de las cartas que se le achacaban; y si se probaba que fuesen suyas se le enviara á otra ciudad sin quitarle su dignidad; mas por el contrario si eran falsas, se le repusiese en su Iglesia. Luego que Silverio estuvo de regreso de Roma, se dice que Vigilio instó á Belisario para que se le entregase, y le desterró á la isla Palmaria, donde murió el 20 de Julio del año 538. Pero tal vez no deba atribuirse este segundo destierro mas que á las órdenes de Belisario y á las intrigas de su muger; animada de las mismas pasiones vituperables que Teodora, y aun Procopio lo insinúa bastante claramente en su historia secreta.

Como quiera, Vigilio fué reconocido Papa legitimo en Occidente desde el punto de su eleccion, lo que puede hacer creer que no fué tan irregular como deberia suponerse, ateniéndose á la relacion de los historiadores, guiados del testimonio de Liberato, defensor exagerado de los tres capítulos. Además, aquel Papa reparó con su celo por la fé las faltas que podia haber cometido para llegar al pontificado." (1)

Pelagio,

Dura cosa es, Sr. Amador, tener que dar á vd. tan frecuentes *mentis*; pero ¡qué hacer! no hallamos otra palabra mas justa ni mas propia para el que stampa calumnias tan graves como la de que el virtuoso Pontífice Pelagio haya *hecho matar* á Vigilio para sucederle. Abra vd. la historia y allí encontrará que Vigilio murió en la Isla de Siracusa el 10 de Enero de 555 de la enfermedad conocida vulgarmente por de piedra. (2)

(1) Recev. t. 2 p. 436 y 437.

(2) T. 7 p. 343 de Berault.

Añade vd. que ningun obispo queria consagrarlo.—¿Cómo así? Pues yo leo en Berault (1) que incontinenti se presentaron y concurrieron á la consagracion los obispos de Perusia y Torentino, y, con perdon sea dicho, me atengo mas á lo que dicen este y otros mil historiadores que á las lecciones de vd. En estas mismas lecciones de historia enseña vd. *pro tribunali*, que las largas vacantes del papado en aquellos tiempos pueden atribuirse á las intrigas de los pretendientes. Me parece una observacion muy profunda y muy filosófica. Pero la historia, señor, esta descontentadiza y severa historia, no quiere estar de acuerdo con vd. Ella, la descortes, asigna por causa de esas vacantes la ingerencia que los principes temporales querian tener en la eleccion de los papas. (2) ¿No es verdad, Sr. Amador, que debia borrarse para siempre esa ceñuda y anti-pática historia?

Y para concluir la visita que le he hecho á ese retrato de Pelagio, creo conveniente advertir, que si bien al principio de su pontificado tuvo ese papa la oposicion de algunos prelados, por las sospechas que abrigaban contra él, estas las devaneció el mismo Pontífice que acusado sin pruebas, se justificó con el juramento y haciendo una pública manifestacion de su fé.

SIGLO VII Y VIII.

Honorio.

De este Pontífice, lo mismo que de Liberio, nos dice el Desperador que fué hereje, porque consultado por Sergio sobre si habia en Jesucristo dos voluntades, respondió *ex-cáthedra* que no tenia si no una sola.

¿Quién habia de pensar que esta y parecidas objeciones que mi excelente maestro me hacia repetir hasta que las retenia en la memoria, cuando era yo casi un niño en el colegio, habia de

(1) Berault 7. p. 346.
(2) id. id. id.

tener que contestarlas hoy que ya mi cabeza se me vuelve cana, como dice Espronceda? Pues Sr. Amador; aquí me tiene vd. con el antiguo compañero de mi niñez, con mi viejo Billuart, como lo llamábamos en aquellos felices tiempos. ¡Quantum mutatus ab illo! Lo abro y ¡oh fastidio! *Objetarás en sétimo lugar. El Papa Honorio fué condenado como hereje en el sexto Concilio. Luego....* Objicies 7.º Honorius Papa fuit damnatus ut haereticus in sexta Synodo. Ergo.... Y mas adelante.... ¡peste! la objecion de vd. toda entera. *Instarás. Honorio, consultado acerca de la fé por tres Patriarcas, Sergio de Constantinopla, Ciro de Alejandria y Soforino de Jerusalem, enseñó el error en su respuesta. Luego habló ex-cáthedra: luego.... Instabis. Honorius de fide con sultusá tribus patriarchis, scilicet, á Sergio Constantinop. Ciro Alexandrino et Sophorino Jerosolimitano, respondens, docet errorem: ergo locutus est ex-cáthedra. Ergo....*

¡Qué tiempos, Sr. Amador, qué tiempos aquellos! Se me figura que me he vuelto muchacho, y que estoy *ergotizando*, y concluyendo, y negando y cubriéndome de lauros estudiantiles, y adios fastidio: estoy loco de contento!... Niego la consecuencia.... Pero ¿qué estoy diciendo? Es precioso recobrar uno su gravedad y ver que es una objecion muy seria la que hace el Sr. Amador, y que por lo mismo seriamente debe contestársele.

Dios me libre de vaciar aquí todo lo que dice el Padre Billuart para probar que Honorio, si fué condenado, no lo fué como *haereticus, sententia*, sino *ut haereticus favore, id est ut fautor haereticorum quatenus jussit taceri vocem unius vel duplicis voluntatis*: ó en castellano—que si fué condenado como hereje no lo fué como hereje de corazon ni de cabeza, sino pura y simplemente como favorecedor de los herejes, por haber mandado que no se tratara ese asunto de las dos voluntades en Jesucristo, para que cesara la polvareda que habian levantado güelfos y gibelinos, herejes y católicos. Basta que nos concretemos á lo que responde en el *Instabis* que es donde se halla el argumento de D. Juan Amador. Dice pues Billuart, y yo tambien: El Papa Honorio, dado que haya

errado, dado que fuera cierto eso que se alega, (sobre lo que hay mucho que decir y que negar) cuando dirigió sus letras á Sergio, lo hizo como Doctor particular; no consultó al Colegio de cardenales, ni hablaba á la Iglesia universal, supuesto que esas letras se encontraron por primera vez en el archivo de Constantinopla 40 años despues que fueron expedidas; ni se expresó en los términos que se exigen para que una cosa se tenga como de fé; circunstancias todas que los autores dogmáticos señalan como necesarias para que la decision pontificia se tenga como pronunciada *ex-cathedra*.

Cierro, pues, mi Billuart, Sr. Amador, y pasemos adelante.

Conon.

Era el año de 686, cuando tratándose de elegir sucesor al Vicario de Jecuristo, se reunieron, segun se acostumbro en aquellos tiempos, el ejército y pueblo romano para proceder á ese acto. No habia conformidad en la persona que debiera ocupar la Silla de Roma; pero á fin de cortar las diferencias, se presentaron los obispos, conviniéndose luego en la eleccion de un individuo que, desconocido y ageno á toda intriga, como lo era Conon, subiese muy dignamente al Pontificado. Esto pues ¿no será una demostracion evidente de la asistencia del Espíritu Santo, que ha cuidado de un modo particular de la sucesion del Príncipe de los Apóstoles? (1)

Sergio I.

Igualmente que Conon, fué electo este Papa entre las turbulencias del pueblo y el Clero; mas Dios que quiso encargarle el timon de su nave, hizo que la Iglesia universal lo reconociera muy luego como el legitimo Pontífice. (2)

(1) Beauf.—2.^o—97.

(2) Berault.—9.^o—12.

Gregorio III.

Entre los Pontífices que llevan el nombre de Gregorio, hay tres que bastarian para inmortalizar al Papado: sus nombres son el noble orgullo de los católicos: su mil veces digna conducta, su firmeza incontrastable, su santidad heróica, ha sido y será siempre el modelo de los pastores de la Iglesia; porque son la encarnacion viva de la libertad evangélica. Estos Pontífices son Gregorio el Grande, Gregorio VII y Gregorio III, de quien hoy nos ocupamos. Dios lo hizo salir del pueblo cristiano para sentarlo sobre el trono mas alto del universo.

La historia nos lo describe como el hombre mas estudioso y conocedor de la Santa Escritura, y por esto verdaderamente sabio. Dícenos tambien que fué elocuente orador y uno de los papas mas recomendables para la cristiandad y para el mundo entero, por su virtud, y muy especialmente por su caridad. (1) Y no solo esto, sino que nos presenta en él al hombre que dotó con cuantiosas sumas las Iglesias de la Ciudad Eterna, y al verdadero protector que, atendiendo á la seguridad de los pueblos y al bien de sus súbditos, ora reedifica una parte de las murallas de Roma, ó ya recobra uno de los castillos del duque de Espoleto, dando por él una fuerte suma. Pero no aparece en toda su magnitud sino cuando, intransigible, truena enérgicamente contra los inconoclastas, sin importarle que estén protegidos por el Emperador Leon, porque sabe muy bien que como príncipe de la Iglesia ruedan á sus piés los cetros y coronas. Oigamos su lenguaje cuando se dirigia á ese Emperador, que trató de desterrarlo cuando anatematizaba sus errores: “Creeis amedrentarnos, le dice, amenazándonos con arrebatarnos de Roma y tratarnos como al Papa San Martin; pero... ¿no sabeis que necesitais vos mismo de la mediacion de los papas, para conservar los débiles restos de vuestro imperio en Occidente?” (2)

(1) Recev. t. 2, p. 643.

(2) Recev. t. 2, p. 643.

Ese lenguaje, Sr. Amador, retrata perfectamente á este gran Papa. No es el lenguaje de la *intriga*, ni de la *perfidia*, ni de la *ambicion*: es el de la santa libertad cristiana y el de la magestad del pontificado.

Estevan II.

Varios historiadores que detenidamente escriben la vida de este Papa, nos refieren que tuvo una ardiente caridad en favor de los pobres; que crió y mejoró hospitales para los desgraciados; que procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance, la tranquilidad y paz de los romanos, celebrando el tratado de *euanenta años* con el tirano Astolfo; y que, como la mayor parte de los fieles discípulos de Jesucristo en aquella época, sufrió crueles persecuciones; pero nada nos dicen de esa epístola que le atribuye el *Despertador*, en que haya emitido sus ideas heréticas. No me cabe ninguna duda en que esa supuesta decision del Papa Estevan, sobre la validez del bautismo con vino, es la misma de que habla Scavini, con la única diferencia de que Amador, ó el que lo inspira, se la atribuye al Papa de que hablamos. Dice así el referido autor: "Atque ideo falsum et suppositivum habetur decretum Sylicii Papæ, quo dicitur validum Baptismum in vino collatum; illud enim decretum omnium primus post plura sæcula protulit et invexit Theodoretus canturiensis, proprio Marte." (1)

Y suponiendo que tal carta exista ¿es ella una prueba de la *fallibilidad* de la Iglesia? Evidentemente no. Queremos abreviar este escrito y no cansar á los lectores: por eso no repetimos lo que ya dejamos dicho al hablar del Papa Liberio y de Honorio. Que lo vea, si gusta, el Sr. Amador, y hallará allí la respuesta á su objecion.

(1) Scavini, tom. 3. pág. 515.

Estevan III.

Creemos no deber contestar nada al Sr. Amador sobre este Papa, porque el que haya sido *imprudente y grosero*, como lo asegura, en nada menoscaba los derechos, la doctrina ó la fé de la Iglesia.

Adriano I.

Beaufort, en la Historia de los Papas, se expresa en estos términos: (1) "Adriano habia gozado gran fama de virtud toda su vida, y no la desmintió durante su Pontificado. No obstante el peso de los negocios y los importantes intereses de que estaba encargado, dedicaba mucho tiempo á la oracion y á las mortificaciones, y hacia cuantiosísimas limosnas. El pueblo de Roma lo lloró como á su padre. Carlo-Magno le tenia tambien en grande estima y le profesaba amistad fraternal."

Esa amistad de soberano á soberano, es llamada por Amador *adulacion, bajeza*, y esas virtudes que adornaban á Adriano, *crímenes morales y políticos*. Lo llama *ambicioso*, porque procuró el engrandecimiento y lustre de la Silla Romana, esto es, porque comprendió su posicion y guardó íntegro en sus manos el depósito que se le habia confiado. Creiamos que para todo el que tiene la mas ligera timura de máximas de gobierno, hacer eso es una gloria, no un crimen. Y si no hubiera sido tan celoso de la dignidad del trono pontificio, entonces diria el Sr. Amador que fué indolente, imbécil, &c. ¿No es así? No hay duda: tiene vd. todas las prendas de un crítico ilustrado y sensato. Por eso halla otro crimen en estas palabras de Adriano al mismo Carlo-Magno; "Nosotros vemos en esto que seguís (se trata del culto de las imágenes) enteramente la doctrina de San Gregorio, que decia que las imágenes eran útiles para la instruccion (sospechamos

(1) Tom. 2. p. 142.

que aquí adulteró D. Juan las palabras del Papa); pero no se debe adorar mas que á Dios."

Y así es la verdad: la adoracion ó el culto de *latria* solo á Dios lo rendimos los católicos, y el de veneracion ó el de *dulia* á las imágenes; no porque sea mas ó menos buena la imagen, artísticamente hablando, no porque sea de oro ó piedra, sino por el original á quien representa. Esas palabras, pues, de Adriano, que comprenderá un niño con su catecismo en la mano, no las comprende ó las comprende mal D. Juan Amador.

SIGLO IX.

Leon III.

La Europa reconoció al punto á ese Pontífice, porque vió en él al hombre que sin intrigas, ni *medios ilícitos*, fué electo unánimemente para apacentar el rebaño de Jesucristo; y si bien algunos de sus ambiciosos enemigos murmuraban de su conducta, él desvaneció los cargos que no se le probaban, ante una crecida asamblea, donde evocó á la Divinidad para que testificara su inocencia, quedando con esto y con no haber pruebas en su contra, plenamente justificado ante el mundo.—Ejerció grande influencia en la corte de Carlo-Magno: fué compasivo y de piadosos sentimientos, como lo demuestra el hecho de interceder por Pascal y Cápulo, sus acusadores, para que se les conmutara, como lo consiguió, la pena de muerte á que estaban condenados; y si durante su Pontificado la *justicia* y no el Papa, sentenció á sufrir la última pena á los conjurados que intentaron asesinar á Leon III, oigamos como lo explica el historiador Berault: (1) "Agravaban este atentado tan infames circunstancias, que con ser un Pontífice tan santo, ó no estuvo en su mano, ó no le pareció del caso, enfrenar el curso ordinario de la *justicia*."

(1) Tom. 10. pág. 20.

El carácter de este escrito no permite hacer un elogio completo de este y muchos santos pontífices: me he propuesto no mas que patentizar las mentiras del *Despertador*, y seguirlo paso á paso con la férula en la mano, quiero decir con la historia, dejando á mi pesar de referir aquí las virtudes y los mas gloriosos rasgos de los Pontífices.—Lea vd. detenidamente la historia, Sr. Amador, y se convencerá de las muy justas razones que tuvo la Iglesia para canonizar á San Leon.

Pascual I.

Este papa participó, por medio de una carta, á Luis, Emperador de Francia, su exaltacion al Sólido pontificio: esto era suficiente para que la Corte romana mantuviera sus buenas relaciones con las de aquella nacion, y no necesitaba la confirmacion imperial de su nombramiento, como quiere el *Sr. Despertador*.

Resulta de aquí que el Emperador no debió ofenderse por la falta de aviso de la nueva eleccion del Pontífice, á quien sin embargo reconoció, mandándole luego sus legados.

Dice vd., Sr. Amador, que de la conducta de este Papa solamente no se escandalizarán las personas que pertenecen el clero católico; pero incurre en un error, puesto que Beaufort y Receveur y otros, que no se contaban en ese respetable cuerpo, no ven en la acusacion que hacian á Pascual I sus enemigos, sino una calumnia que destruyó, jurando delante del enviado del Emperador, del clero romano y de 34 obispos, que sin embargo de que creia reos de lesa-magestad á Teodoro y Leon, no habia tenido el menor participio en su muerte. (1)

(1) Beauf. tom. 2. pág. 180

004897

que aquí adulteró D. Juan las palabras del Papa); pero no se debe adorar mas que á Dios."

Y así es la verdad: la adoracion ó el culto de *latria* solo á Dios lo rendimos los católicos, y el de veneracion ó el de *dulia* á las imágenes; no porque sea mas ó menos buena la imagen, artísticamente hablando, no porque sea de oro ó piedra, sino por el original á quien representa. Esas palabras, pues, de Adriano, que comprenderá un niño con su catecismo en la mano, no las comprende ó las comprende mal D. Juan Amador.

SIGLO IX.

Leon III.

La Europa reconoció al punto á ese Pontífice, porque vió en él al hombre que sin intrigas, ni *medios ilícitos*, fué electo unánimemente para apacentar el rebaño de Jesucristo; y si bien algunos de sus ambiciosos enemigos murmuraban de su conducta, él desvaneció los cargos que no se le probaban, ante una crecida asamblea, donde evocó á la Divinidad para que testificara su inocencia, quedando con esto y con no haber pruebas en su contra, plenamente justificado ante el mundo.—Ejerció grande influencia en la corte de Carlo-Magno: fué compasivo y de piadosos sentimientos, como lo demuestra el hecho de interceder por Pascal y Cápulo, sus acusadores, para que se les conmutara, como lo consiguió, la pena de muerte á que estaban condenados; y si durante su Pontificado la justicia y no el Papa, sentenció á sufrir la última pena á los conjurados que intentaron asesinar á Leon III, oigamos como lo explica el historiador Berault: (1) "Agravaban este atentado tan infames circunstancias, que con ser un Pontífice tan santo, ó no estuvo en su mano, ó no le pareció del caso, enfrenar el curso ordinario de la justicia."

(1) Tom. 10. pág. 20.

El carácter de este escrito no permite hacer un elogio completo de este y muchos santos pontífices: me he propuesto no mas que patentizar las mentiras del *Despertador*, y seguirlo paso á paso con la férula en la mano, quiero decir con la historia, dejando á mi pesar de referir aquí las virtudes y los mas gloriosos rasgos de los Pontífices.—Lea vd. detenidamente la historia, Sr. Amador, y se convencerá de las muy justas razones que tuvo la Iglesia para canonizar á San Leon.

Pascual I.

Este papa participó, por medio de una carta, á Luis, Emperador de Francia, su exaltacion al Sólido pontificio: esto era suficiente para que la Corte romana mantuviera sus buenas relaciones con las de aquella nacion, y no necesitaba la confirmacion imperial de su nombramiento, como quiere el *Sr. Despertador*.

Resulta de aquí que el Emperador no debió ofenderse por la falta de aviso de la nueva eleccion del Pontífice, á quien sin embargo reconoció, mandándole luego sus legados.

Dice vd., Sr. Amador, que de la conducta de este Papa solamente no se escandalizarán las personas que pertenecen el clero católico; pero incurre en un error, puesto que Beaufort y Receveur y otros, que no se contaban en ese respetable cuerpo, no ven en la acusacion que hacian á Pascual I sus enemigos, sino una calumnia que destruyó, jurando delante del enviado del Emperador, del clero romano y de 34 obispos, que sin embargo de que creia reos de lesa-magestad á Teodoro y Leon, no habia tenido el menor participio en su muerte. (1)

(1) Beauf. tom. 2. pág. 180

004897

Eugenio II.

¡Válame Dios, Sr Amador! No sabe vd. de la misa la media. ¡Conque en tiempo de Eugenio II se dió por los emperadores la ley orgánica para la eleccion de los Papas, la cual les ordenaba prestar juramento de fidelidad al emperador, y sin este requisito no podian los electos aceptar su nombramiento canónico como lo hizo el Papa Eugenio?—¿Y quién dice eso? ¿quién le enseñó á aplicar tan mal esa *ley orgánica*?—Ocurramos con alguien que nos ilustre en la materia, con César Cantú, que tiene fama de no ser muy lerdo. Aquí está el tomo 3.º de su *Historia Universal*, publicada en Méjico el año de 1854. A la pág. 115, dice: “Lotario prescribió un juramento de fidelidad que *el pueblo* debía prestar al emperador: el Pontífice debía ser elegido segun los cánones.” ¿Lo oye vd.? Lo del juramento de fidelidad era para el pueblo.

Corrija vd. por Dios, ese *retrato* que es un borron para su *talento artistico*. Por lo demas, nada importaria que se diera esa ley en el sentido que vd. quiere darle: seria una de tantas leyes injustas del poder temporal, que no podian ni debian acatar los Romanos Pontífices; y por eso en la misma página que acabo de citar, hallamos que *Eugenio II* fué entronizado sin aguardar el consentimiento de Lotario.

Gregorio IV.

Fué tal la humildad de este Pontífice, que se refugió á una Iglesia tan luego como supo su eleccion, porque conocia lo pesado de la carga que tendria que llevar sobre sus hombros; pero Dios, que lo habia designado para Cabeza del catolicismo, lo hizo que tomara posesion de ese encumbrado puesto en que ejecutó varias acciones gloriosas, como fueron la reparacion de

(1) Tom. 3, p. 85.

la ciudad de Ostia, cuyo pueblo, cuenta Atanasio en la vida de los Pontífices, para no olvidar tan inmenso beneficio, tomó el nombre de *Gregoriópolis*; y tambien el intervenir en las diferencias que hubo entre Lotario y su padre Luis, rey de Francia, con cuya laudable mision en nada infringió sus juramentos, pues solamente se propuso hacerlos vivir en aquella *paz que tanto recomendó el Salvador*, para valerme de las palabras del mismo Pontífice, que volvió desconsolado á Roma, segun lo refieren los historiadores, (1) cuando se convenció de que no conseguiria su objeto.

FÁBULA DE LA PAPISA.

¿Podiera creerse que en pleno siglo diez y nueve, hubiera todavía un escritor que hablase formalmente de esa fábula torpe de la papisa Juana? Cuando en el siglo de Feyjoo, “ya los protestantes habian cesado de importunarnos con esa *monstruosa invencion*, porque el mismo David Blondal, ministro calvinista, habia demostrado todo lo grosero de tal impostura” (2) ¿hay todavía un D. Juan Amador, que la copia y la cree y pretende *importunar* con ella á los católicos?

Lo que voy á responderle es sencillamente lo que responde César Cantú. (3) “Este cuento vulgar, motivo de chanzas y escándalos, no sufre el examen de la crítica.” Eso basta y sobra para contestar á D. Juan Amador. Pero como bien podria ser que alguno ignorase el origen de tal fábula, añadiré unas líneas mas.

Hubo un Pontífice, Juan VIII, que trató con tanta indulgencia á Fócio (sectario asaz insolente y malvado), y que mostró tal debilidad en los actos de su gobierno temporal, que dió ocasion á que se publicara un libelo satírico en que se hablaba de la flojedad de un

(1) Recev. tom. 3., pág. 93.

(2) Feyjoo, tom. 5.º de las C, pág. 173.

(3) *Historia Universal*, tom. 3., pág. 116.

Pontífice. Despues, en el siglo mas bárbaro, la ironía fué tomada por realidad, ó mas exactamente, los enemigos de la Iglesia romana, vistieron esa fábula de mil curiosas peripecias, y la lanzaron al viento para entretener la credulidad del vulgo, no faltando tambien entre el vulgo de los escritores quien la tomara por lo serio, la creyera y pensara atacar con ella *terriblemente* al Pontificado. Esa papisa vaporosa, fantástica, la colocaban los romancesos, los novelistas y hasta *ciertos* historiadores, entre el pontificado de Leon IV y Benedicto III. El mismo Fócio, enemigo encarnizado de Juan VIII, nunca fué tan osado que hiciera uso de semejante arma para atacar á la Iglesia católica. (1)

Benedicto III.

Intútil sería ocuparme de este papa, cuando los mismos que han procurado columniar á la Iglesia, en sus Pontífices, como el Sr. Amador, nada encuentran que pueda manchar su memoria.

Nicolás I.

Tal gusto tiene el moderno *retratista* de nuestros Papas en valerse de las palabras soeces del arzobispo de Colonia, que excomulgado por sus crímenes, blasfemó tanto contra la Sede Romana, (como despues lo hizo el tristemente memorable Lutero) y nos cuenta tan increíbles patrañas acerca de Nicolás I, pintándolo como *adulador del poder del mundo*, como favorecedor del desgraciado Fócio para *halagar al emperador Basilio*, y aun como sostenedor de la herejía oriental sobre el Espíritu Santo; que no puedo menos de contestarle con las propias palabras de que usó este Papa en su defensa. Escuchémoslo en sus cartas dirigidas al emperador Miguel: (2)

(1) Véase á Berault, tom. X, pág. 350, á Burio, pág. 107 y á Venillot, [Perf. de Roma] pág. 443.

(2) Beauf.—Tom. 2, p. 171 y siguientes.

“En los Vicarios de San Pedro no debéis mirar quiénes son, sino lo que hacen para la correccion de las Iglesias y para vuestra salvacion..... Decís que desde el 6.º Concilio ninguno de vuestros predecesores ha recibido un honor semejante al que nos habeis dispensado escribiéndonos. Vergüenza es para vuestros antecesores haber estado tantos años sin buscar el remedio á las diferentes herejías que los afligieron..... y los herejes sabian que no podiamos tener comercio con ellos: cuando lo han intentado, los hemos rechazado ignominiosamente..... Tratais de bárbara á la lengua latina: si es porque no la entendéis ¿no es ridículo que tomeis el nombre de emperador de los romanos, cuya lengua ignorais?” Despues hablando de los privilegios de la Silla Romana, añade: “Si os levantaiis contra ella, cuidad de que ella no se vuelva contra vos, porque si no nos escuchais, os miraremos como manda Nuestro Señor mirar al que no escucha á la Iglesia. Estos privilegios son perpetuos: podrán ser combatidos, pero no destruidos.” Entre todas nuestras penas, continúa el mismo Nicolás, nada sentimos mas que los injustos cargos de los emperadores griegos Miguel y Basilio que *instigados del odio, nos acusan de herejía*. Proviene su odio de que hemos *condenado* la eleccion de Fócio..... Nos acusan de que ayunamos los sábados y de que decimos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.” ¿Y este es, Sr. Amador, el defensor de la herejía oriental?

Lo conoció vd. ya porque él ha hablado, y hoy sí puede formarse una idea exacta del Santo Papa Nicolás I.

Adriano II.

Como Amador dice que este Papa fué *orgullosos* y que dejó un *nombre deshonrado*, sin determinar un solo hecho, yo voy á referirle uno de esos actos *de refinada soberbia*. He dicho mal: no soy yo el que hablaré, es Guillermo Burio en su *Brevis notitia Pontificum*:—“Adrianus, dice, convocatis Episcopis ad convivium, eorum manibus humiliter aquam effudens, cibos apponens.... dum surre-

xit ab epulis in faciem suam coram omnibus procidit, rogans ut pro Ecclesia Catholica, pro Imperatore, ac pro seipso preces Deo offerrent;” y compendia la vida de este Papa en las claras palabras siguientes: “Adrianus secundus: vir hic multarum virtutum, (1) O como en español y en otros términos se expresa Beaufort: (2) “Convidó pues, á muchos monges á comer, les sirvió el mismo así el lavatorio como los manjares, y se sentó á la mesa con ellos; cosa que no habia hecho ningun Papa antes de él. Despues de la comida se postro con el rostro pegado al suelo y les habló en estos términos: os suplico, hermanos míos, que roguéis por la Iglesia católica, por nuestro hijo cristianísimo el emperador Luis, que Dios le someta los sarracenos para nuestra tranquilidad: rogad tambien por mí, que el Señor me dé fuerza para gobernar su Iglesia tan numerosa.” — ¡Cuán solemne mentís dan al Sr. Amador esos autores!

Juan VIII.

Las difíciles circunstancias en que estuvo al frente del gobierno de la Iglesia este Pontífice, y mas aun, su carácter atrabiliario, le hicieron cometer algunas faltas, principalmente en política, que son disculpables, atendido el espíritu de la época en que ellas tuvieron lugar, y sobre todo, porque tendian, segun las intenciones del Pontífice, á debilitar la fuerza del golpe que los sarracenos preparaban contra el mundo civilizado. Esto consta en los libros de aquellos tiempos, y ni en ellos ni en los historiadores modernos leemos, como en la coleccion de retratos del Sr. Amador, que Juan VIII, aunque poco celoso por la religion, haya filiádose alguna vez entre los impíos. “Donde quiera que halle una mancha la hare ver,” he dicho.

(1) Pág. 109.

(2) Tom. 2 p. 198.

Martin II.

“Martinus, dice Burio, (1) sedit *laudabiliter etc.*”—Tal expresion es bastante para refutar la calumnia de Amador contra este Papa; supuesto que nunca puede la historia reputar como *laudable el tomar parte en la muerte de nadie*; y solamente este escritor procaz y maldiciente, estampa tan vil insulto contra el sucesor de Juan VIII, *de cuyas huellas se separó Martin II en su corto Pontificado*, segun lo refiere Beaufort. (2) Oigase, á mayor abundamiento, lo que dice Berault, (3) hablando de la eleccion de Martin: “Se elevó á ella inmediatamente á Merino II, de este nombre; aquel antiguo legado de Constantinopla que tenia tan justos títulos para ser venerado del clero de la Iglesia romana, y que era tan capaz de reparar las faltas de su predecesor.”

Los citados testimonios no serán bastantes para que rectifique su opinion el Sr. Amador?

Bonifacio VI.

Es cierto que este Papa ascendió al Solio en medio de grandes turbulencias; pero no lo es que haya sido depuesto como Pontífice, toda vez que dejó de serlo por su muerte acaecida á los 20 dias de su gobierno; y menos el que fuera asesinado por sus enemigos, como lo asienta D. Juan Amador, supuesto que la historia no refiere ese asesinato. Registrense sobre el particular las obras de César Cantú (4) y Beaufort, (5) viéndose así de parte de quien se encuentra la verdad.

(1) Pág. 112.

(2) Tom. 2, pág. 249.

(3) Tom. X, pág. 359.

(4) Historia Universal, tom. 3 pág. 118.

(5) Tom. 2, pág. 256.

Estévan VI.

Efectivamente fué Estévan VI un hombre cruel y que dejó mala memoria á los siglos posteriores. ¿Pero dice esto algo contra el Pontificado? Ciertamente nó; supuesto que, como se ha repetido ya hasta el fastidio, la mala conducta de uno, de diversos individuos, segun lo que digo en mi introduccion á este opúsculo, nada arguye contra la bondad de una corporacion, particularmente cuando no por el hecho de entrar á ella, se santifica el nuevo miembro, sino que, hombre como es, continúa con las mismas pasiones y es capaz de ser engañado por los que le rodean. Mas advierta el Sr. Amador que esos Pontífices, que sin ser dignos han ocupado la Cátedra de Roma, tienen un reinado de corta duracion, Estévan solo presidió la Iglesia por catorce meses. ¿No se vé en esto manifiesta la mano de Dios que marca á poco tiempo el hasta aquí á esos Papas indignos que rara vez aparecen, viniendo á poner mas en relieve las eminentes virtudes y beneficios sin cuento de los que les precedieron y de los que les siguen?

Roman y Teodoro II.

Dios quiso que estos dos Pontífices celosísimos repararan, en el poco tiempo que ocuparon sucesivamente el lugar de San Pedro, los escándalos ocasionados á la Iglesia por Estévan VI; lo que en efecto consiguieron, merced á sus eminentes virtudes. Repusieron en sus diócesis á los obispos separados por el gobierno anterior, y dieron nuevamente sepultura á Formoso, cesando así la indignacion que produjo el atentado de su exhumacion, cometido por Estévan.

Concluye el Sr. Amador esos retratos, únicos que hasta aquí no ha manchado, con esta bufonada de que nos reiríamos (¿cómo no, si es muy graciosa?) á mandíbula batiente, si no envolviera una

blasfemia contra el Espíritu Santo. *Juraria que el Espíritu Santo, dice, fué mas adicto á este Papa (á Roman) que á Estévan.*

¿A qué insultar, Sr. Amador, á la Divinidad? Créalo U.: ya pasó el tiempo de Voltaire, y hoy día ya no son de buen tono esas chocarrerías. Las usan apénas los brigands que Eugenio Sue hace hablar en sus "Misterios de Paris." Dios no es adicto á nadie: U., y yo, y los Pontífices, somos, no adictos tampoco, sino siervos de Dios.—Perdone U. el sermon y continuemos.

Leon V.

Una línea solamente le dedica D. Juan Amador. Dice que Cristóbal lo destronó, encerrándolo en una prision. Es verdad: en esta vez nada tengo que replicar y lo celebro mucho.

Cristóbal.

Lo mismo que el retrato anterior: le dá mucho aire al original. ¡Oh! si así pintara siempre el Sr. Amador seríamos los mejores amigos del mundo.

SIGLO X.

Al entrar al siglo X, época del desbordamiento de los vicios, debemos advertir que la Iglesia, por medio de sus prescripciones conciliares, fué la única que puso un dique para contenerlos, cuanto fué posible: que ella sola luchó ardientemente en corregir y reformar las costumbres de esa Edad que no sin razon se ha llamado "Edad de hierro."

Sergio III.

Luitprando, *escritor satirico y apasionado*, como lo llama Receveur, (1) es el "único autor contemporáneo que ha manchado á Sergio con tan odiosa imputacion." La misma de que hoy se ha servido el [*Despertador*]. Y si bien es cierto que las estrechas relaciones de este Papa con Teodora, fueron un motivo de que se murmura de sus costumbres, esto no dá tal certeza que pueda, segun pretende el Sr. Amador, tenerse como un hecho histórico.

Es necesario hacer aquí una observacion que ya otros han hecho; pero que conviene repetir á cada paso. Los que levantan mas alto la voz, llamándose espíritus fuertes, hombres despreocupados que *nada aceptan sin exámen*, como el Sr. Amador; los que se creen hombres superiores, porque desechan la fé de sus padres, esos mismos que nada creen en el órden religioso, prestan la mas completa fé á cualquier cuento que se hallen en Luitprando, por ejemplo, con tal que sea una diatriba contra las personas ó las cosas de la comunión de que han renegado. Nada importa que se les diga que una crítica sensata no se contenta con tan poca cosa; que los rumores del populacho no son nunca el criterio de un espíritu juicioso é imparcial; que bien puede hallarse una aseveracion escrita con letras de molde, que no pase de ser una insulsa pampirolada: nada; *magister dixit*: lo dijo Luitprando y lo creo, y nadie me replique. Y así se verifica, por un fenómeno digno de examinarse detenidamente, que los que *aceptan todo sin exámen*, los verdaderamente crédulos, son los que mas se precian de incredulidad.

Juan X.

Otra vez canta el Sr. Amador por boca de ganso, aunque tiene vergüenza de decirlo: otra vez Luitprando es quien lo inspira.

(1) Hist. Ecl. Tom. 3. pág. 239.

Sabido es que este fué el zurcidor de las calumnias propaladas contra Juan X. Muratori ha hecho ver lo que vale ese tejido de mentiras, y concluye su juicio critico asentando que Juan X *fué un Pontifice lleno de prudencia y muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones*. (1) Y aun el mismo César Cantú [2] que en su Historia Universal nos refiere tambien lo que antes habia dicho Luitprando, asegura que Juan X se portó mejor de lo que se aguardaba de su origen; y refiere que lo mismo venció á los sarracenos que defendió á la Sede Romana, tratando de arrancar la influencia que en ella querian tomar los grandes señores.

¿A qué queda, pues, reducido ese aserto de que *Teodora fué quien rigió entonces la Iglesia*, y mas si se toma en cuenta que ese Pontifice dejó ver en sus cartas á Herveo, la prudencia, espíritu y santidad de la Silla Apostólica, y que aquella muger es pintada por los historiadores como la muger mas disoluta y de atroces costumbres?

Réstanos solo examinar el último insulto dirigido por D. Juan á este Papa, á saber: que fué él quien ocasionó la muerte del primer marido de Marozia. Para refutarlo ó confesar la verdad, he registrado cuidadosamente los libros y ni una sola palabra he encontrado sobre esto. ¿Dónde pues, hallaria consignado ese hecho el Sr. Amador?

Juan XI.

No me admira que D. Juan Amador mienta á roso y veloso. ¡Hay tantos prójimos que tienen ese oficio! Lo que me admira es que lo haga con tal desparpajo y aplomo que parece que nos relata algun pasaje del Evangelio. No dice siquiera, "como me lo contaron te lo cuento," sino: fué este Papa, Juan XI, *un hijo sacrilego de Sergio III y de la célebre Marozia, quien lo elevó*

(1) Berault, tom. XI, p. 62.

(2) Tom. III, p. 119.

al Papado por medio de sus intrigas, gobernando ella directamente la Iglesia, etc. Y todo el mundo lo ha de creer por aquello de: "Yo lo digo..... y con que yo lo diga basta." No, señor mio, no. Nunca será ese el mejor modo de *despertar á los fanáticos*. Con ese tono monótono y cascado, no logra vd. mas que hacernos bostezar y dormir. Pero al grano: oiga lo que responde Berault á esa calumnia contra Papa Sergio: [1] "La silla de San Pedro estaba ocupada á la sazón por Juan XI, hijo de la famosa Marozia y de Guido, duque de Espoleto, y no del Papa Sergio, como lo asegura Luitprando, sin mas fundamento que los rumores populares." Adelante.

Estévan VIII.

Los historiadores están conformes al referir que este Papa, cumpliendo con su mision de paz, trabajó con su influencia porque esa misma paz se obtuviera entre Alberico y Hugo, para lo que comisionó al virtuosísimo abad Odon; y amenazó con excomunion á los rebeldes, conforme se ve en las historias de Beaufort y Receveur; (2) pero ninguno asegura, como lo hace Amador, que hubiera por fin fulminado el anatema. Esto lo consignamos por el deseo de que en nada se altere la verdad histórica.

Juan XII

"El Papa Agapito II habia honrado la Santa Sede con su celo y virtudes durante su pontificado de diez años. Murió al fin del año de 955, y le sucedió Juan XII, que fué el escándalo y oprobio de la Iglesia por sus desórdenes; pero conviene advertir que estos, desgraciadamente muy ciertos, han sido sin duda exajerados por Luitprando, ó mas bien por su continuador que habia to-

(1) Tom. XI, pág. 77.

(2) Tom. 2. p. 271.—Tom. 3, p. 241.

mado el partido de Oton contra éste Pontífice; y que cuenta con visible afectacion los rumores populares menos fundados. De esta historia naturalmente sospechosa, han sacado los cronistas posteriores sus materiales." Tales son las palabras con que Receveur (1) comienza la historia de Juan XII, y por ellas conocemos que no carecen de parcialidad las acusaciones que se le hacen; y además que, aun suponiéndolas ciertas, nada dicen contra el pontificado, sino solo contra el que las comatió, como lo hemos repetido innumerables veces.

Leon VIII.

Nada tenemos que decir de este Papa que no se puede reputar como legitimo, pues como elegido durante la vida de Juan XII, su eleccion no fué válida, supuesto que éste no pudo ser destituido de tan alta dignidad por una asamblea convocada por Oton que ninguna jurisdiccion tenia en la Iglesia como príncipe secular (2).

Juan XIII.

Al hablar de este Pontífice describe el *Despertador* los excesos y crueldades del Emperador Oton, en su entrada á Roma. No es del caso ocuparnos de lo que haya hecho ese príncipe. En cuanto á Juan XIII, á quien pretende acusar Amador de que no intercedió para calmar la cólera del Emperador, tenemos que decirle: que él mismo confiesa unas líneas antes *que instado el Pontífice para que volviera á Roma por los personajes que lo habian lanzado de aquella ciudad que temian ser castigados por Oton, volvió accediendo á sus deseos*; pero que á pesar de eso el Emperador *decapitó. &c.* Hizo, pues, Juan XIII lo que pudo; sirvió á sus propios enemigos hasta donde le fué dado, y si se abstuvo de interceder por los sentenciados, fué sin duda porque conoció que era inú-

(1) Tom. III. lib. 25.

(2) id. id. id. p. 280 de Recev.

til toda súplica con un hombre tan duro é inflexible y de un carácter tan arrebatado y colérico como Oton. Así debió creerlo, y con razon, el Pontífice, maximé cuando vió que no valió su presencia en Roma para evitar que Oton procediera contra los *comprometidos*, como ellos lo esperaban.

Benedicto VI.

No sé por qué Amador coloca entre sus *retratos* á este Pontífice. No dice de él ni mal ni bien: sobra, pues, y no tiene objeto, digo el objeto (que se ha propuesto el *enemigo del papado*, que es entresacar de esa cadena no interrumpida desde San Pedro hasta Pio IX, los que mas le han convenido para deturparlos, dejando en el olvido á cien mas que son el honor de las edades y la gloria de la Iglesia. Y aquí descubro otra prueba del espíritu de *imparcialidad* que guía á ese *retratista*. Si pretende que el mundo conozca á los Papas y juzgue lo que es el Papado, ¿por qué no los *expone* á todos? ¿por qué va escojiendo de siglo en siglo á éste y aquel, y luego los presenta en grupo despues de mancharlos con toscos brochazos, diciendo: mirad este es el papado?

Pero se nos olvidaba el Sr. Benedicto VI: ya que hay ocasion de hacerlo, recordamos que su celo por la defensa de los derechos imprescriptibles de la Iglesia, y por conservar íntegro el depósito que le confiara la Providencia, (1) le atrajo toda suerte de persecuciones y crueldades, muriendo mártir de la santa causa que defendia.

Bonifacio VII.

La historia nos habla de los muchos crímenes de este *antipapa*. ¿Por qué nos los referirá el Sr. D. Juan? ¿Pues no ha intitulado

(1) Bercastel tom. XI. p. 176.

su cuaderno, "Estracto de los retratos de varios Papas"? Esta no fué Papa. ¿No lo sabia el Sr. Amador? No estamos lejos de que nos cuente el homicidio de Miguel Servet, cometido por Calvino, como cosa de los Papas. Y no sería extraño: cierto dia dijo un libre pensador que yo me sé: ¡el clero! ¡cuán malo es! Recuérdese que él fué quien mató á Coré, Datan y Abiron.—Y á propósito del antipapa Bonifacio y de cosas que no vienen al caso, no olvide el Sr. Amador que muerto por los romanos é insultado su cadáver, fué recojido y sepultado por los clérigos de aquella ciudad, segun lo sienta Burio en la pág. 130 de su Historia que ya hemos citado.

Gregorio V.

Sabido es que para juzgar con acierto de la conducta pública de un hombre, debe tomarse muy en cuenta la época que alcanzó. Gregorio V subió al Pontificado al espirar el siglo X, ese siglo de turbulencias, de rencores, del mas espantoso desbordamiento de los vicios y de grandes crímenes. Las facciones eran la mas terrible peste social. En el tiempo de que venimos hablando era el terror y el azote de Roma el Patricio Crescencio, que aliado con un aventurero calabres, con el anti-papa llamado Filagato, cometian los mas abominables excesos. Las bandas de estos dos tiranos, son un dia destruidas por el Emperador Oton que llega á Roma y repone á Gregorio V en el trono de que lo habian lanzado Crescencio y Filagato. La indignacion universal pesaba sobre estos dos grandes culpables y fueron castigados muy duramente. Crescencio fué decapitado por orden del Emperador, y Filagato, despues de mil crueldades de que fué objeto su persona al caer en manos de los soldados del Emperador Oton, fué paseado por las calles de Roma, montado en un asno con la cabeza vuelta á las ancas y con un vestido hecho girones. Dicen los historiadores que esto último fué por orden, ó al menos con conocimiento de Gregorio.—Lo consignamos así porque nuestra divisa es la ver-

dad.—Esa es la inculpacion hecha á ese Pontífice por Amador. Por supuesto que yo no aplaudo ni justifico ese hecho; pero lo presento tal como es: hago notar los pésimos antecedentes de Filagato, y traigo á la memoria aquellos dias en que un suceso de esa especie era una cosa ordinaria. Presentar ese hecho nueve siglos despues, sin las debidas explicaciones, como lo hace D. Juan Amador, es querer sorprender la buena fé de los lectores y recriminar con odio y parcialidad.

SIGLO XI.

Silvestre II.

He observado atentamente el retrato de Silvestre II, hecho por el Sr. Amador, y voy á notar los defectos que hay en él. Le ruego que me escuche. Dice que siendo Silvestre arzobispo de Reims dijo en un concilio que se tuvo en 999, las palabras mas duras que pueden imaginarse contra los Papas. (Y el Sr. Amador inserta un trozo muy largo de esas supuestas acusaciones de Silvestre.)

En primer lugar, señor, ese concilio no se celebró en 999 sino en 991. “Los obispos se reunieron en Reims, en 991 para examinar esta causa,” (1) dice Beaufort.—En segundo lugar, no era entonces arzobispo de Reims Silvestre ó Gerberto, como se llamaba antes de ser Papa: no era mas que simple diácono que escribió la historia de ese concilio.—(2) Y tercero y finalmente, esas palabras que vd. inserta no son del diácono Gerberto sino del obispo de Orleans. Vea vd., por su vida, las piezas justificativas del tom. 3.º pag. 364 del conde de Beaufort, “Historia de los Papas,” y allí hallará eso que vd. inserta, que desfigura y

(1) Tom. III p. 7 y Conc. t. IX.

(2) Id. id.

adultera y que le atribuye á Silvestre, no siendo sino expresiones de Arnulfo, obispo de Orleans, que fué severamente reprendido, como meracía, por la Silla Romana.

No hay pues en ese retrato mas que tres pequeñas inexactitudes.

Ahora demos aunque sea una rápida mirada sobre el verdadero retrato de este Pontífice. Antes de ser exaltado á la cátedra de S. Pedro, el nombre de Gerberto resonaba ya por todas partes. Los sábios y los hijos de los reyes, como Roberto, hijo de Hugo Capeto, iban á escuchar sus lecciones. Sus conocimientos eran universales y por eso fué reputado como el hombre mas erudito de su tiempo. Era, sobre todo, un profundo matemático y un hombre laboriosísimo. Fué el inventor del primer reloj de péndola y uno de los primeros constructores de esferas. Formó una biblioteca pública con sus propios recursos, y la enriqueció con preciosos manuscritos, pagando á muy crecido precio á los que por su orden copiaban las obras selectas de los antiguos poetas, de los filósofos y de los oradores.

Era ambicioso, dice el Sr. Amador. Sí. ¿Pero no hay por ventura una ambicion noble, la del saber y la de la gloria? Ambicionaba los puestos elevados. Será así ¿Mas sabeis para qué? Para hallarse en un campo donde su alma pudiera desarrollar en grande escalá los inmensos proyectos que había concebido. “Todas las grandes ideas, dice Beaufort, germinan en su Pontificado. Si comenzó por la ambicion, la convirtió hácia un objeto noble.” (3)

Juan XVII.

He hojeado diversos historiadores que tengo á la mano y ninguno dice de este papa nada notable ni en pro ni en contra, sin duda por lo breve que fué su pontificado, que solo duró cinco meses. Burio se expresa así: “Quinto ad initio pontificatus mense moritur: unde ob breve tempus nihil de eo memoria dignum scribi-

(3) Tom. 3 p. 15

tur. [1] ¿Dónde halló D. Juan Amador esos delitos que le imputa? No me cabe duda, visto lo que hizo con el Sr. Silvestre II y con otros pontífices, que una vez mas quebranta el octavo mandamiento de la Ley de Dios.

Benedicto VIII.

Estaba, á lo que parece, fatigado el ingenioso talento de *inventiva* del Sr. Amador, cuando habló de Benedicto VIII: no se acordó de algun dicitio de los que mas usa, ni siquiera del de *monstruo feroz, ó dinastia de demonios* que son sus elegantes expresiones de tono. Etiam aliquando bonus dormitat Homerus.

Para continuar nuestra revista, dejaré dicho aquí, que el Sr. Benedicto VIII, como papa, trabajó con gran celo en la reforma de las costumbres, la mas imperiosa necesidad de esa época fluctuosa; y á ese fin convocó y presidió un concilio en Pavia. Y como soberano temporal rechazó las irrupciones de los musulmanes en cien encuentros, prestando en eso un inmenso servicio á la causa de la civilizacion y de la libertad. (2.)

Benedicto IX.

El dia que un hombre conoce los extravíos de su juventud, los confiesa y los deplora amargamente, es ya un hombre que se rehabilita ante la posteridad: su memoria es entonces sagrada y su nombre debe pronunciarse con respeto. Benedicto IX vivió en tiempos muy calamitosos, y como hombre no se vió libre del general contagio; pero llegó un dia en que reparó sus faltas y en que, merced á las exhortaciones de Bertolomé Abad de Grotaferrata, abdicó para siempre el pontificado y se encerró espontánea-

[1] Burio, pág. 133.

[2] Beauf. tom. III.

mente en un monasterio á hacer penitencia. (1) Dejemos en paz á los que lloran las borrascas de su corazon. Es un mal proceder el de recordar sus caidas, ó ya que se refieren, no se deje en el olvido, como lo hace Amador, su mayor gloria, la de haberse castigarse á sí mismos. ¿No necesitamos todos de indulgencia? ¿Sere-mos mas exigentes y mas justos que la Divinidad?

Leon IX.

La eleccion de este papa á nadie sorprendió mas que á él mismo, que para excusarse del pontificado hizo una confesion pública de sus pecados.

Fué de una vida agitada y muy celoso de la Iglesia: asistia á varios concilios que él celebró en Roma y en Pavia, y á los de Reims y de Maguncia. Atacó en persona á los normandos que asolaban la Italia: y siéndole adversa la fortuna cayó en poder de éstos, quienes lo trataron con benignidad, edificados y confundidos, en medio de su triunfo, por el espectáculo que les ofrecia la santidad y austeridad de su vida. Qué objeto se haya propuesto al atacar á los normandos, cosa que disgusta al Sr. Amador, se infiere claramente de sus mismas palabras tomadas de una de sus cartas. "He creido, dice, que debia implorar auxilios humanos de todas partes para reprimir la audacia de este pueblo empedernido, y yendo acompañado, segun lo han permitido la brevedad del tiempo y la urgencia de la necesidad, he querido conferenciar con el duque Argirio, vuestro fiel servidor, y tomar su consejo, no para buscar la muerte de los normandos ni de ningun hombre quien quiera que sea, sino para atraer á lo menos con el temor humano á los que no temen los juicios de Dios." (2)

Ya conoce el Sr. Amador el objeto de sus guerras contra los normandos. A ningun príncipe temporal le ha negado nadie el de-

(1) Recev. tom. 3. pág. 377.

(2) Beauf. tom. 3. pág. 41.

recho de combatir por la integridad de su territorio, por el afianzamiento de la paz y de las libertades públicas. Leon IX. era un santo Pontífice; pero también era un príncipe digno. S. Luis y Fernando también se hallaron en los campos de batalla, y no porque fueron grandes santos, dejaron de ser buenos guerreros.

Dice también el Sr. Amador que era ambicioso y avaro! ¡Ambicioso! Oiga las palabras de Bercastel. (1) “Eran inmensas sus limosnas: no consintió jamás que se retirase desconsolado ningún pobre de cuantos se le presentaban”.... “Dormía en el suelo encima de un simple tapiz, con una piedra por cabecera y con un cilicio pegado á la carne.”

Estevan IX.

De este virtuoso Pontífice no halló que decir *el enemigo del papado, mas que el haber manifestado un carácter contrario al espíritu que requiere el estado monástico en que antes habia vivido; pues fué (lo mismo de siempre) ambicioso y guerrero y amante de gobernar aun mas allá de su muerte.*

Segun se ve, para el Sr. Amador, es lo mismo un claustro que una corte, lo mismo gobernar que ser gobernado, lo mismo rey que súbdito, lo mismo Gefe de la cristiandad que simple religioso ó simple fiel; pues le admira que el Sr. Estevan IX. no conservara su carácter ni manifestara su antiguo espíritu monástico, siendo Rey y Pontífice. Pues Sr. Amador, yo creo, respetando siempre el juicio de vd., que vá alguna diferencia de un convento al Vaticano, y que á estos doscientos millones de ovejas que están por ahí por toda la tierra, no puede gobernarse como á cartujos. Se necesita que el pastor, aunque haya sido monge, se coloque á la altura de su posición y deje un *si es no es* su espíritu monástico; si no lucidos quedaríamos. No seria malo que el mundo fuera un convento; pero, señor, no lo es, y no queda mas recurso que

(1) Tom. 12, pág. 101.

gobernarlo como mundo. Vamos, convezase vd. de que tiene algo de verdad aquello de que *estados mudan costumbres*, y no se admire de que el monge haya sabido ser Pontífice.

En cuento á esa *ambicion* de gobernar mas allá de la muerte que vd. le atribuye á este Pontífice, le dire una sola palabra. Recomendó, ú ordenó, si vd. quiere, que no procediesen á la nueva eleccion del que habia de sucederle, hasta que volviera de Alemania el sábio Hildebrando, que habia sido enviado á graves negocios por Su Santidad.

Ahora dígame vd. ¿no ha estado nunca á la cabecera de un padre moribundo que llama á sus hijos para decirles su última voluntad al borde del sepulcro? ¿nunca ha tenido vd. la dulce satisfaccion de oír los consejos de aquellas personas queridas que nos dieron el ser y que nos aman y se interesan mas que nunca por nuestro porvenir á la hora que espiran en nuestros brazos? ¿nunca escuchó vd. de los lábios de su buen padre ó de su excelente madre, si han muerto, los consejos ó la órden de no *calumniar á nadie*, de ser buen mejicano y buen católico &c., como sin duda lo fueron los que lo engendraron? ¿Y es un crimen el que hagan esto los buenos padres con los hijos de su alma? Pues ese es el crimen que tiene para vd. Estevan IX. Padre de toda la Cristiandad, encarga que oigan los electores del que ha de sucederle, los consejos de Hildebrando, del grande Hildebrando que llenaría la tierra con su fama cuando bajo el nombre de Gregorio VII. ciñiera sus sienas la tiara del Pontífice. Estevan sabia mejor que nadie lo que valia Hildebrando, y quiere que esté presente á la eleccion para que se evite una eleccion indigna. Lo cual quiere decir que este digno Pontífice no se ocupaba hasta el último instante de su vida; mas que de la Iglesia que Dios le habia encomendado, y por eso fué un criminal para el Sr. Amador.

Nicolás II.

Olvidó el Sr. Amador levantar algun falso testimonio á este venerable Pontífice, ocupado como se hallaba del intruso Juan Ve-

letri, antipapa que tomó el nombre de Benedicto X., de quien dice que renunció sus derechos y que si no hubiera renunciado no podría tenerse por nula su elección.—¿Por qué, Sr. Amador? ¿Pues no confiesa vd. que el conde de Toscanella y Gerardo Galera acompañados de una turba de facciosos armados, hicieron la elección? ¿Qué derechos, pues, podía darle una elección tumultuaria y á mano armada? ¿Qué quiere decir ese finalito de su retrato: si no hubiera cedido no podría tenerse por nula su elección? Sea vd. franco una vez ¿Es verdad que no supo vd. ni lo que escribió? ¿Es vd. mas antipapa que Veletri? Dígolo porque ni él mismo presumió tener derechos que renunciar, y lejos de eso, se presentó al verdadero papa, Nicolás II., protestando que había sido violentado; confesó además ser reo de usurpacion, de perjurio y pidió perdón con señales de un arrepentimiento sincero. (1)

Queda, pues, en claro que no renunció, ó lo que es lo mismo, que es otra de las Mil y una Mentiras que cuenta el *Despertador*; y que, además, no tenía que renunciar, ó lo que es igual, que escribió vd. una estupenda contradicción y una falsedad, diciendo: si no hubiera renunciado no podría tenerse por nula su elección.

¿Y el retrato del Señor Nicolás II en qué quedó? Porque al fin no lo retrató vd. Le ofrezco estos apuntes por lo que puedan servirle. «El que ocupa al presente la Santa Sede, (Benedicto, el de los derechos sin derechos) dice S. Pedro Damiano, citado por Bercastel, es simoníaco á mi juicio, sin que se le pueda disculpar, porque no obstante nuestra oposicion, es decir, de todos los obispos y cardenales, y sin atender á nuestros anatemas, fué exaltado de noche y tumultuariamente con tropas de gente armada. Por consejo de Hildebrando se eligió despues á Gerardo, obispo de Florencia.» «Era este un hombre de juicio recto, bastante instruido, de una fuerza de costumbres superior á toda sospecha y muy limosnero.» (2)

(1) Bercastel, tom. 12. pág. 131.

(2) Berault.

Alejandro II.

El enojo del Sr. Amador se descarga hoy, no sobre Alejandro II como creeria cualquiera, sino sobre Hildebrando, ese Hildebrando que le repugna tanto, no sé por qué; quizá porque ya sabe que antes de mucho va á ser Gregorio VII. Y tiene razon. Gregorio VII es la eterna pesadilla de los enemigos de la Iglesia. Por ahora no es todavia mas que Hildebrando y ya lo odia de muerte, y lo llama *turbulento*, que dispone de todo en Roma y que causa todos los desórdenes y revueltas. ¡Qué ruines mentiras! Oiga como anuncia el conde de Beaufort el advenimiento de este hombre extraordinario. «Tocamos al fin de los tiempos mas tristes para la historia de la civilizacion cristiana: el Papado se restaura: ya estamos en la época del gran Gregorio VII.» (1) ¿Y extraña el Sr. Amador que un hombre así obtuviera la benevolencia de Alejandro II? No influia en todo por *turbulento*, sino que, dice Receveur, «por su celo, virtudes y talento poseia desde muy antiguo la confianza de los papas.»

Tenia sus émulos ¿qué hombre superior no los tiene? Por eso ese dístico que vd. reproduce y que le dirigió uno de los cardenales, lejos de ofenderlo lo engrandece. Y á propósito de tal dístico, estoy admirado de los conocimientos de vd. en latinidad. Lo ha traducido perfectamente. *Papam rite colo; sed te postratus adoro*, y vd. ha dicho, traduciendo á nuestro idioma: rindo al Papa el tributo de veneracion que debo, y prosternado á sus piés, lo adoro. ¡Válganos Dios por latinos! Pero Sr. Amador ¿no tiene vd. ni orejas? ¿no oye vd. siquiera que traducido así el dichoso dístico, ni en poco ni en mucho toca á Hildebrando y que de ese modo en vez de ser una sátira es la mayor sandéz del mundo? Traducir *sed te postratus adoro*, prosternado á sus piés lo adoro, es espetar el mas estupendo disparate. ¿No ve vd. que *sed* no *une* sino que *corta*, que es la contraposicion de la frase, y que *te* no se re-

(1) Tom. 3, pág. 60.

fiere al Papa sino á Hildebrando; sed te (Hildebrandum) prostratus adoro. Mas á tí, ¡oh Hildebrando! no solo te venero como al Papa, sino que como á un Dios te adoro?

Gregorio VII.

Los insultos de *El Despertador* contra este Pontífice ilustre, no causan indignacion, causan risa. Cuando el mundo entero se pone en pié ante Gregorio VII y se asombra al considerar lo que puede un solo hombre; cuando no se oyen por toda la tierra mas que aplausos y gritos de admiracion ¿qué quereis que cause sino la mas completa hilaridad, esa vocecita chillona del *Despertador* que canta como la corneja del poeta desde una hueca encima de S. Cosme, llamando á Gregorio, *monstruo, ambicioso, orgulloso, despota, &c.?*

Voigt, protestante aleman, á quien cité al principio de este escrito, así habla de este Pontífice romano. Con gusto le cedo la palabra, mi palabra fria é impotente para describir la grandeza de Gregorio. Escuchémoslo, Sr. Amador:

«Ahora se presenta una grande época; grande, no precisamente por acontecimientos nuevos, extraordinarios y fecundos en resultados, ó por escenas terribles y repentinas, sino por la ejecucion de un vasto plan concertado de mucho tiempo antes; grande, por el trastorno general que causa en Europa el ingenio de un solo hombre, por la sacudida y el impulso dado á todos los negocios; grande, porque á la voz de un solo hombre, se tambalean los tronos, y los pueblos temblando abandonan sus antiguos soberanos; porque la voluntad de un clérigo cambia la faz de la tierra, origina nuevas leyes y nuevas instituciones, desde el Norte de Europa, desde la Inglaterra hasta el Mediodía, hasta los desiertos de Africa, desde el mar Atlántico hasta la Palestina; donde el Fundador de nuestra Religion habia enseñado, combatido y derramado su sangre; donde el apóstol S. Pedro habia anunciado palabras de vida; grande, porque un hombre que sale de la oscuridad,

concibe el proyecto de asentar una monarquía universal en el centro de la cristiandad, en la Silla de S. Pedro, que fundada por unos pobres pescadores se elevó sucesivamente, ya por sí misma, ya con la ayuda de otro, y se estableció tan sólidamente, que las potestades del infierno no podrán conmovérlo como se creía; grande, en fin, porque á un simple monge, hijo de un carpintero, se le pone en la cabeza que el sol de la antigua Roma debe alumbrar á todos los hombres y formar sus creencias.» (1)

No se olvide que ese lenguaje magestuoso, que esa voz robusta y elocuente es la voz de un protestante.

Nada le queda á uno que añadir, ni se atreve á ello, cuando escucha tales acentos. Ya lo hemos visto. Ejerció Gregorio VII una dominacion casi universal; pero, óigase bien, no por ambicion personal, sino llevado de un pensamiento salvador, de un pensamiento que pudo realizar solo su genio, el de levantar á una sociedad envilecida, por medio del principio católico, ese resorte omnipotente que hace resucitar al mundo cuando el mundo es un cadáver, y cuando hay una mano que sea capaz de moverlo y darle impulso, como la mano de Gregorio VII. Su obra fué reprimir todos los abusos y dar fuerza á todos los poderes; los abusos, la licencia, la corrupcion, la ignorancia que habian invadido á todas las clases del cuerpo social; y los poderes, cuyos resortes todos estaban relajados ó hechos mil pedazos.

Se nos dice que tuvo ambicion personal, que fué orgulloso, despota, &c. ¡Error! Un hombre de ese temple está muy por encima de esas ruindades. No estaba su gran corazon henchido de otra cosa que de humildad, y él, Gregorio VII, creía no poder con la púrpura romana. Oigase lo que escribia en el momento de su eleccion, á Desiderio, Abad del Monte Casino: «El papa Alejandro ha muerto, y su muerte ha recaído sobre mí, y me ha causado una turbacion extrema, porque en esta ocasion ha permanecido tan pacifico el pueblo romano contra su costumbre, y se ha fiado en términos de nuestra conducta, que era un efecto manifiesto de la misericordia de Dios. Hemos dispuesto por deliberacion que

(1) Hist. de Greg. VII.

después de tres días de ayunos, procesiones, rogativas y limosnas, decidiríamos lo que nos pareciese mejor tocante á la elección del Papa. Pero cuando se estaba enterrando al Papa Alejandro en la Iglesia del Salvador, se levantó un gran tumulto del pueblo y se echaron sobre mí como unos insensatos; de modo que puedo decir con el profeta: Yo llegué á alta mar y la tempestad me sumergió.... Pero como me hallo en la cama tan cansado, que no puedo dictar mucho tiempo, no os hablaré mas de mis penas: solamente os conjuro que me proporcioneis las oraciones de nuestros hermanos, á fin de que me salve en este peligro que debian hacerme evitar.»

La grandeza de alma, la energía, la firmeza, se han unido con la humildad, la sencillez y la bondad de corazón en un hombre extraordinario: en Gregorio VII.

Urbano II.

Como este Pontífice siguió resueltamente y con el mejor éxito, el mismo camino que habia recorrido su ilustre predecesor Gregorio, el Sr. Amador le hace las mismas ofensas de tirano encarnizado, etc. Eso quedó ya contestado arriba, y es inútil repetirlo aquí. Lo que dije de Gregorio VII es aplicable á Urbano II, toda vez que fué un continuador de aquel. “Urbano, dice Beaufort, fué un Papa ilustre: realizando uno de los proyectos mas grandes de Gregorio, las cruzadas, adquirió un título inmortal de gloria para con la posteridad.” (1)

¡Las cruzadas! Todavía palpita el corazón lleno de ardor y de entusiasmo cuando ve uno á Urbano en el concilio de Clermont, lanzando á la cristiandad contra los infieles, y cuando oye á esos generosos guerreros que gritan al escuchar la palabra de fuego de Urbano: *Dios lo quiere, Dios lo quiere*, y luego marchan guiados por el conde de Tolosa y mas tarde por Godofredo de Buillon. ¡Las cruzadas! La escuela filosófica del siglo XVIII no compren-

(1) Tom. III.

dió el objeto eminentemente civilizador que entrañaban y las juzgó con un espíritu parcial, apocado y mezquino, solo porque fueron la obra del catolicismo. Poner con ellas un dique de hierro al islamismo, lograr que las guerras particulares que asolaban el Occidente de Europa, se extinguieran, uniéndose los reyes y los pueblos cristianos ante el peligro común, que les señalaba la voz de Urbano y de otros Pontífices, es un inmenso servicio á la causa de la civilización, una de las inmarcesibles glorias del Pontificado. “No descubrir en las cruzadas, dice Chateaubriand, (1) mas que á unos peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, es ser muy corto de vista en materia de historia: no solamente se trataba de librar aquel sepulcro sagrado, sino tambien quien habia de triunfar en la tierra, ó un culto enemigo de la civilización, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ú otro que ha resucitado el ingenio de la docta antigüedad, entre los modernos, y abolido la esclavitud.”

SIGLO XIII. Pascual II.

Este Papa, dice el Sr. Amador, fué perjuro y siguió la *funesta doctrina* enseñada y establecida por Gregorio VII.

En cuanto á la *funesta doctrina*, nada tenemos que decir, porque el que de tal cosa lo acusa, le hace, mal que le pese, su mas acabado elogio. Efectivamente: puede decirse que Gregorio VII, que habia influido en todos los grandes negocios de Europa, veinte años antes de ser Pontífice, siguió mucho años después de su muerte gobernando al mundo. Sus sucesores comprendieron muy bien que al Papado se habia abierto una nueva era, la era mas gloriosa que puede imaginarse, por ese gran genio de eterna remembranza que le envió la Providencia, y no hicieron mas que qué mas podian hacer? que hablar el mismo lenguaje, seguir las mismas máximas y los mismos pasos de Gregorio; porque todos

(1) Itinerario de Paris á Jerusalem.

después de tres días de ayunos, procesiones, rogativas y limosnas, decidiríamos lo que nos pareciese mejor tocante á la elección del Papa. Pero cuando se estaba enterrando al Papa Alejandro en la Iglesia del Salvador, se levantó un gran tumulto del pueblo y se echaron sobre mí como unos insensatos; de modo que puedo decir con el profeta: Yo llegué á alta mar y la tempestad me sumergió.... Pero como me hallo en la cama tan cansado, que no puedo dictar mucho tiempo, no os hablaré mas de mis penas: solamente os conjuro que me proporcioneis las oraciones de nuestros hermanos, á fin de que me salve en este peligro que debian hacerme evitar.»

La grandeza de alma, la energía, la firmeza, se han unido con la humildad, la sencillez y la bondad de corazón en un hombre extraordinario: en Gregorio VII.

Urbano II.

Como este Pontífice siguió resueltamente y con el mejor éxito, el mismo camino que habia recorrido su ilustre predecesor Gregorio, el Sr. Amador le hace las mismas ofensas de tirano encarnizado, etc. Eso quedó ya contestado arriba, y es inútil repetirlo aquí. Lo que dije de Gregorio VII es aplicable á Urbano II, toda vez que fué un continuador de aquel. “Urbano, dice Beaufort, fué un Papa ilustre: realizando uno de los proyectos mas grandes de Gregorio, las cruzadas, adquirió un título inmortal de gloria para con la posteridad.” (1)

¡Las cruzadas! Todavía palpita el corazón lleno de ardor y de entusiasmo cuando ve uno á Urbano en el concilio de Clermont, lanzando á la cristiandad contra los infieles, y cuando oye á esos generosos guerreros que gritan al escuchar la palabra de fuego de Urbano: *Dios lo quiere, Dios lo quiere*, y luego marchan guiados por el conde de Tolosa y mas tarde por Godofredo de Buillon. ¡Las cruzadas! La escuela filosófica del siglo XVIII no compren-

(1) Tom. III.

dió el objeto eminentemente civilizador que entrañaban y las juzgó con un espíritu parcial, apocado y mezquino, solo porque fueron la obra del catolicismo. Poner con ellas un dique de hierro al islamismo, lograr que las guerras particulares que asolaban el Occidente de Europa, se extinguieran, uniéndose los reyes y los pueblos cristianos ante el peligro común, que les señalaba la voz de Urbano y de otros Pontífices, es un inmenso servicio á la causa de la civilización, una de las inmarcesibles glorias del Pontificado. “No descubrir en las cruzadas, dice Chateaubriand, (1) mas que á unos peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, es ser muy corto de vista en materia de historia: no solamente se trataba de librar aquel sepulcro sagrado, sino tambien quien habia de triunfar en la tierra, ó un culto enemigo de la civilización, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ú otro que ha resucitado el ingenio de la docta antigüedad, entre los modernos, y abolido la esclavitud.”

Pascual II.

Este Papa, dice el Sr. Amador, fué perjuro y siguió la funesta doctrina enseñada y establecida por Gregorio VII.

En cuanto á la funesta doctrina, nada tenemos que decir, porque el que de tal cosa lo acusa, le hace, mal que le pese, su mas acabado elogio. Efectivamente: puede decirse que Gregorio VII, que habia influido en todos los grandes negocios de Europa, veinte años antes de ser Pontífice, siguió mucho años después de su muerte gobernando al mundo. Sus sucesores comprendieron muy bien que al Papado se habia abierto una nueva era, la era mas gloriosa que puede imaginarse, por ese gran genio de eterna remembranza que le envió la Providencia, y no hicieron mas que qué mas podian hacer? que hablar el mismo lenguaje, seguir las mismas máximas y los mismos pasos de Gregorio; porque todos

(1) Itinerario de Paris á Jerusalem.

veían que eso importaba el destierro de la ignorancia y la vuelta de la luz, la suavidad y la reforma de las costumbres más corrompidas que han visto las edades, y la regeneración de una sociedad que se caía á pedazos, como un cuerpo en disolución. Conocieron los Papas que Dios le había dado á la Silla Romana esa misión salvadora y cumplieron la voluntad de Dios. ¡Sea mil veces bendita su memoria!

Sí, Sr. Amador, Pascual II siguió la funesta doctrina de Gregorio y por eso es un Pontífice ilustre. Aquí tiene vd. una prueba de lo que venimos diciendo en esta magnífica contestación que dió á Enrique, sucesor de Guillermo el Rojo. “No cometáis la injusticia de creer que como emperador tenéis algún derecho sobre las cosas divinas: los palacios son del emperador, las Iglesias del Obispo. ¿Qué tenéis de común con una adúltera? Porque es adúltera la que no está unida á Jesucristo por un matrimonio legítimo. ¿Lo oís príncipe? El esposo de la Iglesia es el Obispo, y de consiguiente ¡qué vergüenza es que la madre se vea expuesta al adulterio por sus propios hijos!”

Que fué *perjuro* dice también el Sr. Amador. ¿En qué ó cuándo fué perjuro? ¿por qué suelta vd. tantas palabras á la ventura? ¿hemos de adivinar todo lo que vd. quiere decir, ó hemos de aceptar sin exámen cuanto se le ocurre ensartar en su indigesto farrago? Quizá quiere vd. hablar del tratado que este Pontífice celebró con Enrique V de Alemania, relativo á la prerogativa que se concedía á la corona, de dar la investidura del báculo y del anillo á los obispos y abades; tratado que no se llevó á efecto y que Pascual II anuló y condenó en el Concilio de la Iglesia de Letran. Si es esto á lo que vd. alude, ó mejor dicho, á lo que alude Llorente, de quien vd. tomó una gran parte de sus colores y sus tintas para embadurnar en mala hora esos retratos, oiga lo que hay al caso.— Enrique, después de faltar á su palabra real mil veces empeñada, de dejar en libertad á la Iglesia de Alemania, cometió otra perfidia más indigna aún: se apodera de la persona del Pontífice á quien protestaba amistad y homenaje, y en cuya corte había sido recibido con todos los miramientos debidos á la corona que lle-

vaba indignamente: sus gentes arrancan á Pascual de una manera violenta de su palacio y lo encierran en una casa inmediata, preparada de antemano. Allí este asesino coronado amenaza al Papa con sacarle los ojos y matarlo si no firma el tratado en que se le concede la prerogativa de investidura: el Papa cede á la fuerza, temiendo, no tanto por su vida, cuanto por el inminente peligro de un cisma que acarrearía los más graves males á la Iglesia. (1)

A cualquiera se le alcanza que un acto de esa especie, que una firma arrancada por medio de ese espediente, digno apenas de bandidos, si alguna obligación imponía al Sr. Pascual II, era la de protestar contra semejante villanía y hacer mil pedazos tal tratado, como efectivamente lo hizo, luego que recobró su libertad.

Y ese es el *perjuro* de que lo acusa el Sr. Amador.

Gelasio II.

No es posible asentar más falsedades ni mostrar más mala fé que la que muestra D. Juan Amador al hablar del Papa Gelasio. Dice “que su elección fué clandestina y hecha por cuatro obispos: que sabida esa clandestinidad por Cencio Frangipani, senador y prefecto, pasó con fuerza armada y disolvió la asamblea, llevándose al electo: que á la llegada de Enrique V á Roma, que *descaba vivir en paz con los Papas*, Gelasio se fugó: que llamado por Enrique para reconocer su nombramiento, con la condición de que se sometiera á lo pactado en el concordato de Pascual II, se rehusó á este avenimiento, no consultando más que á la arrogancia y orgullo de sus predecesores.”

Lo dicho arriba de Pascual II; el conocimiento que ya se tiene de Enrique V de Alemania, y de ese tratado que es la eterna vergüenza de este emperador, hace palpar á los lectores lo que valen esas aseveraciones del Sr. Amador, y sobre todo, su mala fé y su mas crasa ignorancia. Es por demás repetir aquí lo que ya dijimos: la justificación é inocencia de Pascual II es la defensa y jus-

(1) Bercastel, tom. XIII, p. 132 y siguientes.

tificación de Gelasio, puesto que figuran las mismas personas y las mismas cosas: Enrique y sus obras: sus esbirros y sus tratados de la mas negra villanía. Solo, pues, rectificaremos los hechos, y daremos nuevos mentís, aunque esto nos cause profunda pena, al Sr. Amador.

No fué, ante todo, *clandestina la elección de Gelasio*; fué hecha por CUARENTA Y CINCO cardenales, varios obispos y gran número de clérigos y seglares. (1)—Frangipani no ocurrió para evitar una *elección clandestina*, sino que, adicto al emperador y hechura suya, luego que tuvo conocimiento de la elección, se puso al frente de una cuadrilla de foragidos, forzó las puertas de la Iglesia, se echó sobre el Papa golpeándolo cobardemente, y arrancándolo á viva fuerza del lugar sagrado. El pueblo romano, al saber lo que pasa, se une, se levanta en masa, amenazador y terrible, pidiendo á gritos la libertad del Pontífice. Frangipani, cobarde, como todos los malvados, se arroja temblando á los piés del Papa y le pide llorando el perdón y la vida.

Entre tanto Enrique se dirige violentamente á Roma: acampa con sus tropas á las puertas de la ciudad, y amenaza no reconocer al Romano Pontífice, si no confirma la prerogativa de investidura, arrancada á la fuerza á Pascual II. Gelasio huye entonces de Roma, no como dice Amador, consultando solo á la *arrogancia y al espíritu de orgullo*, sino consultando á su dignidad de Pontífice, porque veía la bastardía de ese mil veces repetido tratado, veía que no podía confirmarlo sin arrojar sobre su nombre una mancha eterna, y sobre todo, veía que ese acto de confirmación, era la sanción de la mas odiosa tiranía del poder secular contra la Iglesia de Alemania. Veía que era un acto de la mas punible debilidad, y, lleno de confianza en Dios, opta por el destierro y abandona á Roma. Si esta conducta es inspirada por el *orgullo y la arrogancia*, que se nos diga cuál es una conducta noble, llena de abnegación y desprendimiento. ¿Será acaso la de traicio-

(1) Recev. tom. III, p. 547.

nar á su propia causa y la de suicidarse política y moralmente, cubriéndose de infamia ante la posteridad?

Calixto II.

Pocos príncipes han sido amados y respetados á un tiempo por sus súbditos, como lo fué este ilustre Pontífice por los romanos y por los demas pueblos que visitó durante su Pontificado. Por todas partes era recibido con muestras del mayor júbilo, con aclamaciones de la mas sincera adhesión. Y con justicia se le rendían esos homenajes: habia consagrado su vida, especialmente durante su Pontificado, al bien de los pueblos: “restableció la paz y la seguridad pública en Roma; demolió las torres de los Frangipanis y de otros varios tiranos miserables; reprimió las violencias de los nobles, y sujetó algunos condes que robaban los bienes de la Iglesia. Los peregrinos hallaban una completa seguridad en los caminos y en Roma.” (1)

Siento una verdadera pena en tener que limitarme á decir una sola palabra de los inmensos bienes que este y otros Pontífices hicieron á los pueblos, y en no poder consignar mas que uno que otro rasgo de sus grandes virtudes; porque, como bien se comprende, yo no escribo la historia de los Pontífices: mi propósito se reduce á refutar las viles calumnias que ha escrito D. Juan Amador contra esos hombres respetables por mil títulos, y acreedores á la eterna gratitud de las generaciones. Por eso se habrá notado que las mas veces un Pontífice de quien habria podido trazar la pluma menos diestra un cuadro magnífico, aparece, bajo la mia, como una figura incompleta, lánguida y sin grande interés.

Es árido, por demas, un trabajo como el que yo me he impuesto; pero me alienta la consideración de que no será del todo inútil, si quiera para las personas que no tienen el tiempo necesario para informarse por sí mismas si dice bien ó mal D. Juan Amador.

Hoy llama *bárbaro, corazón de roca y de bronce al amado Pon-*

(1) Recev. tom. III.

tífice del pueblo romano, porque á Mauricio, antipapa, lo hizo pasear Calixto II por las calles de Roma en un camello; habiéndole puesto una piel de buey ensangrentada sobre las espaldas á guisa de vestidura pontifical.

Atribuir tal accion á este Papa, es el colmo de la mala fé. Es cierto que M Bourdin, fué llevado así por las calles de Roma; pero es una solemne mentira que el autor de ese grotesco espectáculo fuera el Papa. La historia dice: "Los habitantes de la fortaleza donde se habia refugiado Bourdin, viendo asaltar sus murallas, lo entregaron á los sitiadores, los cuales lo llevan á Roma, montado, etc." (1) "De este modo, continúa la historia, entró el antipapa en Roma, y á un espectáculo tan digno de conmiseracion, el pueblo no solo no se enterneció, sino que lo hubiera sacrificado á su furor, si el Papa Calixto no le hubiese hecho escapar prontamente de sus manos. (2)

El bárbaro, pues, no fué el Papa; bárbaro seria el populacho; el Papa no fué sino humano en extremo con Bourdin que tantos excesos habia cometido. Y es tambien, Sr. Amador, bárbaro el que escribe para el público las falsedades de tomo y lomo que contiene el "Despertador de los fanáticos."

Inocencio II.

Hé aquí, entre otras cosas, lo que nos refiere la historia acerca de este Papa. Inocencio habia sido monge de S. Juan de Letran: hecho cardenal, ni el comercio del gran mundo, ni el favor de los Pontífices, le habian hecho perder nada de su piedad, desprendimiento y modestia. Aunque su penetracion y modestia le hubiesen hecho juzgar digno del Pontificado mucho tiempo antes de haber sido elevado á él, se opuso con todo su poder á la admision; despedazó la capa cuando se la presentaron y tentó todos los medios imaginables de huir. Fué necesario emplear la fuerza para

(1) Recev. tom. III.

(2) Bercestral tom. XIII, p. 211.

detenerlo y no se consiguió su consentimiento hasta que se le amenazó con la excomunion si resistia mas tiempo (1.)»

Por supuesto que nada de esto nos dice D. Juan Amador, sino que en este *retrato* se contenta con referir que la eleccion de este Papa fué clandestina, y que fué sucesor de Calixto II.

No, Sr. Amador, no fué sucesor de Calixto II, que estaba, dice vd., enfermo en el monasterio de S. Andrés. No estaba enfermo, estaba muerto hacia cinco años. El enfermo y el inmediato predecesor de Inocencio II, fué Honorio II, que gobernó la Iglesia cinco años y dos meses, despues de ese Sumo Pontífice Calixto, que vd. quiere que ahora sea el enfermo (2.)

Ni tampoco fué clandestina la eleccion de Inocencio. Se hizo mediante los mas amplios poderes que tenian los diez y seis cardenales que lo asistieron en su última hora, en el monasterio de S. Andrés. Es cierto que hubo una faccion que por su parte eligió indebidamente á Pedro de Luna; pero tambien lo es que Francia y todas las naciones cristianas señalaban á Luna como el antipapa, mientras que el Concilio de Etampes, y los reyes, y los pueblos, reconocian á Inocencio por el legítimo Pastor y Cabeza de la Iglesia. Luis el Gordo, la reina y los principes sus hijos, van y se postran á las plantas de Inocencio y le rinden pleito homenaje. Eso en cuanto á la Francia.

Enrique de Inglaterra hace lo mismo á instancias de S. Bernardo, y la Alemania y otras naciones siguen su ejemplo (3.)

Tomemos, pues, nota de lo dicho: no fué Inocencio sucesor de Calixto, sino de Honorio II., ni fué *clandestina la eleccion de Inocencio.*

¡No soy yo quien lo corrijo, Sr. Amador; es la historia, y no hay mas que tener resignacion!

(1) Berault, tom. XIII, pág. 133.

(2) Beaufort. t. III, pág. 239.

(3) Id. id.

Adriano IV.

Nicolás, hijo de un clérigo, fué electo Papa. Así dice el Sr. Amador. Pero el Sr. Amador ha mentido como siempre. “Desde su tierna edad, asienta en su Historia de los Papas el conde de Beaufort, quedó abandonado, y habiendo entrado su padre monje en S. Alvano, vivía de las limosnas de este monasterio.” [1]

Es, pues, una bellaquería decir que Adriano fué hijo de un clérigo, cuando la verdad es que fué hijo de un secular, que despues fué monje.

Dice también que siguió las *funestas doctrinas* de sus predecesores, esto es, las de Gregorio VII.—Eso ya dijimos que es el mejor elogio de un Pontífice, y queda también probado el por qué.—Y por fin, asienta que rehusó coronar á Federico Barba Roja, porque no tuvo la bajeza de echar pié á tierra para tener el estribo de Su Santidad.—¡Qué mal informados estamos, Sr. Amador! Barba Roja, que al principio rehusaba tributar los honores acostumbrados, “se sujetó por fin al uso, y el 18 de Junio recibió la corona imperial de manos de Adriano.” [2]

Está visto que no dá vd. ni un paso en tierra firme, ni dice una palabra en su lugar.

Alejandro III.

Ya recordarán los que lean este escrito, que mas de una vez hemos hecho notar las confesiones involuntarias que se le escapan al Sr. Amador, pensando que ataca al Pontificado, cuando en realidad lo ensalza, aunque á su pesar. Del Sr. Gregorio VII para acá no tiene mas arma de ataque que lo de la *funesta doctrina* de aquel Pontífice, continuada por sus sucesores. Esa *funesta doc-*

(1) Beaufort, tom. III, pág. 239.
(2) Id. tom. III, pág. 263.

trina lo trae desconcertado, la ve á todas horas como un espantoso endriago que amenaza tragárselo, y ya huye despavorido, ó se encoleriza y amenaza con el puño crispado al cielo. ¡Funesta doctrina, funesta doctrina! repite como quien ha perdido el juicio; y todo lo ha olvidado, hasta su paleta y sus pinceles. Porque ya no pinta: deja los retratos sin piés ni cabeza, ó á una *cabeza humana le ajusta el cuello de un caballo*, resultando el monstruo de Horacio.

Hoy, (y es una prueba de lo que vengo diciendo,) hace como si dijéramos el apoteosis de Alejandro III, por supuesto que no de intento; su intento es deturparlo. Dice que su reinado fué muy triste, y á poco añade que *el Emperador abandonó el cisma, que el antipapa Juan se reconcilió con la Iglesia, sometiéndose á Alejandro III, y que por fin, terminó la discordia.*

De veras que es *muy triste* un reinado en que se alcanzan esos resultados. La sumision de un Emperador y de una nacion entera; la de un antipapa y su faccion, y el término de un cisma y de la discordia, son unos acontecimientos muy tristes, muy insignificantes, muy propios para cubrir de oprobio á Alejandro III. Es esto para vestir luto y gemir. “El nombre de Alejandro III, dice Beaufort, ha quedado grande entre Gregorio VII é Inocencio III: como ellos, unió la firmeza á la sagacidad, y como ellos, pelea también por la verdad hasta el último instante de su vida.” (1)

Oigase ahora como concluye D. Juan Amador. *El gran número de medios á que se recurrió en el espacio de los diez y nueve años que duró el cisma, prueban con evidencia que el espíritu de ambicion (vuelta á la funesta doctrina) era el que solamente dirigia á los electos; pues seria una temeridad sostener que el Espíritu Santo concediera su inspiracion á la Iglesia de Roma.*

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo? *El gran número de medios á que se recurrió, prueban; pero que se recurrió, ¿para qué? Los medios son para algun fin. ¿Se pusieron en juego esos medios para subir al Pontificado, para concluir con el cisma...? ¿para*

(1) Tom. 3, pág. 299.

qué sirvió ese gran número de medios, Sr. Amador? Eso prueba con evidencia, no lo de la funesta doctrina, sino que anda vd. muy reñido con la bella lengua española.

Y desengáñese vd: no es una temeridad sostener que el Espíritu Santo concediera su inspiración á la Iglesia de Roma. Creo que eso lo dirá vd. por el gran número de medios de que se valian las facciones para introducir ó sostener el cisma. Es verdad que no escaseaban las banderías y que dentro y fuera de Roma se hacia de mil modos la guerra á la Iglesia y al Pontificado; ¿pero eso qué prueba? Prueba que Dios permitía esa lucha y esos rudos ataques á su Iglesia, para que se viera que no eran los hombres los que la sostenian; y que mientras mas débil nos pinteis el poder temporal de los Papas, mientras mas nos los hagáis ver rodeados de peligros y molestados por el cisma, mas fuerza dais á este argumento que os hacemos. Concedemos que era fuerte, cuanto queráis, el poder del cisma y de los emperadores enemigos de los Papas, y que el Pontificado en el orden natural de las cosas debía sucumbir; pero respondednos, ¿sucumbió? No. Negadlo si podeis. Luego lo sostuvo una fuerza sobrehumana; luego no es una temeridad, sino una cosa muy natural, indeclinable y lógica el decir que lo sostuvo el Espíritu de Dios.

Celestino III.

Nos cuenta el Sr. Amador que está con estremecimientos de horror y de indignacion, porque fué entregada á los romanos la ciudad de Túsculo por Celestino III, en cumplimiento del tratado concluido por su predecesor, aunque *preveía* que tenian el objeto de ejercer en ella crueles venganzas.

Es cierto que Enrique IV, coronado emperador por Celestino, hizo juramento de entregar y entregó la ciudad de Túsculo al Papa, quien á su vez la cedió á los romanos. Ahora examinemos el hecho y verá vd. cómo se cura de esas convulsiones de horror. Primeramente, habia de por medio, como vd. confiesa, un trata-

do celebrado por el predecesor de Celestino con los romanos, y estos exigian el cumplimiento de la palabra empeñada por el Soberano temporal de Roma. Desde luego ya ve vd. que no la entregó (ó la abandonó que es mas exacto, como dice Receveur) por el gusto de entregarla, sino en cumplimiento de una obligacion preexistente. Si hubiera negádose á tal entrega, es muy seguro que vd. nos vendria diciendo que era un Papa *pérfido* y que sé yo que mas, porque no cumplia lo pactado.

En segundo lugar ¿cómo probaria vd. que *preveía* que los romanos iban á hacer lo que hicieron? Vd. dice que *preveía* ¿pero en qué se funda tan rotunda aseveracion? En nada, como siempre. ¿Ni cómo quiere vd. que el Papa Celestino, anciano octogenario y de un corazon sencillo y bondadoso, fuera á imaginarse que tenian tan crueles instintos, tan mal corazon los que iban á posesionarse de Túsculo? ¿Por qué es vd. tan exigente con el Papa Celestino, queriendo que adivinara lo futuro? Horror debe á vd. causarle, como á mí tambien, y muy grande, y una indignacion sin límites, no el virtuoso y sencillo Pontifice, sino esa soldadesca romana, desenfrenada y bárbara, que tan mal uso hizo de sus derechos sobre Túsculo. *Suum cuique*. Eso me parece que es lo justo. ¿No opina vd. lo mismo? Si el Papa hubiera mandado á sus tropas que fueran á tomar á Túsculo y hubieran arrasado la ciudad, como lo hicieron los que la tomaron, tendria vd. hasta cierto punto razon en inculparlo; pero cuando lo que pasó fué sin orden del Papa y por gentes que no le pertenecian, ¿qué razon hay para hacerlo en nada responsable?

SIGLO XIII.

Inocencio III.

A esa figura colosal del siglo XIII, se acerca callandico D. Juan Amador, y empinándose en las puntas de los piés para alcanzar á penas la losa sobre que reposan las plantas del Pontifice,

garabatea, carbon en mano, estas palabras: *Fuiste doble, pérfido, avaro, usurpador y monstruo feroz.* ¡Y yo tengo, pecador de mí, que ir á limpiar ese lodo que ha dejado allí sobre la base de oro del coloso! ¡Tengo que, no diré dar la felpa merecida, sino amonestar fraternalmente al autor del tal fechoría para que no vuelva á las andadas! ¡Pues es un oficio envidiable!

Gregorio VII é Inocencio III. ¡Qué nombres! Yo los veo el uno junto al otro, aunque tres siglos los separen, á la misma altura, con la misma aureola de gloria, con el mismo poder: allí están viendo pasar á sus piés los pueblos y los reyes; allí están señalando con su diestra el camino que ha de llevar el mundo; allí están dando á todos los acontecimientos el curso que quieren; presidiéndolo todo y haciendo justicia á todos, desde el mendigo hasta el monarca que vienen á exponer sus quejas á los piés del trono pontificio.

Pero ese poder no es ominoso, nó: si lo fuera, yo seria el primero que lo maldeciria, porque aborrezco el poder de los tiranos; porque amo la libertad y la dignidad del hombre. Si soy entusiasta por Inocencio y Gregorio, es porque mi alma se extasia ante lo sublime y lo grande, y sobre todo, porque sé que ellos tambien amaron la libertad y detestaron la tiranía.

Sí, no lo dudeis: su poder no fué el del soldado que todo lo atropella y todo lo decide de un sablazo, ni el del ambicioso vulgar que no mira en los que gobierna mas que los ciegos instrumentos de su engrandecimiento personal. El poder de Inocencio y de Gregorio era el antítesis, el terrible anatema de esos poderes ominosos y despóticos. Su historia es la mas bella historia de la libertad.

Concretándonos á Inocencio, él fué quien barrió de la tierra, durante su pontificado, ese enjambre de tiranos que jugaban con los pueblos. Del uno al otro extremo de Europa no se veia mas que una sociedad despedazada por las guerras de los duques y barones, de los reyes y vasallos. Los pueblos y los débiles eran los que pagaban con su sangre y sus bienes, las contiendas de los grandes señores. El clamor que levantaban los oprimidos, los esclavos, era ahogado bajo la acerada planta de los guerreros. Eso

era la Europa: un campamento. Pero suena la hora de la libertad: Inocencio III está sobre el trono pontificio y las naciones van á exponerle sus quejas, y á su tribunal vienen á dar cuenta y á ser juzgados todos los que cometen grandes injusticias, aunque lleven en las sienes una corona. Entre mil pruebas, hé aquí esta. Un dia Felipe Augusto es mal caballero y esposo adúltero: hace que sus cortesanos decreten su divorcio de Ingeburga, con ultraje de las leyes divinas y humanas, y la desgraciada esposa al saber su sentencia, solo puede, anegada en llanto, gritar y decir en mal francés, porque era alemana: «Francia, mal, mal, Roma, Roma!» (1) Y no se engañaba: sabia que existia un tribunal donde se miraria su inocencia y donde se le haria justicia. Inocencio III sostiene á esa débil muger contra todo el poder de Felipe Augusto. «La Santa Sede, decia, no puede permitir que pasen en silencio las quejas de las mugeres oprimidas,» y despues de amonestar á Felipe con dulzura que aparte á su concubina, que llame á su esposa repudiada ilegalmente y que haga que todo el mundo le dé el nombre y los honores de reina; concluye: «si contra toda esperanza el rey desprecia esta amonestacion, el Papa se verá obligado, á pesar del sentimiento que experimentarí, á afligirle mas fuertemente y á levantar su mano apostólica contra él, y nada en el mundo seria capaz de desviarle de esta firme resolucion del deber y la justicia.» (2)

Eso decia al tratarse de la causa de los débiles. Ahora ved cómo tambien era justo con las naciones y los reyes.

El imperio de Alemania se ve amenazado en su independencia y sus derechos: «Y es la razon, dice Hurter, historiador protestante, por qué Inocencio intervino con una voluntad determinada en la contienda que se preparaba. Se ha intentado acusarlo (óigalo el Sr. Amador, de quien no me acordaba, lo confieso,) de que habia usurpado los derechos del imperio en favor de la Santa Sede, pero esas acusaciones son falsas; al contrario, quiso proteger los derechos del imperio y evitar que los príncipes fueran despo-

(1) Beaufort, tom. 3.

(2) Hurter, protestante.

jados de la facultad de electores. A esta conducta de los Papas debe Alemania la dicha de no haber sido aglomerada en una masa compacta, que á la verdad hubiera ostentado mayor pujanza en lo exterior; pero no hubiera producido en lo interior esa riqueza y variedad de cultura por las cuales se distingue la nacion alemana de todos los demas pueblos.

Ya lo veis; ese mismo juicioso protestante hace ver que no usurpaba Inocencio sino que evitaba la usurpacion y el despojo; que no tiranizaba sino que defendia la autonomia y la libertad de los Estados; que su justicia era igual para grandes y pequeños; pues que, dice el mismo historiador, «con igual severidad avocaba á su tribunal los negocios pequeños y los grandes cuando tocaban de cualquiera modo al noble destino, hácia el cual ha querido de nuevo el Criador llevar al hombre por la sangre de Cristo.» Su alma generosa alimentaba este pensamiento que fué tambien el de Gregorio VII y el de otros Pontífices: llevar la libertad y la civilizacion al Oriente por medio de las cruzadas. Oid como se indignaba al ver la molice de los reyes. «Mi voz ha enronquecido á fuerza de gritar; mis ojos se han cansado; pero los príncipes prefieren entregarse á la disolucion y á la lujuria en brazos de sus concubinas, al encono y á la guerra unos contra otros; sin cuidarse del insulto hecho al Crucificado y de las burlas de sus enemigos.» (1)

Es fuerza concluir, aunque á la verdad me entristece esto; pero en los límites tan estrechos que me he trazado, en vano intentaria dar noticia de ese Pontificado de diez y ocho años de gloria.

Cerraré la defensa de este ilustre Pontífice, contra las calumnias de D. Juan Amador, con estas palabras de Receveur: «El Papa Inocencio III murió en Perosa el 16 de Julio de 1216. Por su celo, saber y firmeza de carácter, se le ha reputado con razon como uno de los Pontífices mas grandes que han ocupado la Silla de S. Pedro. Mateo Paris le acusa de ambicioso y avaricia; pero se desmiente esta acusacion con la resistencia que hizo aquel Papa á aceptar el Pontificado, y las medidas que tomó para reprimir la venalidad en la corte de Roma. Además, se ve en su vida, escri-

(1) Hurter. Histor. de Inoc.

ta por un autor contemporaneo, que vendió hasta la vagilla de plata para socorrer á los pobres.»

SIGLO XIV.

Bonifacio VIII.

Son veintiseis líneas solamente las que forman *el retrato* de Bonifacio VIII, hecho por el Sr. Amador; pero ¡oh admirable fecundidad de hombre! En tan estrecho *local* ha dado á luz de un solo parto TREINTA Y DOS hijos de su ingenio, TREINTA Y DOS injurias, acusaciones, calumnias, &c., &c. De todo hay en ese alumbramiento, con tal variedad y abundancia, que estoy verdaderamente estupefacto. Vamos examinando el origen de esos hijos para que sepamos si son legítimos ó espurios.

El origen de tales viboreznos ¡quién habia de creerlo! es Guillermo de Nogaret, el mismo que tengo la honra de presentar á los lectores. Supongo que pocos lo conocen, y voy con el permiso de todos á descubrir sus habilidades.

Fué allá cuando Dios queria, el *valeroso* aprehensor del Papa Bonifacio, por orden de su real amo Felipe el Hermoso, de quien tambien ya diré una palabra. El conde de Beaufort, francés, como Nogaret, lo recomienda en el tom. 4 de la Historia de los Papas, en estos términos: «Nogaret, el aprehensor del Papa, *caballero en leyes*, doctor en la mentira y la traicion, á quien no arredraba el oficio de espía ni de verdugo, fué nombrado por Felipe para apoderarse de la persona del Pontífice, y para que lo condujera á Leon, donde lo juzgaria un concilio. A Nogaret le fueron agregados tres hombres de la misma ralea para ejecutar esa tenebrosa expedicion, y lo fueron Juan Mouschet, tambien caballero, y dos doctores.»

Pero antes de seguir la historia de Nogaret, juzgo conveniente satisfacer el deseo de algun curioso que me estará preguntando cuál era la causa de esos *nobles manejos* de S. M. el Hermoso. Voy á responder. El Sr. Bonifacio VIII, al año de su Pontifica-

do, expidió la célebre bula *Clericis laicos*, en que prohibía, bajo la pena de excomunión *ipso facto*, reservada á los prelados seculares y regulares, pagar ningun tributo á los legos de las imposiciones que con cualquiera título se hicieran sin conocimiento de la Santa Sede. Felipe el Hermoso que necesitaba recursos para hacer la guerra al emperador, al rey de Inglaterra y al conde de Flandes, se consideró profundamente herido con esa bula, á pesar de las explicaciones que le hizo el Papa sobre el sentido de ella, y á pesar de que manifestó bien claramente por medio de sus legados que no tendría su efecto en Francia. No podía ni debía hacer mas el Papa. Pero las satisfacciones de Bonifacio, que habrían bastado á todo caballero, no contentaron al rencoroso Felipe; y ese y otros acontecimientos lo hicieron meditar la venganza mas ruin contra el Soberano Pontífice, bajando á este fin desde su alto trono hasta el lodo en que vivia nuestro caballero el de Nogaret.

Este para prestar un completo servicio á su señor, deja el puñal por la pluma y pone el grito en las nubes, acusando á Bonifacio de que ocupaba injustamente la Santa Sede, de hereje manifesto en varias clases de herejía, de simoníaco y de infinidad de crímenes enormes. Ese es Guillermo de Nogaret.

Las mismas calumnias repite hoy D. Juan Amador, y por eso dije que el verdadero padre de todo ese negociado, es el recomendable Nogaret.

Ahora oiga el Sr. Amador, el juicio que la historia ha formado sobre la conducta de este Pontífice: “Sus enemigos, dice Beaufort, le han calumniado hasta la última hora de su vida, y han supuesto que habia muerto *rabioso*: casi todos los escritores galicanos han repetido esta mentira. Lejos de haber padecido este género de muerte, digna de un réprobo, el gran Pontífice murió, segun la expresion de su contemporáneo Murat, estenuado de fatiga á fuerza de haber combatido por la fé verdadera.” (1)

Recuérdese que quien hace esos elogios es historiador galicano: ya se sabe lo que esto significa: los historiadores franceses son los enemigos de este Pontífice.

(1) Tom. IV. pág. 230.

Dante, gibelino, y por lo tanto enemigo de Bonifacio, á quien hace figurar en su célebre poema “El Infierno,” habla así en fuerza de la verdad y de la indignacion que le causaban los atentados de Felipe: “Yo veo al *flordelisado* entrar en Agnani y á Cristo preso en la persona de su Vicario: le veo otra vez mofado: veo renovar la hiel y vinagre; le veo morir entre dos ladrones vivos. Veo un nuevo Pilato tan cruel, que no está aun saciado y lleva al templo sus codiciosos deseos. ¡Oh mi soberano Señor! ¡Cuándo tendré yo la dicha de ser testigo de la venganza que, oculta en tus miradas secretas, satisface tu justa cólera!” (1)

Beaufort, dice tambien elocuentemente: [2] “Después del Pontificado de Gregorio VII é Inocencio III, Bonifacio VIII presenta la faz mas importante del Papado en la Edad Media.... Nos parece que hay algo providencial en el modo con que están colocados estos ilustres génius en la serie de los siglos.... Bonifacio VIII combate por los antiguos principios y, como aquellos dos grandes Papas, combate por la verdad hasta el último instante de su vida. Mas el poder de los Pontífices decae con la edad media: los imperios se constituyen y afianzan y su oposicion es cada vez mas violenta. Se presiente ya la reforma y Lutero. Por eso la calumnia se encarniza mas con Bonifacio que con Gregorio VII é Inocencio III, y todavia carece de historia aquel grande hombre.”

Receveur, que juzga la conducta de Bonifacio con mas severidad que otros, dice: “No pueden negarse grandes prendas á Bonifacio. Era doctor en derecho: habia ejercido largo tiempo los empleos de abogado consistorial y notario apostólico, y se le habian encomendado varias legaciones importantes; de suerte que habia adquirido por todos estos méritos, grandes habilidades para gobernar; pero se le acusa de ambicion y avaricia.” (3)—Ya sabe el Sr. Amador quienes son sus acusadores.—

Ya lo ve vd., Sr. D. Juan, la historia inexorable ha pronunciado

(1) Purgat., Cant. XX. 86.

(2) Tom. IV., pág. 232.

(3) Tom. 4, pág. 205

su fallo, haciendo aparecer á este Pontífice, como un grande hombre, como un génio de su época, y ha dicho: "sus enemigos lo han calumniado hasta la última hora de su vida."

Clemente V.

Está dominado el Sr. Amador enteramente por el espíritu de mentira: no salen de sus lábios mas que legiones de calumnias. Del Sr. Clemente V., entre mil cosas que es imposible recordar, dice que su eleccion fué evidentemente simoniaca.—No hay tal evidencia. Ese cuento de que este Papa antes de serlo se comprometió con Felipe el Hermoso á otorgarle seis gracias si lo hacia Pontífice, está contestado dias há por la crítica sensata. Oiga vd. á Receveur: "Esa historia que no tiene á penas otro fundamento que el testimonio de Villani, copiado por los demas historiadores; aparece desmentida por el decreto de eleccion que no hace mencion ninguna de tal compromiso; y al contrario, dice que fué elegido Beltran en escrutinio por las dos terceras partes de los cardenales y que los otros se reunieron por vía de accesion. Además, se hallan en las circunstancias de esta narracion, otros motivos para ponerla en duda, supuesto que se hace solicitar á Felipe el Hermoso la absolucion de la excomunion para sí y para sus parciales, lo cual le habia concedido ya Benedicto XI." (1)

Dice tambien el *Despertador* que vivió Clemente V. en público amancebamiento con la condesa Perigord.

Esa vil calumnia tiene este origen. El Papa, por motivos de salud y de gobierno, determinó trasladarse por algun tiempo á Aviñon. El pueblo romano, ofendido por esto y por la preferencia con que el Papa veía á los franceses en la distribucion de las gracias pontificias, hizo lo que el populacho de todas partes en circunstancias análogas: propalar rumores injuriosos contra su soberano y atribuir la permanencia del Papa en Aviñon á un afecto

(1) Tom. IV., pág. 209.

ilícito á la condesa de Perigord, "y en esto, dice el historiador citado, severo é imparcial como el que mas, han escuchado menos la justicia que la preocupacion en este y en otros juicios adversos que han formado sobre algunos Papas nombrados durante aquella época." [1]

Agrega el Sr. Amador, que rehabilitó Clemente la memoria de Bonifacio VIII, porque estaba el mismo comprendido en el proceso. Pero tiene muy mala memoria este Sr. Amador, y es inconsecuente consigo mismo, como todo el que sostiene una mala causa. ¿No acaba vd. de decir que habia dos facciones en Roma, una que trabajaba por la causa de Bonifacio, y otra adicta á los intereses de Francia, y que triunfó esta última faccion de la cual era el caudillo Clemente? Pues entonces ¿cómo rehabilita á Bonifacio, porque estaba el mismo comprendido en el proceso? ¿Si no era de la faccion de Bonifacio, sino su enemigo; por qué ahora aparecen los dos como cómplices de una misma causa, figurando en el mismo proceso? Lo que resulta de esa misma rehabilitacion de Bonifacio es la mayor gloria de éste; puesto que el mismo Papa Clemente, enemigo segun vd. de aquel, es quien le ensalza y declara su inocencia. Cuando un enemigo hace tal cosa, es necesario creer que fué obligado á ello por la misma fuerza de la verdad.

Por lo demas, bien pobre argumento es el que vd. forma del silencio de S. Antonino sobre las honrosas cualidades de este Pontífice.—¿Calló, eh? Lo sentimos ¿Pero no dijo nada malo de él? No. Entonces quedamos tranquilos.

Y por fin, muy poco nos importan los desahogos del Dante contra Clemente V. Si nosotros lo citamos al hablar de Bonifacio VIII., es porque gustamos mucho de las confesiones de adversarios. El Dante es un gran poeta á quien admiro; pero su autoridad en materia de historia no es de gran peso; y mas si se tiene presente que era gibelino, y muy particularmente que co-

(1) Tom. IV, pág. 219.

mo italiano participaba del injusto resentimiento y de la pasión popular contra Clemente V., por haber trasladado á Aviñon la Santa Sede.

Juan XXII.

Asegura el autor del *Despertador* que Juan XXII, tuvo tanto atrevimiento que se nombró á sí mismo Pontífice.—Al que tiene la audacia de asentar tal especie, vamos á enseñarle lo que dice la historia “Al cabo de cuarenta dias de estar los cardenales en cónclave, el 7 de Agosto de 1316, eligieron por una voz á Jacobo de Euse, cardenal obispo de Porto, que tomó el nombre de Juan XXII.” [1] “Algunos autores han escrito que encargado de hacer la eleccion por compromiso, se nombro á sí mismo Papa; pero este es un cuento desmentido por la carta circular que envió á los príncipes y obispos para participarles su eleccion; porque dice expresamente que habia sido elegido por el voto unánime de los cardenales.” [2]

En seguida asienta D. Juan Amador, que Juan XXII superó en avaricia á su predecesor, inventando nuevos medios de exacciones para enriquecerse, y en confirmacion de tal cosa, inserta algunos artículos del arancel de dispensas que otorga la curia romana.

Acabamos de decir que gustamos mucho de confesiones de adversarios, y á cada paso se nos vienen á las manos, gracias á Dios. Juan M. Villani que zurció mil mentiras contra los Papas; Juan Villani que tiene todavía en estos dias aprovechados discípulos y pobres y desagradecidos plagiarios; Juan Villani, contemporaneo del Pontífice de que venimos hablando, se expresa así: “Fué modesto en su método de vida, sóbrio, mas aficionado á los manjares ordinarios que á los delicados; gastaba poco en su persona y casi todas las noches se levantaba á rezar el oficio y estudiar: decia

[1] Beaufort, tom. IV., pág. 247.

[2] Receveur, tom. IV., pág. 250.

misa casi todos los dias; daba audiencia con gusto y despachaba prontamente. Era colérico y se enfadaba con facilidad: era sábio y de ingenio penetrante, y magnánimo por las cosas grandes.” [1]

Estas confesiones deben caer sobre vd., Sr. Amador, como bomba de á placa.

En órden á los artículos de tasacion de derechos que tanto lo escandalizan, como no dice de dónde los copió, y como *el que hace un cesto hace ciento*, me hallo autorizado para decirle, y ando escusó, que por lo menos los desfiguró y los compuso como mejor le pareció, sino es que sea todo eso uno de sus embustes de costumbre. Sobre todo, el mas corto de vista conocerá que estas palabras: “*Observad cuidadosamente que este género de de gracias y dispensas no se concedan a los pobres, porque no teniendo con qué, no pueden ser consolados*”; esas palabras, digo, huelen á las palabras y á la redaccion que vd. usa, que trascienden, y en lo esbelto y en lo gracioso están descubriendo á su padre desde á tiro de ballesta. No redacta así la Curia romana: sea vd. menos torpe en sus ardidés.

Mas, en fin, no tiene duda que algunos negocios de los que se despachan en Roma, causan derechos, tanto en tiempo de Juan XXII, como en los del Sr. Pio IX, y esto no le parece bien al Sr. Amador. Ni él, ni otros, llevan á mal que todo secular que preste un servicio, tenga derecho á que se le retribuya de algun modo: si un abogado ó un médico cobran lo que es de costumbre, lo que les señala su arancel, ó lo que les da la gana, muy justo es, muy natural; pero si la Iglesia hace lo mismo ¡oh! entonces es muy malo, muy injusto, es una avaricia insaciable. ¡Cómo si no fuera una sociedad como cualquiera otra, que tiene su gobierno, sus oficinas, sus administradores, sus empleados, sus ministros, su culto! Los que la sirven no son espíritus que de nada de aquí abajo necesitan, ni la sirve nadie de balde. Ademas, óigalo bien el Sr. Amador: una gran parte de los derechos de dispensas que otorga la Curia romana y los obispados de todas partes, se desti-

[1] Cit. por Beauf., tom. IV., pág. 250.

na ¿sabe á qué? á objetos de beneficencia y de piedad, para socorro de los pobres y de los enfermos. Solo que la Iglesia nunca hace alarde de nada, ni trae siempre en los labios las palabras huecas de *filantropía, humanidad, caja de ahorros, &c.*, sino que pronuncia por lo bajo pura y simplemente la palabra *Caridad*.— Una última explicación al Sr. Amador. La Curia romana, ó hablando con mas generalidad, la Iglesia, no cobra porque *valga tanto la dispensa*, y lo mismo digo de lo demás que causa derechos, como malamente lo entiende el Sr. Amador; nada hay en ella de venta; lo que pide y lo que se le da, no es el *precio* de ninguna cosa: es una oblación tasada por autoridad competente, con penas para el que pida mas ó exija con otro título.

Me he detenido en lo que llama el Sr. Amador *retrato* de Juan XXII mas de lo que yo queria, y para retirarme voy á hacer notar muy brevemente al retratista, que esa doctrina herética que dice profesó aquel Pontífice sobre la vision beatífica, *no la sostuvo ni la profesó*, sino que “la proponía á las escuelas como una duda, ó como una cuestion controvertible.” (1) Y para que nadie sospechara de su fé en lo futuro, él mismo dijo al morir: “Declaramos y protestamos formalmente que todo cuanto he hecho, alegado y propuesto en la controversia de la vision intuitiva, ha sido por *mera conversacion*, y sin intencion de afirmar ó definir cosa alguna.” [2]

Clemente VI.

Del Pontífice de quien dijo el célebre Petrarca que “nadie había llevado jamas con mas justicia el nombre de Clemente;” (3) del hombre cuya pureza de costumbres, cuya instruccion, generosidad y celo, hablan los historiadores llenos de admiracion y respeto; del soberano que por su energía en corregir toda clase de

(1) Recev. tom. IV, pág. 291.

(2) Bercastel, tom. XVI, pág. 71.

(3) Cit. por Bercastel, tom. XVI, pág. 191.

abusos, ocupa dignamente un lugar junto á Gregorio VII, Alejandro é Inocencio III; de Clemente VI, en fin, ¿cómo no habia de hablar mal D. Juan Amador? ¿ni cómo nosotros á nuestra vez dejaríamos de compadecerlo y tenerle lástima? Lástima, sí, y no mas, me inspira quien ocurre á “*Las revelaciones de Santa Brígida* para contarnos que ella oyó de boca de Jesucristo que el Papa Clemente era asesino, judío, Judas, Pilato y Lucifer. ¿Qué diria vd., espíritu fuerte, filósofo que *nada acepta sin exámen, libre pensador* que no inclina su frente ni dobla la rodilla ante nadie; si yo, clérigo amigo del oscurantismo, saliera con mis pruebas tomadas de *Las Revelaciones de Santa Brígida*? Y no es que yo no respeto las revelaciones y los éxtasis de esa santa; pero hallo impropio por demás el traerlas á un trabajo histórico, donde no tiene lugar mas que la filosofía y la critica. Cuando D. Juan Amador forma argumentos con Santa Brígida ¿cómo andaré su pobre moello? ¡Y siquiera fuera cierto que dijo tales lindezas la santa! ¡Ah! no pongais en los labios puros de ese ángel, esas palabras y esos insultos vuestros. Ya, que no sois católico, sed siquiera caballero.

Pero vengamos al Sr. Clemente VI. Hace mérito el Sr. Amador de un pasquin inmundo que Juan Visconti dirigió al Papa.— Confieso que no sé en qué pueda ofender un libelo á ningun hombre honrado: el que se oculta bajo el velo del anónimo para injuriar, no mancha, queda manchado. Y sin embargo, D. Juan Amador hace de ese pasquin una arma de ataque. La respuesta que se debe dar es la misma que dió el Sr. Clemente VI: se sonrió de eso con el mas profundo desden, y aun hizo mas, se vengó como se venga un cristiano y toda alma noble y generosa: no excomulgó á Visconti, como dice Amador: ya estaba excomulgado: le perdonó, le levantó las censuras, y le dió la investidura de Milan y de Bolonia. (1)

Por fin lo inculpa de que *se reservó la provision de todos los Estados eclesiásticos* (no entiendo), llevando las cosas hasta el

(1) Bercastel, tom. XVI, pág. 186.

punto de anular *todas* las elecciones canónicas hechas en su tiempo.

Lo que hay de verdad en esto es que, estando la Sicilia entredicha, se reservó por dos años la colacion de los obispados, abadías, prioratos, canongías y otros beneficios que vacasen. También hizo reservas en otros reinos, *no en todos*, como dice el *Despertador*, ni desechó *todas* sino algunas elecciones. [1]

Tampoco comprendo en qué pueda ofender eso al Sr. Clemente VI.—Gefe supremo de la Iglesia, como es; hallándose investido del primado de honor y jurisdiccion por el mismo Jesucristo, segun lo demostré anteriormente, no hacia en esas reservas mas que ejercer un derecho, y las demas iglesias y las personas no cumplian mas que con un deber, obedeciendo. Y al obrar así Clemente no era por lujo de autoridad, sino por corregir abusos y poner un dique á la simonía y á las elecciones indignas. ¿Y no es esto lo que debe hacer todo gobernante que comprende su posicion?

Urbano V.

Temo que Dios me tome en cuenta el tiempo que mal gasto en ocupar-me de ciertas ocurrencias de D. Juan Amador. Por ejemplo: no sé quien será mas culpable de los dos, si él escribiendo lo siguiente, ó yo contestándoselo. Al morir el Papa Urbano V, dice, protestó solemnemente que si antes de ser Pontifice habia creído, dicho ó enseñado alguna cosa contraria á la fé católica, hacia en aquel momento la retractacion mas formal, sometiéndose á la penitencia que le fuere impuesta por la Iglesia. Y como Juan XXII hizo lo mismo se debe concluir de ahí que los mismos papas no se creían infalibles.

Lo que se debe concluir de ahí, Sr. Amador, es que me pesa haberme ocupado de su *Despertador*. ¿Pues á quien le ha oido decir que el Papa es infalible desde antes de ser Papa, desde que nace? ¿dónde ha aprendido que si el Pontifice habla, si platica, si se rie, platica, y habla y se rie infaliblemente?

(1) Recev tom. IV, pág. 310.

Pues y lo de la Papisa! ¿Volvemos á las andadas? ¿No ve vd. que *es peor meneallo?* ¡Oh! pero si otras tenemos: hoy dice vd. que este Papa se burló de tal majadería. Muy bien, Sr. Amador: me enagenan de contento las confesiones de adversarios, [son tres veces con esta que lo digo] aun las de adversarios como el *Despertador*.

Gregorio XI.

Hace esta observacion D. Juan Amador al *retratar* á este Pontifice. “El cisma de Occidente fué producido por la detestable ambicion de los papas, que les hacia creer que eran los obispos ecuménicos, ó universales, á pesar de la declaracion contraria de San Gregorio el Grande.”

No pueden decirse mas falsedades en tan pocas lineas. Desearia que el Sr. Amador me dijera en qué se funda para asegurar todo eso; pero ya se sabe que pedirle pruebas, es pedir peras al olmo. No fué *la detestable ambicion de los papas* la causa del cisma, sino, principalmente, *la detestable ambicion* de los anti-papas. Decir eso que asienta el Sr. Amador, es ignorar lastimosamente las mas claras nociones del derecho y de la justicia. Si el legitimo poseedor de una cosa, de una heredad, de un tesoro cualquiera, es asaltado por los bandoleros que codician lo que no tienen, ¿podrá decirse que *la detestable ambicion* de conservar lo suyo ó lo que le han encomendado, es la causa de que haya ladrones y de que estos cometan sus depredaciones? Eso sucede exactamente con los Pontifices y el cisma. Ellos no hacen mas que defender su buen derecho: los que quieren usurpárselo son los responsables de los males subsiguientes.—Pero, dirá el Sr. Amador: no sostienen su buen derecho: no son los Pontifices lo que dicen: obispos ecuménicos ó universales, y tanto que así lo confesó S. Gregorio el Grande.

Esta cuestion es la misma del primado de la Silla romana y ya la examiné antes: ahora nos queda lo de San Gregorio. ¿Y es

verdad que este ilustre Pontífice haya declarado que el obispo de Roma, no era mas que los demas obispos? No. Nunca declaró tal cosa. Lo que hizo fué llamarse, el primero, *Siervo de los siervos de Dios*, cuyo hermoso título usaron y usan todavia sus sucesores. Pero esto cualquiera ve que es muy distinto de declarar que no era mas que los otros obispos. Si á lo que suenan las palabras nos atuviéramos, seria declarar otra cosa, y es, que no solo era igual á los obispos, sino inferior á ellos, inferior á cualquier simple fiel: *Siervo de los siervos*. La humildad, Sr. Amador, del santo, no menoscaba en nada la dignidad del Pontífice. No porque un hombre quiera ser tenido por el último, lo es efectivamente. Un magistrado, un obispo, que no quiere que en lo privado le den el tratamiento que merece, no por eso lo renuncia oficialmente. Es entonces dos veces apreciable, y dos veces digno de su tratamiento y del poder que ejerce. La humildad levanta, no embajece, ni quita nada.

Pero oiga vd. una cosa que no espera: oiga vd. á San Gregorio, sosteniendo la primacia del Pontífice y reprendiendo á Juan el Ayunador, porque dió en la mania de llamarse patriarca universal. “¿Ignoras, le dice, que el Concilio de Calcedonia, concedió este honor á los obispos de Roma, dándoles el nombre de *Pontífices universales?*” (1)

Y ahora hé aquí lo que Cesar Cantú dice hablando de Gregorio XI: “Fué un Pontífice modesto, virtuoso, sabio y liberal.” (2)

Urbano VI.

Jamas habia oido raciocinar tan torpemente como raciocina D. Juan Amador. ¡Jesus, esto es atroz! Oigámoslo y pidamos á Dios por él. “Si el Espíritu Santo, dice, interviniera en la eleccion de los Papas, jamas hubiera cismas.”—Eso, que ha repetido millones de veces, ya está contestado hasta el fastidio.—Adelante

(1) Bercastel, t. VIII p. 81.

(2) Hist. Univers. t. III p. 881.

“Y los supremos gefes de la Iglesia habrian sido cada vez mas santos: semejante aserto (el de que el Espíritu Santo interviene en la eleccion de los Papas) acusaria al mismo Dios de *impotencia, saber y bondad.*”

¿Se ha oido cosa igual? Seria Dios acusado de impotencia y ademas (oigase bien) *de saber y de bondad*. Pues ya se vé! ¡Cómo habia de ser Dios, un Dios sábio y bueno!

Y ahora ¿por qué quiere vd. que si el Espíritu Santo interviene en la eleccion de los Papas, estos han de ser cada vez mas santos? Pues si en la eleccion se trata no mas que de la eleccion, no de la santificacion.

Pero, objetará el Sr. Amador, ¿cómo no ha de ser un Papa santo, si lo elige el Espíritu Santo? Porque, no tiene duda, hay algunos Papas, que no solo no fueron santos, sino que fueron malos.

Le he ilado á vd. su argumento lo mejor que puede ilar-se. ¿Qué se responde? Que los católicos sostenemos que Dios asiste, y si vd. quiere, elige al Pontífice; pero que el hombre sigue hombre como siempre: que en los asuntos de fé y de costumbres, Dios ilumina su entendimiento; pero su corazon puede permanecer carnal y hasta culpable. Y esto no lo sorprenda no es una cosa que solo tiene lugar en el Pontificado. ¿No sabe vd. que hubo un profeta malo que anunció cosas buenas? ¿no se le alcanza á vd. que Dios bien puede valerse de instrumentos viles para cosas grandes? ¿qué bien puede hacer correr el agua mas pura por un canal de barro?

Dice vd., ademas, de Urbano VI, que era *orgullosa, violento, audaz, perverso*, todo lo que vd. usa decir sin probarlo: bueno es hacerlo constar frecuentemente: Fleury va á contestarle. “Fué doctor famoso en derecho canónico, humilde, devoto, desinteresado, gran enemigo de la simonía y celoso por la castidad y la justicia; pero se apoyaba demasiado en su prudencia y daba oídos á los lisongeros. Llevaba cilicio de dia y de noche, y ayunaba el adviento y desde sexagésima, ademas de los ayunos de obligacion. Todas las noches despues que se acostaba hacia que le leyeran la Biblia hasta que se durmiese y no perdía nunca tiempo.” (1)

(1) Fleury, t. XX

Haremos constar, como amantes de la verdad, que esta época de que venimos hablando fué asaz calamitosa para la sociedad y de grandes affixiones para la Iglesia. Por un encadenamiento de sucesos que seria largo referir, vinieron á quedar los ánimos de los fieles en una fluctuacion desgarradora sobre la legitimidad de los dos que se disputaban el trono pontificio, Urbano VI y Clemente VII. Los mas de los católicos obraban de buena fé y se adherian á este ó al otro, y hoy mismo no ha juzgado todavia conveniente la Iglesia el declarar cuál de los dos contendientes era el legítimo Pontífice. De entonces, ó poco antes, data el gran cisma de Occidente.

Para los que ven solo la superficie de las cosas, esa fluctuacion, esos escándalos, esos derechos no bien definidos, no bien claros de Urbano y Clemente, son cosas que atacan y confunden terriblemente á la Iglesia romana. Y sin embargo, bien visto todo eso, en nada perjudica á la verdad católica ni á la Santa Sede. La cuestion versaba sobre las personas, no sobre los principios: los principios quedaban en pié y á salvo en todo caso; y tan así era, que los fieles de una y otra obediencia, divididos en cuanto á la opinion por las personas, convergían hácia un centro de union, la Silla pontificia, cuya supremacia reconocian igualmente. Lo repetimos: en aquellas circunstancias no quedó rota la unidad católica. La opinion sobre los derechos oscuros de Urbano y Clemente, era una cuestion personal, que dividia mas ó menos á los fieles; pero sus creencias uniformes sobre la autoridad de la Silla romana, los retenia en la misma comunión y en la misma fé, y “subsistia por lo mismo la unidad de la Iglesia, dice Receveur, en fuerza de los principios, como subsiste en las vacantes del Papado.” (1)

Para terminar, debo rectificar lo que D. Juan Amador desfigura y mancha. El Papa Urbano no dió tormento por *simples sospechas* de una conspiracion contra su persona, á unos cardenales: la justicia procedió contra ellos, porque al Papa se le PERSUADIÓ que maquinaban apoderarse de su persona en un consistorio, condenar-

(1) Tom. IV p. 375.

o como hereje en virtud de la deposicion de los testigos y proceder á nueva eleccion. (1)

SIGLO XV.

Inocencio VII.

Fué digno del puesto que ocupó, y la Iglesia conserva su buena memoria, por haber sido este Papa de costumbres puras y muy instruido en el derecho canónico. (2) En la historia de su Pontificado nada se dice, á lo menos por los autores que he registrado, sobre la proposicion que le haya hecho Benedicto XIII de tener ambos una entrevista á que no juzgó conveniente acceder. (Ese es el crimen de que lo acusa el Sr. Amador) Pero sí hablan los historiadores del grande sentimiento que le causaron los desórdenes y asesinatos cometidos por su sobrino Luis, para impedir la conjuracion que de otra manera habria estallado en la ciudad de Roma. (3)

Gregorio XII.

El Sr. Amador tiene que optar por uno de estos dos extremos: ó por ignorante del todo en la historia de los Papas, ó por hombre de una mala fé sin igual. Hé aqui por qué. Dice “que Benedicto XIII no llegó á addicar, y que solo por hipocresia lo prometió sin cumplirlo nunca.”

Y sin embargo, si algun hecho hay muy conocido y consignado cien veces en la historia, es la renuncia que hizo del Pontificado, ante el Concilio de Constanza, que protegió el emperador Sigismundo. Sabido es que en este tiempo habia tres personas que se creían con derecho á la tiara: Benedicto XIII, Juan XXIII y Gregorio

(1) Recev. tom. IV p. 375.

(2) Beaufort, tom. IV, pág. 303.

(3) Id. tom. IV, pág. 305.

XII: sabido es igualmente que viviendo los tres concluyó el gran cisma de 50 años que había dividido á las naciones católicas, en cuanto á la persona que reconocían como Gefe de la Iglesia, con la eleccion de Martino V, eternamente memorable y de inmensa ventura para la cristiandad; porque la persona de ese illustre Pontífice reunió todos los votos y todas las voluntades, terminando un cisma que tan fatal había sido para las naciones. Amador ignora esto, y por eso dice que Gregorio estaba coludido con Benito para no abdicar. Abdicó, y muy formal y solemnemente, por poder que dió al Príncipe de Rimini y al Cardenal Ragusa, que lo representaron en el citado Concilio de Constanza. Luego que supo que había sido aceptada su abdicacion, enteramente espontánea, y solo por el laudable fin de poner término al cisma, llama á sus cardenales, y en su presencia, sin mostrar tristeza, se despoja de sus vestiduras pontificales, y declara que se somete enteramente al nuevo Papa que elija la Cristiandad. (1)

Alejandro V.

Acertada fué la eleccion que recayó en su persona para presidir la Iglesia, y ejerció, durante su Pontificado, las muchas virtudes de que estaba adornado, dando á conocer muy particularmente su caridad cristiana. Por la verdad que encierran, la historia recorrió aquellas palabras que alguna vez pronunció: "*Dives Episcopus, pauper Cardinalis, mendicus Papa, uti fuerat in prima etate.*" (2) Si fui rico siendo obispo, quedé pobre cuando cardenal, y ahora que soy Papa me hallo como un mendigo.

Convencidos están de esto aun los mismos enemigos del catolicismo. Así D. Juan Amador no lo acusa sino de las medidas extravagantes que dictó durante su Pontificado: cargo que se desvanece, advirtiendo que la que le parece mas extraña, la excomunion de Ladislao, se ha reputado una medida prudente y justa;

(1) Bercastel, tom. XVII.

(2) Bur. pág. 220.

supuesto que castigar y anatematizar al ladrón del patrimonio de San Pedro, nadie, fuera del autor de ese cuaderno que me ocupa, puede considerarla como una accion punible. (4)

Juan XXIII,

Fué Juan XXIII electo, segun el folleto de que me vengo ocupando, por los artificios de que se valió, apoderándose de los ornamentos pontificales, y exclamando ya revestido de ellos: "*Yo soy el Papa.*" Aunque por falta de las citas que debieron hacerse en "*El Despertador,*" no sabemos si esto fué tomado de Burio ó de algun otro libro, creemos no será innecesario advertir que Mr. Receveur, autor tan moderado y juicioso, asienta que la eleccion se verificó por diez y seis cardenales que procedieron á ella. (2)

En su Historia y en varias otras, se refieren como ciertos alguos de los delitos que el Sr. Amador enumera, exagerándolos como siempre y creyendo dirigir con esto un ataque á la Religion; sin atender á que Juan XXIII quizá no fué un verdadero Vicario de Jesucristo, toda vez que su eleccion fué hecha durante la vida de otros dos que se llamaban legítimos Pontífices, y sobre cuya cuestion ya dijimos algo al hablar de Urbano VI y Gregorio XII.

Debe advertirse que Baltazar Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII, conoció sus faltas y arrepentido las lloró á los piés del Sr. Martino V, reconociéndolo como el Pontífice único y verdadero. (3) ¿No es este un hecho que honra y vuelve agradable á los cristianos la memoria del referido Juan XXIII?

Martino V.

Tambien se ocupa el Sr. Amador del restaurador y padre de los

(1) Berault, tom. XV, pág. 153.

(2) Recev., tom. IV, pág. 417.

(3) Burio, pág. 223.

romanos, como lo llamaban estos y nos lo dice Bercastel, (1) de Pontífice sábio y prudente, que mereció se grabaran sobre su tumba estas palabras, que son la mas bella apologia de un hombre "*temporum suorum felicitas.*" *Fué la honra y la felicidad de su tiempo.* Pero nos felicitamos por habérsenos así proporcionado la ocasion de referir algunos de los muchos actos que honran el Pontificado de Martino V.

Fué este un hábil estadista y excelente diplomático que cortó con sus disposiciones la guerra civil que amenazaba destruir á la Italia.—Por su orden se reconstruyó y fué hermoseedada la ciudad de Florencia, é hizo en sus dominios tales mejoras, como gefe temporal de ellos, que serian necesarias largas páginas para enumerarlas una á una. Bástenos, pues, lo dicho; y hagamos saber al Sr. Amador, que no fué menos notable lo que este Papa practicó como cabeza de la Iglesia Católica, ora defendiendo sus inviolables derechos contra el rey de Aragon, cuando quiso disponer de los beneficios de la Cerdeña; ya publicando sus muy celebres y conocidos rescriptos pontificios, referentes á la reforma; ó ya finalmente, y oígalo el autor del folleto tantas veces citado, promoviendo, *para reunir las Iglesias griega y latina*, la celebracion de un concilio ecuménico en Constantinopla. (2)

¿Y á este hombre enviado por la Providencia para bien de los pueblos, lo coloca tambien el Sr. Amador entre los Papas indignos?

Eugenio IV.

El Sr. Amador halla razones para recriminar á este Pontífice, en el concilio de Basilea que lo depuso por *prevaricador, perjuro y fautor del cisma.*

Pero todo el mundo sabe la historia de ese concilio. Fué legitimamente convocado; pero cismáticamente concluido. La

(1) Tom. 17, pág. 228.

(2) Veáanse Recev., tom. 4, páginas 442 y 444, Beauf tom. 4 y Burio pág. 223.

Iglesia universal lo vió como una asamblea sediciosa en que se agitaron todas las malas pasiones, y en el que dieron los que la formaban el mas funesto ejemplo de rebelion contra el Supremo Gefe de la Cristiandad. La Iglesia, ora se la vea reunida en un concilio, ora esté dispersa por toda la tierra, es un cuerpo, cuya Cabeza es el Romano Pontífice. En el momento mismo en que un concilio, como el de Basilea, llevado de un espíritu de orgullo y de injustos pretextos, desconoce al Supremo Pastor de toda la Iglesia, es un conciliábulo, un cuerpo sin cabeza y sin autoridad ninguna por lo mismo.

Pero el Sr. Amador dice que no hay ni puede haber duda fundada respecto á la validez del concilio de Basilea.

¿Y qué razones dá? Las que dá siempre: su sola palabra. Oiga lo que dice el sabio Melchor Cano: «A la verdad admira la ceguedad de aquellos que quieren defender el concilio de Basilea, siendo manifiesto que aunque fué congregado al principio con el consentimiento de Eugenio IV, no obstante fué trasladado por él mismo, primero á Ferrara y despues á Florencia, donde se reprimieron los intentos de Basilea por la autoridad pública de la Iglesia. Ademas, la Iglesia tuvo por verdadero Pontífice á Eugenio despues de la sentencia de deposicion de Basilea, y despreció á Félix elegido en aquel Sinodo. ¿A qué viene, pues, sostener pertinazmente el concilio de Basilea? Paréceme que el que no conozca esto, no debe conocer absolutamente nada.» (1)

Vea el Sr. Amador cómo el concilio de Basilea no pudo deponer, y con razon, á este Papa.

Por lo demas, si bien es cierto que fué harto severo con la servidumbre, con los criados de su predecesor, [y éste es tambien el delito de que lo acusa el Sr. Amador] reclamándole el tesoro que se habia usurpado, tambien lo es, que lejos de encontrar la historia alguna otra falta en él, como las de que le acusan los muy pocos obispos de aquella reunion, y el autor de su *caricatura*, lo señala por Pontífice óptimo, de quien la congregacion de canónigos de S. Gregorio se expresó, diciendo, que era: *in pace gravis, in bello*

(1) De Locis theologicis, tom. 1, pág. 313.

pro Christi Ecclesia impiger, in injuriis patiens, Religiosorum amator, ac in eruditos viros munificus. (1)

Nicolás V.

Oímos una vez mas, y no nos sorprende, á un *enemigo del papado*, como se titula el mismo Sr. Amador, rindiendo homenaje á la virtud y á los grandes bienes que ha hecho el Pontificado. *Se ha colocado, dice, con razon (el Sr. Nicolás V) entre los mas virtuosos y mejores Papas que la Iglesia haya tenido.»*

Eso decimos nosotros: ha tenido la Iglesia muy virtuosos y muy buenos Papas. No era eso lo que vd. habia dicho. Si no recordamos mal, no es, dijo vd., el Papado, mas que *una dinastía de demonios*. ¿Nos vamos, pues, enmendando? ¿Es que en vd. ha de cumplirse, como en todos los enemigos de la verdad, el que sin pensar se descubren alguna vez para saludarla? ¿ó es esa confesion una *tretilla* para recomendarnos de imparciales?

Pregunta vd. ¿por qué no ha sido canonizado el Sr. Nicolás V? ¡Oh, Sr. Amador: si hubieran de canonizarse todos los que viven y mueren santamente en la Iglesia católica, seria negocio de nunca acabar! Y es, ademas, tan circumspecta, tan exigente, tan económica la Iglesia en materia de canonizacion, examina las cosas tan maduramente, que no, no á todos los que son virtuosos y buenos los canoniza!

Calixto III.

Para infamar su memoria, nos cuenta el Sr. Amador que este Papa debió el capelo al rey D. Alfonso V, con quien, dice, se mostró despues ingrato.—No, señor historiador, no es esto exacto. El cardenalato lo obtuvo Calixto III por sí mismo, por sus eminentes virtudes, por sus profundos conocimientos y por ser, como le lla-

(1) Burio, pág. 225.

mó Pio III, «el excelentísimo entre todos los de su edad en la ciencia de las leyes.» Por todo esto, el mencionado rey lo llevó á su consejo para aprovecharse de sus luces; de allí pasó á ser cardenal y despues Pontífice romano.

Como tal, fué Calixto III, segun lo asienta Platina, (1) tan grave y sincero, que jamás dirigiria palabras de lisonja: gobernó la Iglesia con suma dignidad, impidiendo toda usurpacion al mismo Alfonso, sin mancharse con la nota de ingratitud, porque fiel guardian del tesoro que Dios le confiara, debia conservar á toda costa y sin consideraciones de ningun género, las prerogativas de la Iglesia, á cuya frente habia sido puesto. Es cierto que se opuso á la sucesion de Fernando; pero atiéndase que, íntimo conocedor del reino y de los secretos de Alfonso, comprendió tal vez que la sucesion del hijo natural de este, seria nociva á sus súbditos y á la Iglesia misma.

Por lo que respecta á la *ambicion* de este Papa, oígase lo que, hablando de él, nos refiere el anotador de Bercastel: “Su conducta ejemplar le hizo admirar en Roma; no habia cardenal mas humilde, mas *desinteresado*, mas sábio. El Papa Eugenio IV y sus sucesores, le instaron para que admitiera otros obispados mas pingües; pero Borja respondia que no queria mas que una esposa, y esa virgen.” (2) Y si dejó ciento cincuenta mil escudos en sus arcas, tenian estos un objeto muy noble: la guerra de la civilizacion contra la barbarie, la reduccion del imperio otomano.

Pio II.

Solo hay una verdadera grandeza: la del hombre que conociendo sus errores los abjura y abraza la verdad. Solo D. Juan Amador condena al *eterno oprobio* al Pontífice, historiador y poeta que, imitando á David, Pedro y Agustin, conoce y se separa y detesta sus

(1) In vita Ciacon, lib. 1. °

(2) Tom. XVIII, pág. 270.

pro Christi Ecclesia impiger, in injuriis patiens, Religiosorum amator, ac in eruditos viros munificus. (1)

Nicolás V.

Oímos una vez mas, y no nos sorprende, á un *enemigo del papado*, como se titula el mismo Sr. Amador, rindiendo homenaje á la virtud y á los grandes bienes que ha hecho el Pontificado. *Se ha colocado, dice, con razon (el Sr. Nicolás V) entre los mas virtuosos y mejores Papas que la Iglesia haya tenido.*»

Eso decimos nosotros: ha tenido la Iglesia muy virtuosos y muy buenos Papas. No era eso lo que vd. habia dicho. Si no recordamos mal, no es, dijo vd., el Papado, mas que *una dinastía de demonios*. ¿Nos vamos, pues, enmendando? ¿Es que en vd. ha de cumplirse, como en todos los enemigos de la verdad, el que sin pensar se descubren alguna vez para saludarla? ¿ó es esa confesion una *tretilla* para recomendarnos de imparciales?

Pregunta vd. ¿por qué no ha sido canonizado el Sr. Nicolás V? ¡Oh, Sr. Amador: si hubieran de canonizarse todos los que viven y mueren santamente en la Iglesia católica, seria negocio de nunca acabar! Y es, ademas, tan circunspecta, tan exigente, tan económica la Iglesia en materia de canonizacion, examina las cosas tan maduramente, que no, no á todos los que son virtuosos y buenos los canoniza!

Calixto III.

Para infamar su memoria, nos cuenta el Sr. Amador que este Papa debió el capelo al rey D. Alfonso V, con quien, dice, se mostró despues ingrato.—No, señor historiador, no es esto exacto. El cardenalato lo obtuvo Calixto III por sí mismo, por sus eminentes virtudes, por sus profundos conocimientos y por ser, como le lla-

(1) Burio, pág. 225.

mó Pio III, «el excelentísimo entre todos los de su edad en la ciencia de las leyes.» Por todo esto, el mencionado rey lo llevó á su consejo para aprovecharse de sus luces; de allí pasó á ser cardenal y despues Pontífice romano.

Como tal, fué Calixto III, segun lo asienta Platina, (1) tan grave y sincero, que jamás dirigiria palabras de lisonja: gobernó la Iglesia con suma dignidad, impidiendo toda usurpacion al mismo Alfonso, sin mancharse con la nota de ingratitud, porque fiel guardian del tesoro que Dios le confiara, debia conservar á toda costa y sin consideraciones de ningun género, las prerogativas de la Iglesia, á cuya frente habia sido puesto. Es cierto que se opuso á la sucesion de Fernando; pero atiéndase que, íntimo conocedor del reino y de los secretos de Alfonso, comprendió tal vez que la sucesion del hijo natural de este, seria nociva á sus súbditos y á la Iglesia misma.

Por lo que respecta á la *ambicion* de este Papa, oígase lo que, hablando de él, nos refiere el anotador de Bercastel: “Su conducta ejemplar le hizo admirar en Roma; no habia cardenal mas humilde, mas *desinteresado*, mas sábio. El Papa Eugenio IV y sus sucesores, le instaron para que admitiera otros obispados mas pingües; pero Borja respondia que no queria mas que una esposa, y esa virgen.” (2) Y si dejó ciento cincuenta mil escudos en sus arcas, tenian estos un objeto muy noble: la guerra de la civilizacion contra la barbarie, la reduccion del imperio otomano.

Pio II.

Solo hay una verdadera grandeza: la del hombre que conociendo sus errores los abjura y abraza la verdad. Solo D. Juan Amador condena al *eterno oprobio* al Pontífice, historiador y poeta que, imitando á David, Pedro y Agustin, conoce y se separa y detesta sus

(1) In vita Ciacon, lib. 1.º

(2) Tom. XVIII, pág. 270.

faltas, revistiéndose, al entrar en el Pontificado, del hombre nuevo, de Pio II, para dejar el antiguo, Eneas Silvio Nicolomini; porque comprende la vanidad de la gloria humana, y se convence de que si el segundo lo hizo grande entre sus discípulos, el primero lo immortalizará ante el mundo entero y, sobre todo, le dará la verdadera felicidad. Tal es el comun sentir de los hombres, y por esto compadecemos al Sr. Amador cuando quiere *ocultar de vergüenza* á este Pontífice que debia tomar por modelo, dando así una prueba de que no es, como hasta aquí nos ha parecido, un hombre que sostiene de mala fé el error.

Paulo II

Es este uno de los Pontífices contra quien mas injurias acumuló D. Juan Amador. Para refutar ó confesar con sinceridad las gravísimas faltas de que lo acusa, registré, con el mayor cuidado, todos los historiadores eclesiásticos que me parecieron mas imparciales, y en ninguno encontré confirmado que este Papa fuera el monstruo que describe Amador en su folleto. Hallé, sí, que fué amante de las esterioridades que se han hecho necesarias para dar prestigio á la autoridad. Mas ningun escritor dice de Paulo II que haya tenido los mas degradantes vicios, como lo cuenta el folleto, tomándolo de la "Historia de los Papas," escrita por Platina. Pero para que no ignore D. Juan Amador, la fé que merece el dicho de ese escritor, me permito copiarle el siguiente párrafo de Receveur. "El historiador Platina denigra la memoria de este (Paulo II) á quien tacha, entre otras cosas, de avaricia, amor del fausto, cuidado excesivo del adorno y odio á los sábios. Pero estas imputaciones, algunas de las cuales están formalmente desmentidas ya por otros testimonios, ya por hechos incontestables, deben parecer todas sospechosísimas en un autor que descubre sin cesar su odio y espíritu de venganza contra Paulo II." (1)

(1) Tom. IV, pág. 542.

Aquí se tiene destruida esa acusacion sin fundamento que se dirigió á este Pontífice; y debo advertir al Sr. Amador, que nos engaña al decir que su muerte fué ocasionada por un *hombre á cuya esposa habia ultrajado*. Lea á Berault, Beaufort y Receveur, y allí encontrará que, á causa de un terrible ataque apoplético, falleció el 28 de Julio de 1471. ¿Cómo, pues, mentir tan sin rubor?

Sixto IV.

Parece imposible que haya quien ultraje tan soezmente á un hombre de las virtudes y el mérito de Sixto IV. Ese Pontífice cuyo nombre se vé hoy grabado todavía por todas partes en la ciudad eterna; el sábio que ilustró al mundo con sus escritos; que protegió á las ciencias y á las letras; el que fué generoso y liberal como ningun príncipe; el que por su penetracion en los negocios de gobierno y su espedicion asombrosa para despacharlos, ocupa un lugar distinguido entre los hombres de Estado, y el que, en fin, por la pureza de sus costumbres y sus eminentes virtudes, es mirado con respeto por los propios enemigos de la comunión católica; hoy es insultado, de la manera mas brutal que puede imaginarse, por D. Juan Amador.

Vacilo en si deba escribir aquí la injuria que le hace, porque temo faltar á los hombres de bien y faltarme á mí mismo. Hay cosas que no me espanta el oirlas; pero sí me indigna el que se le digan á nadie, y menos á un hombre virtuoso. En el mundo, si alguna vez descubro mi cabeza con gusto, es ante la virtud. Por eso me descubro ante Sixto IV y denuncio ante los hombres honrados al que ha dicho de él que *durante los meses de Julio y Agosto, á causa del calor abrasador, dió licencia de que se practicara el nefando crimen de sodomia y que estableció casas públicas de prostitucion*.

No trato de responder á eso. Estimo en algo mi dignidad de hombre para ir á tocar ese lodo: quiero solamente añadir que de este Pontífice dicen los historiadores que con las solas piedras

donde los romanos, por gratitud, escribieron su nombre, habria para construir un palacio; quiero recordar que el magnifico puente del Tiber se llama todavia puente de Sixto IV; que levantó un templo; que embelleció á Roma; que enriqueció la biblioteca del Vaticano con las obras que mas honran al ingenio humano, y que bajó al sepulcro en medio de las bendiciones, de las lágrimas de los pobres.

Si nada de esto supiere el Sr. Amador, y no me cree, vea á Receveur tom. IV, pág. 561, y á Bercastel tom. XIX, pág. 64. Le he dicho que yo no referiré las cosas, como él, sin probarlas, y hasta aquí he cumplido mi palabra.

Inocencio VIII.

Dice D. Juan Amador que Inocencio VIII no fué elevado á la dignidad pontificia por una vida ejemplar; puesto que tenia *hijos naturales*.—¡Mentira! Si tenia hijos, fueron habidos en matrimonio, porque fué casado.—Que trataba de destronar al rey de Nápoles.—¡Calumnia! Lejos de eso, aseguró la sucesion de ese rey por una bula de 4 de Julio de 1492.—Que lo excomulgó por miras políticas.—¡Error! Lo excomulgo despues de repetidas, corteses é infructuosas amonestaciones, porque dejaba de pagar el tributo que debía á la Santa Sede.—Que concedió á los sacerdotes de Noruega decir misa con una sola especie. ¡Fábula! “*Falsum enim et fabulosum est, dice Ferraris, (1) quod Inocentius VIII dispensaverit cum Noruegis, ut in una tantum specie consecrarent.*” Los otros hechos que desmienten lo que dice D. Juan Amador, pueden verse en Beaufort, tom. V, en Bercastel, tom. XIX y en Receveur, tom. IV.

(1) Bibliotheca, in verb. *Vireum*, núm. 20.—En la palabra *Sacrificium*, núm. 34, se halla toda la narracion circunstanciada de esa fábula, su autor, el éxito que tuvo ese cuento y mil otras curiosas noticias.

SIGLO XVI.

Alejandro VI.

¿Hé aquí una cuestion ¿Alejandro VI fué un hombre que tuvo, segun refiere algun historiador, faltas, crímenes tal vez, un Pontífice que no ha dejado un buen nombre en el mundo?

¿Son ciertos los hechos que refiere D. Juan Amador?

La exageracion, el espíritu de partido y el ódio, sobre todo, á la Iglesia católica, han hecho de Alejandro VI, un hombre que, si fué malo, se reputa doblemente malo de lo que fué. Comunmente no se ve la historia para juzgarlo: muchos de los que hablan de este Pontífice, no han visto de él mas que lo que dicen las novelas, la de El Conde de Montecristo, de Dumas, ó cualquiera otra, y ya con eso se creen autorizados para pronunciar un fallo irrevocable contra el *monstruo feroz*, como lo llama el Sr. Amador. Hoy dia muchos de esos terribles cargos, los mas, que hacen sus enemigos á este Pontífice, están contestados por la crítica imparcial; están desvanecidos ante el tribunal de la razon y de la historia.

La historia, antiguamente, era una fria é impasible narradora, que no analizaba los hechos: hoy la filosofia de la historia es un estudio que ha venido á darnos luz sobre muchos sucesos y sobre muchos hombres, que, ó no se conocian, ó se conocian mal. Tengo á la vista una obra de un crítico moderno, dotado de grande ilustracion y de un espíritu verdaderamente analítico, y en ella se encuentra un exámen crítico de las acciones de Alejandro VI. Voy á exponer sustancialmente lo que dice en defensa de este Papa, para que la verdad recobre su imperio.

Hace ver, ante todo, que al subir al Pontificado Alejandro, Roma, como reino temporal, no existia mas que de nombre: ciertas familias de los patricios mas poderosos habian acabado por usurpar el patrimonio de S. Pedro y por hacer de la Ciudad eterna una

morada de foragidos. Mas á penas toma Alejandro las riendas del poder, la abundancia, la seguridad y todo renace en Roma, y ya nadie corre riesgo de morir de hambre, ó á manos de bandidos. A Inocencio VIII, su antecesor, no le faltaba voluntad para remediar esos males y poner dique á esos exarcas, á esos reyezuelos que, estando á las puertas de la misma Capital, hacian imposible toda justicia y todo bienestar público. Tenia Inocencio una alma muy bella, es verdad; pero un cuerpo muy débil y enfermizo. Bajo el gobierno de Alejandro VI, gobierno de energía y de suavidad á la vez, el pobre como el rico podian estar seguros de hallar jueces en Roma: el pueblo, los soldados, los ciudadanos, eran sumamente entusiasmados por el Pontífice, porque poseia cualidades verdaderamente regias.

Por la noche Alejandro no dormía mas que dos horas: pasaba por la mesa como una sombra, sin detenerse nada: nunca rehusaba oír la súplica del pobre; pagaba de su tesoro las deudas de los acreedores, desgraciados y se mostraba inexorable contra la prevaricación.

Para juzgar bien una vida en que muchas veces se mezcla la sombra con la luz, no hay que atenerse á los pasquines de un poeta como Sannazar, cuyos epigramas, por otra parte, están hoy despreciados; mucho menos al testimonio de Guichardin, que, como verdadero florentino, no disimula su odio contra los Borja; menos todavía al "Diario" de un alemán, que, como buen teuton, trata siempre de hallar defectos en el hombre del Mediodía. No se olvide que en los tiempos que alcanzó Alejandro, la poesía hacia frecuentemente las veces de historia, y el epigrama el oficio del puñal.

La posteridad ha hecho ya justicia á muchas de las acusaciones que se hacian contra la memoria de este Papa. Voltaire, el mismo Voltaire, en su Disertacion sobre la muerte de Enrique IV, lo defiende del envenenamiento del Cardenal Corneto, que le imputa Guichardin. El autor de la "Galeria Universal" se rió de todas esas escenas de sangre á que Burchard quiere hacerlo asistir. Roscades, anglicano, no dá crédito, fundado en buenas razones, á ese comercio incestuoso que *el gran diarista* de la época quiere que tuviera con la bella Lucrecia. Muratori, embajador de Ferrara en Ro-

ma, ha demostrado que la muerte del Pontífice no fué ocasionada, como cuenta Gordon, por el veneno que Alejandro mismo preparaba á ciertos cardenales, y un crítico moderno, Matías, ha reducido á la nada la absurda mentira de que fué el envenenador de Gem, hermano del sultan Bayaceto, cuando la verdad es que murió de disenteria en el campamento mismo de Cárlos VIII.

No se ha fijado, como se debiera, la atención sobre una grande acción de este Pontífice, y es el llamamiento que hizo á la cristiandad para rechazar á los turcos, que amenazaban arrojarse sobre el Occidente, y cuyo triunfo habria costado, entre otras pérdidas inmensas, la pérdida de las letras.

La fuente de donde han bebido los que lo acusan, es un diario escrito por un tal Burchard, diario ininteligible, indescifrable, del que se burla Voltaire, y del cual dice Páris de Grasís—que mas bien parece escrito por la uña del diablo, que por mano humana.—Y es lo mas notable, que este manuscrito póstumo, que su autor no destinaba á que viera la luz pública, fué descifrado por un protestante, como mejor le convino (1).

Ahora bien: no quiero negar que Alejandro VI haya tenido faltas: dije, y lo repito aquí: "que donde quiera que halle una mancha la confesaré," porque eso no empaña en nada el lustre del Pontificado. Pero apelo á todo hombre de buen criterio ¿qué crédito merecen esas inculpaciones que hizo á este Pontífice un poeta de pasquines, como Sannazar, cuyos disticos copia y nos da por historia D. Juan Amador? ¿Qué autoridad tiene ese diario indescifrable, escrito por un alemán, enemigo del Pontífice, y descifrado por otro enemigo del Papado? Y sin embargo, esas son las fuentes de donde parten las acusaciones que se hacen á Alejandro VI.

Por lo demas, ya ve el Sr. Amador lo que valen esos supuestos crímenes del envenenamiento del hermano de Bayaceto; del que se preparaba á los cardenales, y del mismo de Alejandro. Si Voltaire mismo se ha reido de esos cuentos, ¿querrá todavía el señor

(1) Véase á Audin. Histoire de Leon X. et de son siecle.

Amador que los creamos? Abandono con la mas completa confianza las observaciones anteriores á todo hombre juicioso, y no dudo que dirá de Alejandro VI lo que dice Audin: *Le pape á fait des oeuvres admirables: nous le revendiquons au nom de la verité; l'homme est tombé souvent de bien haut; comme catholique nous pleurons amèrement ses chutes.*

Julio II.

Julio II fué un gran Papa y un gran rey: solo los escritores como D. Juan Amador, que ven á los hombres y á las cosas al traves de su ciego furor por todo lo que pertenece al catolicismo, pueden decir de este Pontífice que fué cruel, sanguinario, de conducta relajada, y otra vez *monstruo feroz* como dijo de Alejandro VI. La historia y la critica lo juzgan de otro modo que sus innobles enemigos: "Julio II, electo por unanimidad de votos para suceder á Pio III, debia ser el Moises de la Italia. No conocemos en la historia un hombre predestinado á llevar una corona, que reuniese, como Julio II, todas las cualidades que hacen grandes á los reyes. Estraño á todo manejo hipócrita, sabia ir de frente y sin temblar hácia los mas difíciles proyectos que concebía su grande alma, y sabia al mismo tiempo ser prudente cuando se trataba de realizarlos: su determinacion era siempre pronta; pero siempre calculada. Era sufrido en el infortunio, valiente en el peligro, misericordioso en la victoria. Podeis imaginarlo rodeado de cuantas grandezas querais: él cumplirá dignamente las miras de la Providencia. Encomendadle un ejército como el que puso á sus órdenes Sixto IV, su tio, contra los revoltosos de la Umbria, y se batirá como un héroe, y será el padre de sus soldados: ponéd en sus manos el cincel del escultor y animará el mármol, haciendo un David parecido al de Miguel Angel; y si por fin, lo colocais en un trono, llevará á cabo cuanto de mas maravilloso han intentado los grandes reyes." (1)

(1) Audin.

Ya lo oye el Sr. Amador: Julio II no fué un *monstruo feroz*, cruel, sanguinario y aborrecido: fué un rey prudente, generoso, amante de la justicia y de la gloria.

Y Julio II fué aun mas gran Papa que gran rey. "Si para ser Papa es preciso saber proteger los derechos de la autoridad amenazada por algunos cardenales cismáticos, defender en un Concilio la doctrina apostólica; no llamar á su consejo mas que hombres de ciencia y de piedad; dar al mundo el ejemplo de una castidad de costumbres *irreprochables*, velar sin cesar por la administracion de justicia, guardar la fé jurada, perdonar á sus enemigos, confiarse á Dios en el infortunio, dar limosnas, amar á los pobres, distribuir bien el tesoro público sin llevar al suyo ni un dinero, y por fin morir, como muere un buen cristiano; Julio II fué digno de llevar la tiara." (1)

No dejaré pasar desapercibida una de las garrafales mentiras de D. Juan Amador, al hablar de este Papa, y es que se *resistió siempre á convocar un Concilio*: disolvió en primer lugar el concilio-bulo de Pisa y convocó el Concilio de Letran. (2)

No son, pues, mas que calumnias las de D. Juan Amador.

Leon X.

El hombre que no tiene ni para Leon X una palabra de elogio, no tiene corazon ni tiene alma. Lo bello, lo sublime, lo grande, es nada para ese espíritu disecado y frio, para ese corazon gastado por la rabia y el rencor. Aunque yo no fuera católico, amaría á Leon X y rendiria á su memoria pleito homenaje. ¿Sabéis por qué? Porque yo amo las letras y las artes, y Leon X dió su propio nombre á su siglo, restaurando aquellas y protegiendo estas. Todo fué espléndido, magnifico en este Pontífice. La Ciudad eterna presentaba el mas esplendente espectáculo que puede contemplar la inteligencia humana. En torno de Leon X acudia

(1) Audin.

(2) Bull. tom. 2 Jul. Const. 17.

todos los días una multitud ilustre de pintores, escultores, poetas y humanistas, Miguel Angel, Rafael, Andres del Sarto, Bembo, Sodaleto, Maquiavelo, Gucciardin, Paulo Jove, y todos los que habian cultivado con aprovechamiento su ingenio. (1) "Todo se descubria allí á un tiempo, artistas, filósofos, grandes señores, monarca y pueblo. El pueblo de Florencia con la cabeza descubierta y ramos de oliva en las manos, acompañaba procesionalmente una virgen de Cimabue que acaba de hallarse en Ferrara, unos braceros repetian las estrofas de Orlando, y los salteadores de los Apeninos se inclinaban ante el Ariosto en señal de respeto.... Venecia, Ferrara, Milan, Bononia, Parma, Florencia y Roma, cada ciudad de Italia, era un foco de ilustración y de ciencia, qui iba iluminando con su llama el mundo entero." (2)

¡Y este movimiento, y este impulso, lo imprimia el genio de Leon XI! ¡Y ese genio, y ese rey de la literatura, es insultado por D. Juan Amador! No hallando qué decir de él, lo llama ateo. ¡Ateo! Un artista no puede ser ateo: la inspiracion, el amor, el sentimiento, la gloria solo germinan en un corazon creyente.

Lo calumnia diciendo, ademas, que vendió las indulgencias con pretexto de emplear su producto en la conclusion del Vaticano y de su propio tesoro. — ¡Oh no sabeis lo que decís! No vendió las indulgencias, *concedió indulgencias* á todos los pueblos de la cristiandad que cooperaron con sus donativos, no para la *conclusion del Vaticano*, sino para los gastos de la guerra que hacia la civilizacion contra la barbarie, las naciones cristianas contra Selim, el orgulloso sultan que las desafiaba. Si, concedia indulgencias para eso y para la conclusion de esa obra, honor del genio, orgullo de los católicos y gloria de Julio II y de Leon X: la Iglesia de San Pedro en Roma (3).

Qué fué, lo que decís siempre, instigador de guerras y alborotador y pérfido.

No fué sino el mas gran político de su tiempo; el que termi-

(1) Beaufort tom. 5.

(2) Histor. de Lutero por Audin, tom. 1.

(3) Beacastel t. 19

no las desavenencias de los reyes, como cuando reconcilió á Enrique VIII y Luis XII de Francia, y el que engrandeció á la nacion que gobernaba. — Y por fin, decís que aceleró con su conducta y sus declamaciones, la escision de la Iglesia, exacerbando los ánimos de los protestantes. — Lo repito: calumnias, ó no entendeis nada en achaque de historia. Todo el mundo sabe, menos el Sr. Amador, que Leon X, de carácter naturalmente dulce, luchó mucho tiempo con su propia conciencia y con los consejos de los que formaban su corte, antes de determinarse á expedir la bula de condenacion contra Lutero y los reformadores: que se valió de cuantos medios le sugeria su gran talento para atraer al heresiarca á la unidad católica; que se dignó hacerle un llamamiento, una citacion á Roma, expensando el tesoro pontificio los gastos del viaje, y solo cuando vió que todo era en vano, publicó la referida bula, sin acrimonia, como á su pesar, en fuerza solo de su deber. "Cuando apuré todos los tesoros de su longanimidad, dice Beaufort, fué preciso que cogiese el callado del pastor é hiriese á la oveja rebelde."

Paulo III.

Con el mayor cuidado he visto lo que escribieron sobre este Pontifice, Guillermo Burio, Berault Bercastel, Beaufort, Receveur y César Cantú, y en ninguno he encontrado ni una palabra, ni una insinuacion siquiera sobre ese cúmulo de crímenes de que lo hace autor y responsable D. Juan Amador. Y como al asentar esas inculpaciones, no aduce pruebas de ningun género, ni cita mas autoridad que la suya propia, estamos en nuestro derecho para llamarlo, como lo llamamos, calumniador, por mas que quisieramos evitar la dureza de la palabra. Lejos de haber sido este Pontifice lo que supone D. Juan Amador, la historia, (y entiendo por historia, no el dicho de cualquier escritor-zuelo, sino el dicho unánime de hombres tan respetables, nada afectos algunos de ellos á los papas, como los que acabo de citar)

la historia, digo, ha inmortalizado el nombre de Paulo III. Un solo hecho de su pontificado es bastante para que se haya cubierto de gloria: la convocación del Concilio de Trento, de esa asamblea, la última y mas grande que han presenciado las edades, por el objeto que tuvo y por sus resultados de inmensa trascendencia. ¿Sabéis que motivos tuvo Paulo III para convocar ese Concilio? Los legados del Papa lo manifiestan desde la primera sesión, celebrada en 13 de Diciembre de 1545: *la extirpación de la herejía; el restablecimiento de la disciplina eclesiástica; la reforma de las costumbres y la paz de la Iglesia.*

Quizá ningún pontífice ha hallado, al subir á la cátedra de San Pedro, una situación tan difícil. Había que pacificar los imperios, contener los avances de la reforma y reconstituir fuertemente la unidad católica, que parecía pronta á romperse. “Mas por fortuna, dice Beaufort (1) se encontró un hombre que tuvo bastante talento para concebir tan grandes pensamientos, y bastante valor para ejecutarlos: este hombre fué Paulo III.”

Se unió, es verdad, por algun tiempo, con Carlos V; pero no para perseguir á los protestantes, como asienta D. Juan Amador. “Concluyó, dice el mismo Beaufort, una alianza entre los venecianos y Carlos V *contra los turcos*, y logró reconciliar á este rey con el de Francia.”

Otro de los sucesos mas gloriosos del reinado de Paulo III, y que de *tan fatales consecuencias* parece á D. Juan Amador, fué el instituto de los Jesuitas. (2) ¡“Qué admirable contraste con la tendencia de aquella época, dice Ranke, historiador protestante. Así cuando de todas partes se levantan contra el Papa la resistencia y el espíritu de exámen, se consagra espontáneamente á su servicio una compañía llena de celo y entusiasmo.”

(1) Tomo 5.

(2) Le aconsejo á D. Juan Amador que si quiere conocer verdaderamente á los Jesuitas, á quienes aquí tambien calumnia, no los estudie en las novelas de Eugenio Sile, sino en “Clemente XIV y los Jesuitas,” obra escrita por Cretineau Joly, donde hallará cuanto puede desear la crítica mas exigente; y luego juzgue.

“Paulo III, dice Bercastel, por mas que hayan escrito contra él una multitud de censores, ya émulos, ya heterodoxos, será reputado, segun el testimonio *mas cierto de sus obras*, por un Pontífice de mucho acierto en los consejos y de grande energía en las resoluciones, igual en todos los acontecimientos, noble en sus inclinaciones, afable en sus modales, amante de las letras, aprovechado en ellas y siempre dispuesto á premiar el mérito.”

Aunque habria mucho mas que decir acerca de las prendas que adornaban á este Pontífice, es preciso limitarme á lo referido, por ser breve en cuanto es posible: y solo añadiré que, aunque no sé á qué venga insertar en el retrato de Paulo III la bula de condenación de Lutero, que expidió Leon X; forma ese documento, sin imaginárselo siquiera D. Juan Amador, un argumento contraproducente. Ya que no tuvo la *habilidad* de colocarlo donde correspondía, ya que venga ó no venga al caso, lo inserta al hablar de Paulo III, ¿no ve que ese es un testimonio glorioso de la bondad de corazón, de la caridad, de la prudencia de que estaba animado Leon X hácia Lutero, en contraste con las notas que este hizo á la citada bula, en que se deja ver todo lo soez, todo lo grosero, todo lo rabioso que era el fraile apóstata? Verdaderamente sois un pésimo abogado, Sr. Amador. Os proponiais *atacar* á Leon X ó á Paulo III; no sabéis ni á quien, y recomendar á vuestro maestro: y hé aquí que dejáis por los suelos á Lutero y glorificáis á Leon X. Para vuestro consuelo, debo deciros, que no es la primera vez que el error y la mentira, pagan, á su pesar, homenaje á la justicia y á la verdad.

Julio III.

“Julio III, dice Receveur, (1) descendia de una familia oscura de la Villa del Monte en Toscana, de donde se apellidó Del Monte, á ejemplo de un tio suyo, tambien cardenal. Fué presidente del Concilio de Trento y adquirió mucha fama por su talento y habili-

(1) Tom. V, p. 43.

dad para los negocios; mas el haber dispuesto del primer capelo en favor de un jóven desconocido, que no tenia otro mérito que su proteccion, debilitó bien pronto el concepto formando de su prudencia y capacidad." Lo mismo dicen los demas historiadores.

Y he aquí que una cosa que nada tiene de extraño, que se vé todos los dias, una proteccion hácia una persona, es juzgada por por D. Juan Amador de la manera mas temeraria y villana. Es necesario tener una alma en que se abriguen los mas malos pensamientos, para sospechar de todo, para atravesarse á estampar una calumnia tan inmundada, como la que ha inventado ese libelista. Julio III sacó de la nada á un hombre, lo colmó de beneficios como no merecia, es cierto, lo vió como un padre á su hijo, y nada mas.

¿Qué hay en eso de extraño? Llamadlo, si quereis, una debilidad; pero si os adelantais á creer otra cosa, cuando nada mas dice la historia, ¿no haceis que á vos mismo se os juzgue como hombre de ideas muy ruines? Basta: esa clase de calumnias, si á alguno infaman, es á quien las hace.

¿Y cómo no habla el Sr. Amador del empeño y celo de este Pontífice porque el Concilio de Trento continuara sus sesiones, á fin de conseguir los grandes fines con que habia sido convocado? ¿Cómo no habla de sus trabajos para reconciliar á la Inglaterra con la Santa Sede, como lo consiguió; del homenaje que le rindió el Patriarca de Asiria, de las muestras que dió de juez íntegro é inexorable en el ruidoso asunto del asesinato del Cardenal Martinuccio, ni de nada, en suma, mas que de suposiciones gratuitas é interpretaciones impropias de un espíritu noble y bien intencionado?

Paulo IV.

Cuando se escribe, lleno el pecho de odio, como escribe D. Juan Amador, nada es capaz de hacer abrir los ojos, ni las acciones mas gloriosas, ni los hechos mas notorios, ni el juicio de la posteridad: nada: esa pasion innoble todo lo desfigura y todo pretende mancharlo con su impuro aliento. Paulo IV, fué un hombre cuya vi-

da se reasume en estas breves frases: Como italiano, amó, cual nadie ha amado, la libertad y el engrandecimiento de Italia: como Pontífice, procuró, como pocos de sus predecesores, el acrecentamiento de la fé cristiana y la reforma de las costumbres. Esta era su divisa y su exclamacion constante: ¡reforma! ¡reforma!—Y sin embargo de que así ve el mundo desfilar á este grande hombre, á la voz de la historia, D. Juan Amador lo llama *inhumano, dragon, astuto, odioso, imbécil*.—Dice que se declaró enemigo de algunas casas reinantes.—No, no se declaró enemigo mas que de la dominacion extrangera, que habia hecho de una gran parte de la Italia, unos pueblos de esclavos. Paulo IV habia nacido en el siglo XV, en que la libertad de su patria despedia los mas vivos resplandores, y cuando sube al trono Pontificio, con un corazón ardiente y una voluntad de hierro, resuelve como rey y buen italiano, trabajar sin descanso por la independencian, y la libertad y la gloria de la Italia. Esa fué, Sr. Amador, la causa de la poca armonía que reinó entre él y Carlos V, el Austria y la poderosa España de aquel tiempo. No se declaró enemigo de ese emperador, porque no pudo sufrir el verse su vasallo. Nadie podia avasallar á Paulo IV: los vasallos eran los italianos, y por ellos, y por libertarlos, van á derramar su sangre las tropas del Papa. Si amar la libertad, el engrandecimiento y la independencian de la patria, es un crimen, el Sr. Paulo IV tuvo ese crimen, Sr. Amador.

Decís en ese estilo tan bello que usais: *que el duque de Alva lo redujo á pedir misericordia y á que le costara muy cara la fiesta*. ¿Qué mal conocéis á Paulo IV y al duque de Alva! y sobre todo, ¿qué mal habeis estudiado la historia! Pasó todo lo contrario de lo que decís. «Se convino, dice el conde de Beaufort, en que el duque de Alva iria á dar satisfaccion á Paulo IV, en nombre del rey católico.» (1) Y el valiente capitan y fervoroso católico, dobló sus rodillas ante el Papa-rey.

Lo acusais tambien de que fué amigo del nepotismo. Es cierto que confió á sus parientes empleos muy distinguidos en los asun-

(1) Tom. 5, pág. 117.

dad para los negocios; mas el haber dispuesto del primer capelo en favor de un jóven desconocido, que no tenia otro mérito que su proteccion, debilitó bien pronto el concepto formando de su prudencia y capacidad." Lo mismo dicen los demas historiadores.

Y he aquí que una cosa que nada tiene de extraño, que se vé todos los dias, una proteccion hácia una persona, es juzgada por por D. Juan Amador de la manera mas temeraria y villana. Es necesario tener una alma en que se abriguen los mas malos pensamientos, para sospechar de todo, para atravesarse á estampar una calumnia tan inmundada, como la que ha inventado ese libelista. Julio III sacó de la nada á un hombre, lo colmó de beneficios como no merecia, es cierto, lo vió como un padre á su hijo, y nada mas.

¿Qué hay en eso de extraño? Llamadlo, si quereis, una debilidad; pero si os adelantais á creer otra cosa, cuando nada mas dice la historia, ¿no haceis que á vos mismo se os juzgue como hombre de ideas muy ruines? Basta: esa clase de calumnias, si á alguno infaman, es á quien las hace.

¿Y cómo no habla el Sr. Amador del empeño y celo de este Pontífice porque el Concilio de Trento continuara sus sesiones, á fin de conseguir los grandes fines con que habia sido convocado? ¿Cómo no habla de sus trabajos para reconciliar á la Inglaterra con la Santa Sede, como lo consiguió; del homenaje que le rindió el Patriarca de Asiria, de las muestras que dió de juez íntegro é inexorable en el ruidoso asunto del asesinato del Cardenal Martinuccio, ni de nada, en suma, mas que de suposiciones gratuitas é interpretaciones impropias de un espíritu noble y bien intencionado?

Paulo IV.

Cuando se escribe, lleno el pecho de odio, como escribe D. Juan Amador, nada es capaz de hacer abrir los ojos, ni las acciones mas gloriosas, ni los hechos mas notorios, ni el juicio de la posteridad: nada: esa pasion innoble todo lo desfigura y todo pretende mancharlo con su impuro aliento. Paulo IV, fué un hombre cuya vi-

da se reasume en estas breves frases: Como italiano, amó, cual nadie ha amado, la libertad y el engrandecimiento de Italia: como Pontífice, procuró, como pocos de sus predecesores, el acrecentamiento de la fé cristiana y la reforma de las costumbres. Esta era su divisa y su exclamacion constante: ¡reforma! ¡reforma!—Y sin embargo de que así ve el mundo desfilar á este grande hombre, á la voz de la historia, D. Juan Amador lo llama *inhumano, dragon, astuto, odioso, imbécil*.—Dice que se declaró enemigo de algunas casas reinantes.—No, no se declaró enemigo mas que de la dominacion extrangera, que habia hecho de una gran parte de la Italia, unos pueblos de esclavos. Paulo IV habia nacido en el siglo XV, en que la libertad de su patria despedia los mas vivos resplandores, y cuando sube al trono Pontificio, con un corazón ardiente y una voluntad de hierro, resuelve como rey y buen italiano, trabajar sin descanso por la independenciam, y la libertad y la gloria de la Italia. Esa fué, Sr. Amador, la causa de la poca armonía que reinó entre él y Carlos V, el Austria y la poderosa España de aquel tiempo. No se declaró enemigo de ese emperador, porque no pudo sufrir el verse su vasallo. Nadie podia avasallar á Paulo IV: los vasallos eran los italianos, y por ellos, y por libertarlos, van á derramar su sangre las tropas del Papa. Si amar la libertad, el engrandecimiento y la independenciam de la patria, es un crimen, el Sr. Paulo IV tuvo ese crimen, Sr. Amador.

Decís en ese estilo tan bello que usais: *que el duque de Alva lo redujo á pedir misericordia y á que le costara muy cara la fiesta*. ¿Qué mal conocéis á Paulo IV y al duque de Alva! y sobre todo, ¿qué mal habeis estudiado la historia! Pasó todo lo contrario de lo que decís. «Se convino, dice el conde de Beaufort, en que el duque de Alva iria á dar satisfaccion á Paulo IV, en nombre del rey católico.» (1) Y el valiente capitán y fervoroso católico, dobló sus rodillas ante el Papa-rey.

Lo acusais tambien de que fué amigo del nepotismo. Es cierto que confió á sus parientes empleos muy distinguidos en los asun-

(1) Tom. 5, pág. 117.

tos de guerra, sobre todo, porque entre ellos habia, como miembros de una ilustre familia, hombres de gran prestigio y muy bravos caudillos, y eso era lo que se necesitaba para luchar con el enemigo de la patria. Pero cuando el Papa conoció que abusaban de su posición, «se muestra superior á las impresiones de la carne y de la sangre, dice Pollavicinio; (1) tuvo un consistorio sumamente numeroso, lloró y detestó la vida desarreglada de sus parientes, pronunció por sí mismo un decreto que pudo mirarse como una entera reparacion de su flaqueza precedente, cualquiera que esta hubiese sido.»

Si esta nobleza de alma, si esta fuerza de voluntad, si este ejemplo de justicia, es un crimen, tuvo tambien ese crimen Paulo IV, Sr. Amador.

¿Y cómo Pontífice? ya he dicho cual era su divisa, el pensamiento que lo absorvía todo entero ¡la reforma! Nada se escapa á su penetrante mirada; su propia corte, Roma, el mundo, siente la vigorosa mano del Pontífice. La disciplina eclesiástica, el despacho de los negocios temporales y espirituales, las costumbres públicas y privadas, las órdenes religiosas, todo es llamado á examen y todo se modifica y se reforma por ese hombre severamente justo. (2) «Aquella alma, dice Bercastel, naturalmente fuerte, pero casi aniquilada con tantas alternativas de abatimiento y de vigor, adquirió de repente, antes de exhalar, el justo temperamento de su energía natural, siendo este el fruto de la rectitud habitual de sus intenciones. No se puede negar que este Pontífice tenía mucha nobleza de alma, una delicadeza de probidad poco común en los grandes puestos, un celo extraordinario por la conservación de la fé católica en toda su pureza, y en fin, es notorio que su vida fué tan arreglada en el trono como en la congregacion de los teatinos de que fué cofundador.»

Muere lleno de años y en el ósculo del Señor, murmurando sus labios estas palabras del Salmo 51. «*Lætatus sum in his que dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*»

(1) Lib. 14, 7.

(2) Beaufort, tom. 5, pág. 131.

Tal fué, pintado á grandes rasgos, Paulo IV. ¡En pié, Sr. Amador, al pronunciar ese nombre!

Pio IV.

Dificilmente podria hallarse una tarea mas ingrata que la que se ha impuesto D. Juan Amador, cual es la de estar á cada línea de lo que escribe, inventando acusaciones y estampando mentiras. Ha agotado el diccionario de los dicterios; ha repetido mil y mil veces una misma cosa. Si tuviera siquiera la gracia de algunas respetables matronas, que, cuando niños, nos encantan con sus cuentos *del rey y la reina*, lo aplaudiríamos de buen agrado y le rogaríamos que *nos contara otro*; pero ¿quién tiene la paciencia de estar escuchando ese eterno retintín de: este era un Papa *ambicioso, impaciente, envidioso, comedor, monstruo feroz*; y el otro, *monstruo feroz, comedor, envidioso, impaciente, ambicioso*; y aquel, *lo mismo, lo mismo, lo mismo*? ¡Y yo he tenido y tengo todavia esa paciencia, pecador de mí!

El Sr. Pio IV no fué ambicioso, envidioso, avaro, ni nada de lo que vd. cuenta, Sr. Amador. Fué, al contrario, el hombre mas desprendido y generoso, hasta el punto de que en Pisa y Milan donde residió poco antes de ser Pontífice, conquistó del pueblo el título mas precioso que puede tener un hombre: se le llamaba el *padre de los pobres*. Yo no invento nada: vea vd. la historia: abra la de Beaufort (tom. 5) que por cierto no es nada afecto á los Papas, y ahí, y en Burio, y en Bercastel y en cualquiera que sea escrita con alguna imparcialidad, hallará lo que refiero. Allí tambien verá, no que *ofreciera coronar á Fernando, emperador*, sino otra cosa: que aprobaba su elevacion al imperio y que en la persona de su embajador, el conde de Arcos, le hacia, como de facto le hizo, todos los honores debidos á su dignidad. Allí verá tambien que, no *contra su voluntad reunió de nuevo el Concilio de Trento*, sino que ese fué su primer cuidado, casi el primer acto de su gobierno; pues que á los cuatro dias de su coronacion tuvo un consistorio muy numeroso, en el que mandó á los cardenales que

sin pérdida de tiempo averiguasen los abusos que debían reformarse en el concilio. (1) Allí verá, además, que es falso de todo punto que coartara en nada la libertad del concilio; que es mentira que así lo haya dicho, como vd. asienta, Palavicinio, sin citar donde lo dijo. Yo sí le diré á vd. donde escribió todo lo contrario: en el lib. 20, cap. 8, núm. 7, insertando una bellissima carta que Pio IV escribió á los presidentes del concilio, dice: «que (son palabras del mismo Papa) deseaba la perfecta libertad de aquella asamblea y que jamás había prohibido que se procediese en ella á decidir sin haberle consultado antes.»

Y por fin, registre vd. los historiadores mencionados y verá que no fué *impaciente*, ni nada de lo que vd. dice en su sempiterna y pesada cantinela, sino de carácter dulce, amigo de la paz y amante de la reforma comenzada por su ilustre predecesor, aunque por medios suaves. Su gloria imperecedera es la de haber dado la última mano al Concilio de Trento, y «haber muerto, dice Bercastel, como el viejo Simeon, dando gracias al Señor, en brazos de San Carlos Borromeo y San Felipe Neri.»

Pio V.

He vacilado en si debía ó no contestar á los ultrajes que solo una lengua procaz y maldiciente puede dirigir á este ilustre y santo Pontífice, á quien todos los católicos veneramos en nuestros altares. Sus virtudes y sus hechos son tan conocidos, han dejado tal fama en el mundo, que en nada, no, puede ofender su memoria un hombre como D. Juan Amador, por mas insultos que le haga. Hay ciertos hombres tan altos, que no los alcanzan los pobres pigmeos, por mas que chillen como venenosas sabandijas. El Sr. Amador dice que fué San Pio V de costumbres puras, que era digno de la canonizacion, que era humilde y desinteresado, y que, por su carácter, era *negro y refinadamente hipócrita*.—¿Qué se le debe contestar al que tal dice? ¡Humilde y santo, y pérfido é hi-

(1) Tom. 21 de Berault.

pócrita! Sencillamente: que quedamos entendidos de que la hipocresía y la santidad, la humildad y la perfidia, lo negro y lo blanco, son una misma cosa para D. Juan Amador.

El protestante Ranke se expresa así al tratar de San Pio V: “Después de haber hecho tanto para provocar y adelantar la obra de la restauracion religiosa; después de haber dado tantos decretos para propagarla, se necesitaba un papa como éste, á fin de que no solamente se publicase, sino se introdujese y practicase en todas partes. El celo y el ejemplo de Pio V fueron infinitamente eficaces para conseguir este objeto” (1).

Y ese celo por la fé, y esa energia incontrastable, que halló dignos de los mayores elogios el mismo Ranke, ¿son para un aprendiz de protestante, *ambicion, crueldad, error y negra perfidia!*

No quiero escribir aqui la vida de este santo é inmortal Pontífice: para ello serian menester muy largas páginas: sus virtudes y sus glorias son la epopeya mas grande y gloriosa del Pontificado. Uno solo de sus hechos voy á recordar. Vió un dia, desde el Vaticano, que las huestes agarenas se movian llenas de furor y de pujanza como las olas de una mar embravecida, y que iban á caer sobre la Europa, ligeras como el rayo, impetuosas y aniquiladoras como el torbellino: eran ya dueñas del Mediterraneo, de la Grecia y de la Hungria, y solo esperaban para caer sobre la Italia, conquistar á Chipre y Malta. La cuestion era de vida ó muerte para la Europa y la civilizacion. ¿Qué hacian los reyes entretanto? Temblar y no decidirse á nada. Entonces el Pontífice romano les grita que la salvacion general estriba en la union con la Iglesia católica. Su palabra de fuego despierta á los príncipes del Modiodia de la Europa, los une, los levanta, y á poco la cristiandad, cubierta de acero y llena de fé y de bravura, se presenta al otomano en el golfo de Lepanto. Pio V ha puesto á esos guerreros esforzados bajo la órden de un jóven de veintitres años; ha puesto el pabellon de la Cruz en las manos de D. Juan de Austria, y D. Juan de Austria y su armada le arrancan para siempre

(1) Histor. del Pap. t. II.

al islamismo su estandarte, haciendo mil pedazos la odiosa Media Luna.

Ese servicio le prestó al mundo, entre mil mas, San Pio V *el pérfido, el hipócrita, el sanguinario*, Sr. Amador ¡De rodillas ante la virtud y el genio!

Por lo demas, estudiad los justos motivos por que el santo Pontífice excomulgó á Isabel de Inglaterra. La execracion y el anatema universal pesaban sobre esa mujer con corazon de hiena, por las inauditas crueldades que cometió con la reina mártir, Maria de Escocia. Todas las testas coronadas se levantaron para pedirle la libertad de esa desgraciada princesa: el sumo Pontífice le suplica tambien pusiera término á tantas infamias, y solo cuando vió que se hacia sorda á sus súplicas y á las reconvençiones de los demas reyes; solo cuando vió los destierros, las prisiones, los tormentos y todos los géneros de suplicios y vejaciones ejercidas con los obispos, sacerdotes y fieles de todas clases, cuyo delito consistia únicamente en no querer aprobar los atentados de su tiranía é impiedad; solo entonces se vió precisado á usar de la censura (1).

Lo que añadís del enviado del Papa á Felipe II para maquinár contra la vida de Isabel, que ni vos mismo creéis y que vos mismo habeis inventado, puesto que decís *que no habeis encontrado tal cosa ni en los retratos que extractais* (que es lo mas que puede decirse); todo eso, Sr. Amador, me autoriza para contestaros, por lo centésima vez, que vos mismo confesais que mentís.

Gregorio XIII.

A este Pontífice de virtudes eminentes, le levanta D. Juan Amador tres falsos testimonios: que aprobó la matanza de S. Bartolomé; que influyó en una conspiracion que estalló en el Japon, y que aprobó una liga católica en que debia haber otra matanza de que únicamente seria exceptuado Enrique III.

Es cierto que Roma disparó su artillería é iluminó sus edificios pú-

(1) Véase á Bercastel. tom. 23. pág. 356.

blicos cuando llegó la noticia de la lamentable jornada de S. Bartolomé. Pero, ante todo, es preciso hacer constar que ese hecho atroz fué la obra de Carlos IX y del duque de Guiza: que una falsa política, y no la religion católica, fué la que hizo derramar tanta sangre francesa: la religion y el clero, y sobre todo los obispos, como el de la diócesis de Lesieux, libertaron á muchos de los mismos calvinistas de la muerte, é impidieron, ya con sus súplicas al rey, ó moviendo otros resortes, que se cometieran mas crímenes. ¿Cómo se explican, pues, los regocijos de Roma? Muy sencillamente: al Sumo Pontífice se le informó, no la verdad de los hechos, sino que habia sido sofocada una conjuracion en que se trataba de esterminar hasta el último vástago de la augusta sangre de S. Luis, derrocar la monarquía y hacer de Francia una república como la de Ginebra: se le pintó, en fin, ese hecho como la salvacion de todo un pueblo y de sus reyes, y en ese concepto permitió los regocijos públicos. Y sin embargo de que le fueron desfiguradas las cosas, exclamó, derramando amargas lágrimas: “Cuántos inocentes habrán perecido con los culpables! Pero habrán hallado gracia en presencia del justo juez.” (1)

¿Qué cosa habrá que no falsifique este Sr. Amador? Todo el mundo batió palmas y bendijo al Dios de los cristianos cuando supo los progresos que el Evangelio hacia en el Japon: el regocijo general no conoció límites cuando el sábio rey del Bongo, Civandono, el de Arima y el principe de Ozuma, hacen llegar á Roma tres embajadores, que fueron recibidos por Gregorio XIII con la mayor pompa. Luego que ven al Vicario de Jesucristo se postran á sus piés y anuncian “que han ido allí desde los climas en donde nace la aurora para confesarse súbditos del Vicario del Salvador del mundo, y rendirle homenaje en nombre de sus soberanos y de todos los fieles del Japon.” (2) Los cardenales presentes y cuantos asisten á ese acto sublime, especialmente el Papa, no pueden contener las lágrimas. Gregorio XIII levanta sus manos y

(1) Bercastel, tom. XXII.

(2) Bercastel, tom. XXIII.

sus ojos al cielo, y esclama: "Ahora, Dios mio, despues de este dichoso dia, morirá en paz vuestro siervo."

Esa fué, Sr. Amador, la conspiracion que estalló en el Japon y en la que influyó Gregorio XIII.

En cuanto á la aprobacion y apoyo que el Papa prestaba á la liga de que habla el Sr. Amador, oiga lo que se lee en las Memorias del duque de Nevers: "Nunca quiso Gregorio firmar escrito con que pudieran autorizarse los de la liga: porque decia, y con razon, que era una intriga en que no descubria claramente el objeto." (1)

He ahí la buena fé de D. Juan Amador. ¿Y por qué no nos refiere que á este gran Pontífice se debe la reforma importantísima del calendario que lleva su nombre? ¿por qué no imita al protestante Ranke que hizo el mas bello elogio de este Papa en fuerza de la verdad? "Protegió, dice, los colegios de los jesuitas con una generosidad extraordinaria: hizo donaciones considerables á la casa de profesos de Roma: compró edificios, cerró calles y destinó rentas para fundar un colegio como lo vemos todavia hoy.... Se llamó el seminario de todas las naciones. Para indiar este pensamiento, que abrazaba al mundo entero, se pronunciaron en la época de su fundacion, veinticinco discursos en diferentes lenguas.... Tambien instituyó un colegio ingles y halló medios de dotarlo. En Viena y Gratz sostenia los colegios de su bolsillo.... Por consejo del obispo de Sitia fundó tambien un colegio griego." (2)

Y este hombre á quien tanto debe la civilizacion, como lo confiezan los mismos enemigos de la Iglesia, y este Pontífice de quien dice Bercastel, que los dias de su reinado fueron tan ilustres que mereceria el nombre de Grande si no lo hubiera merecido antes S. Gregorio, no obtuvo del Sr. Amador mas que el insulto y la calumnia.

(1) Mem. de Nevers, tom. I.

(2) Ranke. "Histor del Pap," tom. II.

Sixto V.

Del pastorcillo de Montalbo á Sixto V., hay una distancia inmensa, que sin embargo salvó de un vuelo el genio de este Pontífice. Sixto V tenia una especial complacencia en hablar de la cubaña de su padre, de su pobre aldea de Montalbo y de su humilde origen. Fué uno de esos hombres que solo aparecen de siglo en siglo, para hacer ver á los pueblos atónitos lo que puede el talento humano y la grandeza de alma: uno de esos hombres que nacen en el polvo, para que se vea mejor cómo fueron sus solas fuerzas las que los levantaron hasta allí donde nacen los príncipes; hasta allí donde los reyes se sientan sobre un trono; pero un trono que les dieron sus abuelos. Sixto V no tenia de sus mayores mas que una estera y el pobre nombre de un plebeyo; pero un dia se abre paso por si mismo, llega á los palacios, ve muy pequeños á los que rodean los tronos y se retira y busca otra gloria y otro cetro, la gloria y el cetro del saber. Pero ahí van á buscarlo, y de ahí sale para ceñir la tiara del Pontífice. No le extraña esa nueva: sabia que ese era su lugar, el lugar que le habia señalado la Providencia, y se levanta, y marcha y dice: ¡heme aquí! El vicio tiembla al ver su continente resuelto, su voluntad indomable, y el vicio gime y desaparece triturado por la mano de hierro de Sixto V.

Roma y sus caminos estaban plagados de bandas de salteadores, y á poco la paz y la mas completa seguridad y la alegría son los que reinan en las campiñas y en todas partes. Roma tenia olvidados entre escombros los obeliscos y los monumentos mas gloriosos de la antigüedad; Roma vivia entre las ruinas gigantescas de otro siglo y de otros hombres; y Sixto V, no obstante los esfuerzos inútiles de Julio II y Paulo III, no obstante lo que oye decir sobre la imposibilidad de su empresa, remueve

con mil máquinas y millares de hombres los obeliscos del rey de Egipto, el que sirvió de adorno al mausoleo de Augusto, y otros dos que fueron colocados en la plaza de San Juan de Letran y en la de Santa María del Pópulo. “La cúpula de San Pedro se redondea en los aires: los dos colosos que tenían inscritos los nombres de Phidias y Praxiteles, se colocaron en frente del palacio Quirinal. Sixto V aumentó la biblioteca y la imprenta griega y oriental, y construyó también el gran hospital á lo largo del Tíber, para dos mil pobres.” (1)

Eso, Sr. Amador, no es *ferocidad de carácter*; es grandeza de carácter, son fuerzas de gigante. Es cierto que era inexorable con el crimen; pero eso tampoco es *ferocidad de carácter*, es justicia y rectitud inquebrantables. ¡Oh sí! Perseguió á la maldad donde quiera que se encontraba, aunque se abrigase bajo la sombra de los tronos, y sobre todo, cuidaba de que en la Iglesia de Dios no quedara ni un solo abuso en pie. Setenta y dos bulas que expidió durante su corto pontificado, fueron otros tantos rayos contra la perversidad de costumbres y los vicios que habían penetrado hasta el Santuario.

Para los reinos era mediador, consejero y amigo, logrando unir á los príncipes de Italia, que se despedazaban en guerras sangrientas, y haciendo también que las casas poderosas y siempre enemigas de las Colonnas y los Orsini, depusieran sus rencores y se dieran un abrazo de paz. Puso, es verdad, á Inglaterra en entredicho; pero todos saben las crueldades de que eran víctimas los católicos, solo por serlo, y sobre todo, es muy conocida la historia de María Stuardo, de esa santa princesa, sacrificada al rencor y á la ambición de Isabel, contra quien lanzó el mundo entero un grito de maldición y de horror. Y sin embargo, “el magnánimo Sixto V prohibió, pena de galeras, que se declamase contra ella en Roma.” (2)

La calumnia de D. Juan Amador sobre que aprobó el regicidio

- (1) César Cantú tom. 4 pág. 225.
(2) Deraud. tom. XXIII, pág. 133.

cometido por Jacobo Clemente, en la persona de Enrique III, la rechazamos los católicos como una vil impostura. (1) Igual respuesta merece la de que murió ahogado en manos de un asesino, enviado por Felipe II. “Conforme á la máxima de Vespasiano, el cual decia que el príncipe debe morir de pié, Sixto V murió trabajando continuamente por el bien del Estado y de la religion, á pesar de los vivos dolores de su última enfermedad, despues de haber cumplido con mucha edificacion todos los deberes de cristiano.”

SIGLO XVII.

Clemente VIII.

Cuenta D. Juan Amador que este Pontífice excomulgó á Enrique IV y quiso hacerlo comparecer en Roma con los piés descalzos, para afrentarlo; que se le desobedeció y que entonces se contentó con despedir á sus legados, despues de hacerlos sufrir la vergonzosa ceremonia de la flagelacion.

Hé aquí cómo un hecho altamente honroso para aquel monarca y para todas las naciones católicas, es monstruosamente desfigurado por ese *retratista*. El hecho, someramente descrito, fué este. Enrique IV, ese generoso y franco Bearnés, ese bravo y noble soldado, llega al fin á convencerse de que la Iglesia católica es la Iglesia verdadera, y abjura sus errores en medio de las aclamaciones del pueblo francés, que tanto admiraba su bizarría y caballería. Incontinenti manda sus legados á Clemente VIII para hacerle presente su conversion, y para solicitar la absolucion de las censuras en que estaba incurso, desde antes del reinado de Cle-

(1) Injustamente, dice Recaveur, se ha imputado á Sixto V la apología de aquel asesino; esta calumnia se halla refutada en un escrito contemporáneo, que publicó contra la Liga el abogado general Servin. (Tom. 5. pág. 147.)

mente. Los legados fueron Ossat y Duperron, y luego que dan al Pontífice la plausible noticia de que eran portadores, luego que á las puertas de la Iglesia de San Pedro abjuran arrodillados, á nombre del rey. sus errores, derrama copiosas lágrimas de alegría, dispone procesiones y rogativas públicas á que asiste descalzo, y despues de esto toda la ciudad se entrega á los trasportes del mas puro regocijo (1). En memoria de este acontecimiento, dice César Cantú, (tom. 4. pág. 787) fué erigida la columna de la plaza de Santa Maria la Mayor en Roma.

Así es como D. Juan Amador mancha cuanto toca.

A Clemente VIII, honor del Pontificado, nos lo presenta la historia adornado de todas las prendas que constituyen á un gran Pontífice y á un Santo Papa. Un solo defecto tenia y lo confesamos, porque no necesita el Pontificado de mentiras para sostener su buen nombre, ni yo quiero decir mas que la verdad: ese defecto fué el excesivo cariño á sus parientes. ¿Pero qué es esa debilidad, disculpable por mil títulos, comparada con tantas virtudes como poseia ese ilustre y santo Pontífice? Trabajó con un ardor asombroso por la conversion de los cismáticos de Oriente, por la paz de la Europa, por el restablecimiento de las buenas costumbres y de la disciplina, sin que lo hicieran desmallar nunca ni el peso de los años, ni las enfermedades, ni las rigurosas penitencias á que se entregaba. El, gafa de toda la cristiandad y lleno de gravísimos negocios, recibia y oía en confesion, como cualquier simple sacerdote, á todo el que llegaba solicitándolo.

¡Y Amador se atreve á llamar á Clemente VIII *conspirador contra la vida de Jacobo y de Isabel de Inglaterra!*

Paulo V.

Para prepararse á calumniar, segun su vieja costumbre, D. Juan Amador, comienza refiriéndonos un *hecho histórico* que no sé co-

(1) Recev tom. V, pág. 153.

mo ha llegado á su conocimiento; porque en ninguna historia, que merezca el nombre de tal, se encuentra consignado. Dice que á la eleccion de Paulo V precedió otra que hicieron cuarenta y cuatro cardenales en favor de Regio Domingo Tuschi, y al ser llevado á la Capilla Sixtina para ser saludado como Pontífice, hubo una revolucion provocada por Baronio de que resultó que volvieron al Cónclave y de ahí saliera electo Paulo V.

Y yo digo que todo eso es ensartar mentiras á mas y mejor. Haré, sin embargo, la justicia al Sr. Amador, de que no fué él quien compuso ese cuentecillo: lo hallo vestido con alguna gracia y con cierta apariencia de historia, y por eso no lo creo obra suya. Como quiera; esa es una falsedad y quiero hacerlo ver.

Segun lo que cuenta el Sr. Amador, ó el que lo cuente, Paulo V subió al Pontificado, merced á una intriga, ¿no es eso? Pues bien: oigamos á los historiadores. Comencemos por César Cantú: á nadie desagradará su testimonio. “Leon XI de la familia de los Médicis, no tardó en ceder el trono á Paulo V (Camilo Borghese). Pontífice muy estudioso ascendió á la tiara *sin ninguna intriga*, conoció su dignidad y se propuso realzar la autoridad moral del Catolicismo. Canonizó á San Carlos, aprobó las órdenes del Carmelo y de San Lázaro, quiso que el latin, el griego y el hebreo, se enseñasen en todas las órdenes mendicantes para rivalizar con las universidades de Alemania” (1) Lo mismo puede ver el Sr. Amador en Beaufort, (tom. 5 pág. 476) y en Bercastel (tom. 24) y en Mr. de Recev. tom. V, pág. 174.) Todos hablan de la temprana muerte de Leon XI y de la inmediata eleccion de Paulo V, que fué acogida con aplauso universal, y todos tributan mil homenajes de admiracion á la virtud, á la ciencia y á las grandes prendas de este Pontífice.

Hablan, sobre todo, de “las rápidas y nuevas conquistas que hizo el catolicismo bajo el estandarte del Papado” en Polonia, en Suiza, en Alemania, en Rusia, en el Congo, y en cien naciones mas. Por todas partes esa era la gran cuestion que agitaba á los

(1) Hist. Univ. tom. 4, pág. 325.

mente. Los legados fueron Ossat y Duperron, y luego que dan al Pontífice la plausible noticia de que eran portadores, luego que á las puertas de la Iglesia de San Pedro abjuran arrodillados, á nombre del rey. sus errores, derrama copiosas lágrimas de alegría, dispone procesiones y rogativas públicas á que asiste descalzo, y despues de esto toda la ciudad se entrega á los trasportes del mas puro regocijo (1). En memoria de este acontecimiento, dice César Cantú, (tom. 4. pág. 787) fué erigida la columna de la plaza de Santa Maria la Mayor en Roma.

Así es como D. Juan Amador mancha cuanto toca.

A Clemente VIII, honor del Pontificado, nos lo presenta la historia adornado de todas las prendas que constituyen á un gran Pontífice y á un Santo Papa. Un solo defecto tenia y lo confesamos, porque no necesita el Pontificado de mentiras para sostener su buen nombre, ni yo quiero decir mas que la verdad: ese defecto fué el excesivo cariño á sus parientes. ¿Pero qué es esa debilidad, disculpable por mil títulos, comparada con tantas virtudes como poseia ese ilustre y santo Pontífice? Trabajó con un ardor asombroso por la conversion de los cismáticos de Oriente, por la paz de la Europa, por el restablecimiento de las buenas costumbres y de la disciplina, sin que lo hicieran desmallar nunca ni el peso de los años, ni las enfermedades, ni las rigurosas penitencias á que se entregaba. El, gafa de toda la cristiandad y lleno de gravísimos negocios, recibia y oía en confesion, como cualquier simple sacerdote, á todo el que llegaba solicitándolo.

¡Y Amador se atreve á llamar á Clemente VIII *conspirador contra la vida de Jacobo y de Isabel de Inglaterra!*

Paulo V.

Para prepararse á calumniar, segun su vieja costumbre, D. Juan Amador, comienza refiriéndonos un *hecho histórico* que no sé co-

(1) Recev tom. V, pág. 153.

mo ha llegado á su conocimiento; porque en ninguna historia, que merezca el nombre de tal, se encuentra consignado. Dice que á la eleccion de Paulo V precedió otra que hicieron cuarenta y cuatro cardenales en favor de Regio Domingo Tuschi, y al ser llevado á la Capilla Sixtina para ser saludado como Pontífice, hubo una revolucion provocada por Baronio de que resultó que volvieron al Cónclave y de ahí saliera electo Paulo V.

Y yo digo que todo eso es ensartar mentiras á mas y mejor. Haré, sin embargo, la justicia al Sr. Amador, de que no fué él quien compuso ese cuentecillo: lo hallo vestido con alguna gracia y con cierta apariencia de historia, y por eso no lo creo obra suya. Como quiera; esa es una falsedad y quiero hacerlo ver.

Segun lo que cuenta el Sr. Amador, ó el que lo cuente, Paulo V subió al Pontificado, merced á una intriga, ¿no es eso? Pues bien: oigamos á los historiadores. Comencemos por César Cantú: á nadie desagradará su testimonio. “Leon XI de la familia de los Médicis, no tardó en ceder el trono á Paulo V (Camilo Borghese). Pontífice muy estudioso ascendió á la tiara *sin ninguna intriga*, conoció su dignidad y se propuso realzar la autoridad moral del Catolicismo. Canonizó á San Carlos, aprobó las órdenes del Carmelo y de San Lázaro, quiso que el latin, el griego y el hebreo, se enseñasen en todas las órdenes mendicantes para rivalizar con las universidades de Alemania” (1) Lo mismo puede ver el Sr. Amador en Beaufort, (tom. 5 pág. 476) y en Bercastel (tom. 24) y en Mr. de Recev. tom. V, pág. 174.) Todos hablan de la temprana muerte de Leon XI y de la inmediata eleccion de Paulo V, que fué acogida con aplauso universal, y todos tributan mil homenajes de admiracion á la virtud, á la ciencia y á las grandes prendas de este Pontífice.

Hablan, sobre todo, de “las rápidas y nuevas conquistas que hizo el catolicismo bajo el estandarte del Papado” en Polonia, en Suiza, en Alemania, en Rusia, en el Congo, y en cien naciones mas. Por todas partes esa era la gran cuestion que agitaba á los

(1) Hist. Univ. tom. 4, pág. 325.

espíritus, esa la necesidad mas imperiosa de los pueblos, esa la arca de salvacion á que se consagraban millones de obreros evangélicos.

Dice el Sr. Amador que preparó Paulo V una tempestad contra Venecia.

Me he persuadido que el Sr. Amador, al escribir su cuaderno, si por acaso consultó la historia, donde leía *tiempo sereno*, escribía *tiempo nublado y tempestuoso*; donde paz, guerra; donde virtud, vicio; donde sí, no.

Hé aquí una cosa que confirma mis convicciones. La república de Venecia no vió en el Sr. Paulo V un Júpiter Tonante que le preparaba rayos y tempestades, sino, muy al contrario, un Pontífice á quien bendijo, porque terminó las discordias que en mala hora habian nacido entre los gobiernos de Roma y del Dux. Otra vez viene el célebre protestante Hanke á eleccionar al Sr. Amador. "Desde esta época las relaciones entre Roma y Venecia vinieron á ser, al menos en apariencia, lo que habian sido otras veces. Paulo V dijo al primer embajador que le envió Venecia: *Están terminadas las antiguas diferencias: es preciso vivir como nuevos amigos.* Alguna vez se quejó de que Venecia no queria olvidar lo que él habia olvidado hacia tanto tiempo; mas se mostró tan afable y conciliador, cual ninguno de sus predecesores." (1)

Urbano VIII.

El nombre de este Pontífice ocupa un lugar muy distinguido, no solo en los anales de la Iglesia, sino tambien en los de la literatura, en los de la ciencia de estado, y en la historia de los bienhechores de de la humanidad. Todo lo abarcaba su gran talento: lo mismo componia un poema que se entregaba á las tareas del teólogo y del filósofo. A su lado se hallaban siempre los hombres que con mas gloria cultivaban las ciencias y las letras. Llamó á

(1) Historia del Pap. tom. 3, pág. 430.

Roma á Leon Allaccio, á Lucas Holstein, á Abraham Echellensis y á mil otros. Su Pontificado así nos lo describe, en breves palabras, un historiador nada sospechoso y de una reputacion universal, el Sr. Henrion: "En tan dilatado espacio de tiempo (veintiun años) llenó este Pontífice todas las esperanzas que podian concebirse de un Papa virtuoso é ilustrado. Era piadoso, afable y modesto: quizá dejó demasiado valimiento al nepotismo: como aficionado á las bellas letras, que cultivaba él tambien, protegió á los sabios: mereció el renombre de *Abejo Ática*, por su conocimiento en el griego: sobresalió en la poesia latina y corrigió los himnos de la Iglesia. Con todo, la nobleza que se nota en sus diferentes obras, no compensa la falta de fuego é imaginacion." (1)

Como Pontífice, sobre todo, igualó á sus mas dignos predecesores: sus desvelos por la conversion de los herejes y de los cismáticos y los magníficos resultados que alcanzó, lo han hecho como resaltar, digamos así, de ese cuadro brillante de los Papas. Ya se dijo entender que nada de todo esto nos dice Amador al hablar de este Pontífice. Se entretiene en contarnos que al saberse su eleccion, aparecieron tres pasquines. El primero en que *lo alababan*, el segundo en que *lo alababan*, y el tercero en que *lo alababan*; porque los tres se reducen (aunque esto no lo comprendió D. Juan Amador) á llamarlo la *abeja ática*, que era el gran nombre con que lo conocia el mundo literario, y á decir que daría miel á todos y á nadie heriria, como reina de las abejas.

Siguiendo de ahí su costumbre de entender al revés las cosas, añade Amador que Urbino quiso hacer la guerra á Eduardo Farnesio.

Los que tal cosa quisieron, fueron los Barberini, sin la aprobacion del Papa. Cuando Farnesio llevó á las puertas de Roma su infanteria y sus ginetes, el Papa logró evitar la guerra y reanudar sus buenas relaciones con el ducado de Parma. Oigamos otra vez á César Cantú: «El Papa que *no estaba instruido de nada*, se sorprendió al verle tan cerca... y á despacho de las intrigas de los

(1) Historia del Pap., tom. III

Barberini, se firmó la paz en Venecia, y las cosas volvieron á su primer estado.» [1]

Y por fin, lo acusa de que condenó á Galileo y dejó sin decidir las controversias de la gracia y del libre arbitrio. En cuanto á Galileo, ya se ha contestado tantas veces lo que hubo sobre su condenacion, y está además tan fresca la respuesta que á este respecto dió al mismo Amador el Sr. Dr. Guerra, que juzgo inútil repetir lo mismo; y por lo que hace á las controversias que el Papa Urbano dejó sin decidir (en lo cual no concibo qué falta haya cometido este Pontífice, aun dado que haya dejado *sin decidir algo*), no ha dicho el Sr. Amador sino otra mentira. La controversia mas ruidosa de aquellos tiempos, fué la que suscitó Jansenio en su libro *Augustinus*, y esa la dejó bien decidida Urbano, pues condenó el jansenismo en una bula que recibieron, llenas de júbilo y respeto, las naciones católicas, sobre todo España y su rey, que luego remitió su aceptación en forma á sus súbditos de los Países Bajos. (2)

Inocencio X.

Ni este virtuoso anciano de ochenta años es respetado por el *Despertador*. Lo acusa de costumbres relajadas y de inepto para el gobierno.

Si es posible que á un calumniador de la clase del Sr. Amador, lo avergüence un mentís de un protestante, de un enemigo del catolicismo, debe avergonzarse de lo que va á decir Ranke. «Inocencio era un hombre que distaba mucho de tener cualidades comunes: En los cargos que habia tenido que desempeñar antes de su exaltacion á la Santa Sede, se habia mostrado activo, *irreprehensible* y leal. Cuando llegó á ser Papa conservó la misma fama (3).» ¡Cuán cierto es que los enemigos mientras mas instruidos y

(1) Tom. IV, pág. 228.

(2) Beauf, tom. V, pág. 213.

(3) Citado por Beaufort.

fuertes son, se muestran mas justos y magnánimos, á la vez que los pequeños muestran ruindad y bajeza en razon directa de su pequeñez! Lleva el ultraje el Sr. Amador hasta asegurar que ese ilustre anciano vivia en torpes relaciones con su cuñada Olimpia Maldachini. No negamos que Olimpia tenia algun valimento en la corte de Inocencio; pero esto no parece extraño al que lee la historia y sabe que Olimpia auxilió con sus caudales á la casa de Pamphili á que pertenecia el Pontífice, cuando esa casa tenia graves compromisos pecuniarios. Inocencio X no hacia, al considerarla masque cumplir con una deuda de gratitud. «Esto dió motivo, dice Bercastel, á los enemigos de su persona ó de sus decretos, para esparcir algunas nubes sobre sus costumbres. ¿Pero cuál es el Papa en quien no encuentran delitos los sectarios condenados por él?» [1]

Alejandro VII.

Lo que ha dicho D. Juan Amador de estos tres últimos Pontífices, no es mas que lo que divulgaron los jansenistas por vengarse de la Santa Sede que condenó sus perversas é hipócritas doctrinas. Ellos fueron los que atribuyeron una pasion incestuosa á Inocencio X, y ellos tambien los que, no hallando ni el mas ligero pretexto para murmurar de las costumbres en extremo rígidas é irreprehensibles de Alejandro VII, se desahogaron llamándolo devotonecio, infatuado con su ilustre nacimiento, y otras mil calumnias que siempre ha despreciado la gente sensata, y de que no ha hecho ningun caso la historia. Oigamos cómo se expresa Beaufort: «Al decir de *todos los historiadores* imparciales, este Papa fué un hombre de rectitud y de talento, dotado de las virtudes esenciales al sacerdocio y al Pontificado, firme, penetrante, muy versado con particularidad en las materias que falló; pero sostuvo sus decisiones con un vigor y una perseverancia que denotan claramente

(1) Tom. XXVI, pág. 115.

á que deben atribuirse los libelos y sátiras con que inundaron á la Francia y la Bélgica los novadores confundidos." (1) Eso pasaba en el siglo XVII. En el mismo siglo toda la sociedad se habia reido y divertido un poco con esa cólera impotente de los sectarios: despues nadie volvió á pensar en sus ahullidos. Pero hé aqui que en el siglo XIX, D. Juan Amador va y recoje esas sucias migajas y se alimenta con ellas, y quiere participar de su rico botin á la sociedad mejicana. ¡Oh, gracias! Muy buen provecho. No tengo ahora humor de decir mas al Sr. D. Juan.

SIGLO XVIII.

Inocencio XIII.

La gran falta que cometió fué, segun Amador, haber prometido cortar la fuente de las discordias entre jansenistas y molinistas, y no haberlo hecho. Y, continúa, fué tanto menos disculpable cuanto que supo á no dudarlo que los ritos idolátricos de la China continuaban aprobados por los misioneros residentes en aquel vasto imperio.

Es claro ¿quién lo duda? fué tanto menos disculpable de no haber cumplido lo que prometió sobre jansenistas y molinistas, cuanto que en la China habia idólatras. ¡Qué lástima que Zamacois no haya visto eso para que lo rimara con la gracia que él acostumbra, en sus "Poesías disparatadas!" Eso me recuerda aquello de un poeta:

Tocando la lira Orfeo
Y cantando Jeremías,
Bailaban unas folias
Las hijas del Cebedeo.

Pero esto es no cumplir lo que prometí, como Inocencio XIII, que fué contestar seriamente al Sr. Amador. Dios me premia-

(1) Tom. V, pág. 115.

rá el esfuerzo y el sacrificio supremo que hago, para no ceder á cada paso á esta tentacion diabólica de reirme de las cosas del *Despertador*.

¿Quiere vd. saber por qué el Sr. Inocencio XIII no hizo cuanto era de esperarse de su brillante talento y de las intenciones que lo animaban? Porque los dos años de su Pontificado fueron para este Papa dos años de crueles sufrimientos, ocasionados por sus enfermedades. Y sin embargo de su debilidad y postracion fisica, oiga vd. el juicio crítico que de él hizo el conde de Albon: "Sin embargo supo inmortalizar su reinado: sus grandes virtudes y la ciencia del gobierno, lo habian hecho gran principe. Amáronle los grandes, y dieron á su muerte muestras del mas vivo pesar. El pueblo manifestó su dolor con lágrimas." (1)

Ademas, expidió la célebre bula *Apostolici ministerii*, en que resuelve muchas cuestiones de disciplina y manda la puntual observancia de los decretos del Concilio de Trento. (2)

Convengamos, pues, Sr. Amador, en que hizo algo y en que no dejó, como vd. dice, las cosas en el estado que las encontró.

SIGLO XIX.

Pio VII.

Uno de esos profetas que suelen anunciar la caída del Papado, dijo un dia á los católicos, mofándose de ellos: Guardad bien vuestro Papacmbalsamadlo..... porque será el último. Y *el que habita en los cielos se burló de ese profeta*, y dejó que el tiempo vengara á los católicos, cayendo una vez mas todo el peso del ridículo sobre ese tremebundo pronóstico. Ranke dice otra cosa cuando ve morir á Pio VI. "¿No podria creerse que habia concluido el Papado para siempre?" Pero Ranke lo dice poseido de admiracion al ver ese prodigio. Contempla atóni-

(1) Disc. sobre la Italia, tom. II.

(2) Bouf. tom. V.

to ese Solio de los Papas y exclama: ¡Todavía en pie el Pontificado!.... ¡Salud á la obra eterna de Dios!

¡Qué espectáculo se ofrece al mundo! La lucha de Bonaparte con Pio VI y con Pio VII.

El hombre que encadena á su carro triunfal á las naciones desfavoridas; el soberbio general de la república francesa, que juega con las coronas y con los reyes, como si fueran muñecos; el terrible soldado que hunde con su planta los tronos de la vieja Europa; el genio de la guerra, en fin, que lucha cuerpo á cuerpo y vence todos los obstáculos que acumulan á su paso los hombres y la naturaleza; se detiene sin poder avanzar ni una sola línea, ante la resistencia que le hacen dos ancianos indefensos, Pio VI y Pio VII. Vedlos. Es la lucha de la tiranía contra la libertad, de la fuerza brutal contra el derecho, del mayor de los poderes que ha habido sobre la tierra, contra el Pontificado Romano. El déspota amenaza, se irrita, se enfurece como un leon herido. ¡Pero en vano! Todo cede ante él ¡excepto Pio VI y Pio VII! Están en sus manos, puede despedazarles; pero hacer que cedan á sus locos y orgullosos caprichos, en menoscabo de la dignidad Pontificia y de la verdad católica, eso no podrá jamas.

Dejemos á Pio VI, á ese mártir glorioso, reposar bajo la tumba; y digamos una sola palabra de Pio VII.

Lo acusa D. Juan Amador de la conducta que observó con Napoleon. Acusar de eso á Pio VII, es no tener ni siquiera idea de lo que significan esas bellas palabras *libertad é independencia* de las naciones, libertad é independencia de la Iglesia y del Estado; acusarlo de eso es sentar plaza de esclavo, de defensor de las mas odiosa tiranía. ¡Sabe el Sr. Amador por qué Pio VII desenvainó la espada de S. Pedro contra el mas poderoso de los tiranos? ¡Por qué protestó cien y cien veces contra los actos de Napoleon? Fué porque mandaba sus legiones á pisotear las libertades de Italia, y sobre todo, de los Estados Romanos, violando su palabra; fué porque despojaba á la nacion que Pio VII gobernaba como soberano legitimo, de sus derechos

mas sagrados, de su independencia y libertad, para darla á un niño, como quien le entrega un juguete; fué porque quiso ser Jefe de la Iglesia, creando y nombrando obispos; y fué porque los soldados franceses violan en Roma todas las leyes divinas y humanas. Mandan con el látigo en la mano; amenazan reducir á escombros á cañonazos el Quirinal, si no cede el Papa á las exigencias del tirano de Europa; fuerzan y derriban las puertas de los palacios y entran á viva fuerza y se apoderan de la persona del Pontífice, y desprecian y se burlan de todo lo que mas aman los pueblos: sus leyes, su religion, su soberano, su Patria.

Por eso Sr. Amador, ese ilustre Pontífice resiste con toda la fuerza de su voluntad á Napoleon. Esa es la explicacion de su conducta, de esa conducta que V. censura, porque las preveniciones contra los Papas lo ciegan, porque la pasion y la calumnia, no la razon y la justicia, son las que lo han guiado en su *Despertador*.

Aquí debo recordar una cosa que muchos han olvidado ó no han sabido: mi amadapatria se indignó contra el Neron de los tiempos modernos, porque tuvo cautiva á la Cabeza del Catolicismo, y cuando supo su libertad, en medio de sus expansiones de júbilo, le mandó un rico y hermosísimo caliz con esta inscripcion latina grabada al pie:

Quam bene successit Petro Pius: Hostia Christi
Ambo: Nerone Petrus, Napoleone Pius.

Pio IX.

Tal vez no me creará el Sr. Amador; pero es la verdad lo que voy á decir. Me alegro, y hasta cierto punto le estoy reconocido, de que haya hablado mal del Sr. Pio IX; no por aquello de que "Si los sábios no aplauden malo etc," no, libreme Dios de decir tal cosa del Sr. Amador, sino porque me proporciona la ocasion de manifestar mis respetos, mi profunda adhesion y mi entusiasmo

por el Sr. Pio IX. Soy yo el mas insignificante de sus hijos: no le he visto ni le veré nunca seguramente; una distancia inmensa me separa de su persona, y sin embargo lo amo y lo admiro, como si alguna vez lo hubiera visto y se hubiera dignado bendecirme. Estoy seguro de que él tambien me ama y me lo diria sin duda si me viese, porque sé que es bondadoso y noble, y mas que todo, porque es mi Pastor y el Padre comun de los fieles. ¿Qué me importa que los que se avergüenzan de ser católicos, ó los que no lo son, no comprendan esto? Yo me glorio de serlo, y cumplo con un deber de mi corazon al saludar y bendecir á Pio IX. Si él pudiera oirme, tal vez nada le diria; porque no quiero que nadie, con razon ó sin ella, me tilde nunca de lisonjero, y porque yo solamente elogio cuando no me oye aquel de quien hablo.

El Sr. Amador acusa á Pio IX *de la sangre que por él se derramó y de los trastornos de Italia*; pues que él fué quien dió el primer movimiento y quien impulsó á la revolucion.

Se refiere el Sr. Amador, á lo que parece, á los primeros meses del pontificado de Pio IX, en que siguió su gobierno una marcha no bien definida ni bien comprendida. Empero, el Sr. Pio IX no merece por esto ningunos reproches. Sus intenciones eran puras y leales: su alma bella y generosa se mecía en la consideracion de una halagüeña perspectiva. Creyó que el perdon y los beneficios desarmarian á los enemigos de la Santa Sede, y que acabarian las facciones. Encontró divididos los ánimos y quiso unirlos, hirvientes las pasiones y quiso calmarlas. ¿Es culpable el que tal hace, el que gobierna con esas intenciones? No dió esa marcha el resultado apetecido, es cierto; ¿pero quién tuvo la culpa? ¿Fué Pio IX, abriendo su corazon y sus brazos á todos, ó fueron los que le daban el beso de Judas, los que recibian sus beneficios para tornarlos en otras tantas armas que le asestaban por la espalda? No, no fué Pio IX, Sr. Amador, el culpable de los sucesos ulteriores; fueron los ingratos que abusaron de sus favores y de su clemencia; fué la revolucion á quien nada satisface, la revolucion que se mostró imperiosa, insultante con el que le habia dirigido una palabra de paz y de reconciliacion.

Pio IX no dió el primer impulso á la revolucion, como dice el *Despertador*; estaba ya en carrera: es mas antigua de lo que cree el Sr. Amador. Pio IX lo que hizo, lo que intentó al menos, fué desviarla de la mala senda que llevaba, y encaminarla hácia la ruta del verdadero progreso, de la verdadera libertad, trazada por la escuela católica. Cuando vió que sus intenciones no eran comprendidas; que aquellos á quienes habia hecho gracia, levantándose el destierro ó sacándolos de las prisiones, hablaban mas alto de lo que convenia; que querian convertirse de súbditos en amos; que trataban de eliminar al Papa ó escudarse con su persona para llevar á cabo sus proyectos insensatos; entónces el Sr. Pio IX hizo lo que debia hacer el Rey y el Pontífice: levantar la cabeza y tomar una actitud digna y severa.

De allí no se podia pesar. Hasta allí habia hecho ver al mundo que era un príncipe bueno y liberal; un hombre que hacia el último esfuerzo por el afianzamiento de la paz pública y la fusion de los partidos, á fin de que no hubiera mas que católicos é italianos, y acabara para siempre toda otra denominacion odiosa y ruin. Pero "las tinieblas no lo comprendieron." Cayó en aquel instante una dulce esperanza, desprendida de su corazon, y en su lugar no queda mas que una decepcion amarga y dolorosa. Su resolucion es irrevocable: su deber le hace inexorable á todo pérfido halago de la demagogia: su dignidad, su buen nombre lo obligan á exclamar en alta voz, ante el cuerpo diplomático, *ante la Europa y el mundo entero*: (son sus palabras) *que no toma parte, que no entiende tomarse en los actos del gobierno á los que quiere permanecer enteramente extraño, prohibiendo que se sirvan de su nombre y que adopten en los actos de gobierno la fórmula ordinaria: Con aprobacion de Su Santidad.* Declinando así el Soberano Pontífice toda responsabilidad, la revolucion obra por su cuenta, y acepta todas las funestas consecuencias de su perfidia. Los bárbaros atentados que siguieron, son suyos, exclusivamente suyos, y la sangre, y las lágrimas, y la execracion universal y el baldon eterno, cayeron sobre su cabeza, porque ella misma lo quiso, como en otros tiempos el pueblo reprobo.

El Sr. Pio IX se retira de la ciudad ingrata, y al dejarla no tiene para ella mas que palabras de compasion. "Os recomendamos de todo corazon, dice al misnisterio, en una carta que escribe al salir, (24 de Noviembre de 1848) y deseamos la quietud y el orden en la ciudad entera." Diez y ocho meses permanece en su retiro de Gaeta, donde recibe la mas generosa hospitalidad del rey de las Dos Sicilias.

¿Qué mas podrian desear los enemigos del Papado? ¿No está ahí ya Roma en su poder? ¿No está Pio IX fugitivo, vencido? Sí, sí; aplaudid en vuestras tenebrosas orgias y cantad La Marsellesa. Esa es vuestra hora. El Papado ha caido....

Pero ¿qué sucede? Que os habeis engañado lastimosamente; que el momento del delirio ha pasado; que Roma sin Pio IX, es Roma decapitada; que sus convulsiones son las convulsiones de la muerte, y que es preciso que vuelva su Cabeza para que vuelva á la vida.

¡Arcanos de Dios! La democracia, la república francesa, vuelve un trono que habia usurpado la democracia italiana! ¡Providencia de Dios! Pio IX en el destierro, es mas grande, mas fuerte que Pio IX en Roma. Su causa es la causa de Europa, del mundo; las mismas naciones protestantes, como Inglaterra, tendrían á honra el hospedarlo y defenderlo. De todas partes llegan á Gaeta protestas de adhesion, de amor y respeto. Méjico es de las naciones que le ofrecen su suelo, y la que deposita en manos del Padre comun de los fieles, la suma de veinticinco mil pesos. ¡Siempre noble y generosa; siempre eminentemente católica! ¡Honor á Méjico! ¡Benditá sea la Patria mia!

Y Roma resucita, y recibe en triunfo al Papa-rey, y el Papado está ahí mas firme, mas glorioso que nunca. Otra vez y cien será combatido; pero no importa; él vencerá. Hoy mismo el huracan revolucionario azota esa barquilla terriblemente. Preguntad por Pio IX. ¿Qué hace? ¿Lo arredra esa tempestad? ¿Vale en su camino? ¡Oh, no!

Ved ahí su magestosa figura: ved su frente serena; sus labios entreabiertos por la sonrisa con que contesta al ronco fragor del

trueno. Es un anciano, pero robusto piloto, que ha pasado su vida arrullado por las olas y por las tempestades. Tiene confianza en su barca; la conoce hace muchos años ¡y no zozobrará! Tambien los católicos la conocemos, y por eso estamos tranquilos, por mas que nos exageren los peligros.

Pero Pio IX *nada hace ni hará en el orden religioso*, dice D. Juan Amador. ¡Qué gracioso es este Sr. Amador! ¿De dónde habrá caido que tan escaso se halla de noticias? Todo lo que sabe que ha hecho el Sr. Pio IX, es la *introduccion del nuevo misterio de la virginal concepcion de Maria*, que tan solemnemente aplaudieron los tontos y los fanáticos.

Nada mas que eso ha hecho, ¿verdad? Y luego, ¡mire vd. qué friolera! Cosas al fin para tontos y fanáticos. Por eso en Méjico al saberse la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de Maria, no aplaudieron ni celebraron tal acontecimiento mas que los tontos, es decir, las Universidades, los Colegios, los Institutos literarios, las Ordenes religiosas, el cuerpo de abogados, el claustro de doctores, el comercio, el gobierno, los escritores públicos, los poetas, los artistas, todas las clases, el pueblo... y nadie mas. Los que no aplaudieron ¡oh! esos sí fueron muchísimos, y sobre todo, los sabios; á saber: el Sr. Amador, y.... el Sr. Amador. Y á esos tontos vaya vd. á preguntarles por qué aplaudieron. ¡Por nada! Porque vieron realizados los deseos de cien generaciones; porque vieron que lo que pidieron con tanta instancia los siglos, y la tradicion y los Padres de la Iglesia, desde Origenes hasta Santo Tomás, San Bernardo y Bossuet, tuvo lugar en el Pontificado del inmortal Pio IX.

"No eran, pues, dice el abate Gaume, espíritus débiles todos esos padres de la Iglesia, todos esos teólogos, lumbrera de sus siglos, y la admiracion de la posteridad, quienes sostenian con tanta elocuencia, quienes creían con tanta sinceridad, esta augusta prerogativa de Maria. No eran espíritus débiles todos esos doctores de las universidades católicas de Francia, Inglaterra, España é Italia, que hacian profesion de creer en la Inmaculada Concepcion de la Madre

de Dios, y quienes se obligaban por juramento á defender esta creencia. Los espíritus débiles son esos *grandes genios* que corren las calles, y quienes vituperan y rechazan lo que no conocen, únicamente por que no conviene ni á su débil razon, ni á su depravado corazon." (1) Parece que el abate Gaume estaba viendo el *Despertador*, y que escribia para el Sr. Amador.

Perdone vd., pues, á los *tontos* que hayan aplaudido, y á Méjico no lo abruma mas con su indignacion, porque levantó arcos de triunfo y tejió mil coronas para la frente de la Purísima, de esa Virgen á quien él ama como ningun pueblo de la tierra.

Es disculpable, otra vez perdon: Méjico creyó lo que todos esos *tontos* de que habla el abate Gaume, y, mas que todo, todavia no venia "*El Despertador*" á ilustrarnos. ¡Misericordia, Sr. Amador! Y deme el permiso de decirle que no sabe vd. lo que dice, cuando llama á ese dogma *un dogma nuevo*. No hay dogmas nuevos en el catolicismo. Ya oyó vd. cuán antigua es esa creencia. Data desde San Agustin, desde Orígenes, desde el establecimiento del catolicismo, desde aquel que escribió: "Toda eres hermosa. No hay en tí la menor mancha;" desde aquel que dijo: "Una muger quebrantará tu cabeza," y no podia quebrantarla si alguna vez ella, María, hubiera sido esclava de la serpiente; desde el origen de los tiempos; desde la eternidad. No hay dogmas nuevos, mi Sr. Amador: todo lo que hay es que que antes del Sr. Pio IX, era un dogma de fé implicita, y hoy es de fé explicita, ó si vd. todavia no lo entiende, antes no incurria en la nota de herejia el que no profesaba esa creencia, y hoy si incurre en una tan grande como un templo; porque el Espíritu Santo así lo ha querido, manifestándonos su voluntad soberana por conducto del Vicario de Jesucristo sobre la tierra, que es infalible en este particular, como ya se lo he demostrado.

Este solo acontecimiento ha cubierto á Pio IX de inmortalidad. Su nombre se pronunciará mientras se celebre la fiesta de la Inmaculada Concepcion, y esta fiesta se celebrará mientras el sol nos alumbre y el mundo exista.

(1) Tom. II. pág. 437 del Catec de Persev.

Pero eso es únicamente lo que ha hecho Pio IX, repite Amador.—Prometo regalarle un libro que anda por ahí y que se llama el *Syllabus*; para que vea *algo* de lo que ha hecho el Sr. Pio IX, y no vuelva á decir *que nada ha hecho*. No es nada efectivamente. La resolucion de los grandes problemas que mas agitan al mundo; la condenacion de todos los errores de las modernas escuelas; la sentencia de muerte del racionalismo, y la proclamacion neta del principio de autoridad. Y si vd. quisiere saber *qué mas ha hecho*, le recomiendo "*La Vie et portrait de Pie IX*," por Félix Clavé, "*La Revolucion de Roma*" por el conde Fabraquer, La Historia de la misma Revolucion por Balleidier, "*La Italia Roja*" por Arlincourt, y..... eso hasta para que vd. se instruya y no se exponga á que lo desmientan por ahí los *tontos y fanáticos*.

Pocos Pontificados tienen anales tan gloriosos como el del Sr. Pio IX: pocos Pontífices recordará la posteridad con mas orgullo que al que actualmente ocupa la Santa Sede. Su largo reinado, sus padecimientos, su perenne batallar, sus eminentes virtudes, sus tareas y sus desvelos por las reformas de las costumbres y por el engrandecimiento de la religion; sus obras de beneficencia y las inmensas mejoras que ha hecho en el órden religioso y en el órden político, y mas que todo, su fé ardiente en la santa causa que defiende, su energia, su valor á toda prueba, le han conquistado un asiento entre los grandes hombres, y un título á las bendiciones de los presentes y de los venideros.

El Papado ha recibido de sus manos un nuevo lustre, y la Iglesia católica, cuyo victorioso estandarte ha empuñado Pio IX por veinte años, se alentará en lo futuro y se llenará de ardimiento, en medio de los combates, cantando las glorias y los hechos de su antiguo Gefe, de Pio el Grande.

CONCLUSION.

Cerraré este insignificante trabajo con una ligera ojeada sobre lo que he dicho.

He recorrido á grandes pasos y á la luz de la historia, esa senda gloriosa que ha seguido el Pontificado, al traves de los siglos. A penas he tenido tiempo de detenerme un momento á contemplar ese Solio augusto sobre que se han sentado mil Pontífices. Un momento, sí; pero ¡cuánto ha gozado mi alma, y cuántas deliciosas é inefables impresiones ha recogido mi corazón creyente en ese solo instante que he podido pararme á ver pasar los Papas y sus obras!

Su cortejo lo forma todo lo que hay de mas bello, de mas grande, de mas dulce sobre la tierra: la libertad de quien ellos han sido los mas celosos campeones: los pueblos antes esclavos y libertados ya por los Pontífices, que desataron con sus manos las ligaduras y rompieron en mil pedazos las cadenas bajo que gemian; los pueblos, sí, que en muestra de gratitud y de amor van en pos del Pontificado, entonando himnos de gloria á sus libertadores, los Pontífices romanos: las ciencias, las letras y las artes, que van depositando á los piés del trono pontificio, mil coronas de flores, que no se marchitan nunca, porque son las flores de la poesía, del ingenio y del saber: la filantropía, ó mas cristianamente hablando, la caridad, que lleva en sus manos el incensario de oro con que perfuma el ambiente que respiran los Papas, porque ellos han sido los que han sostenido y propagado, del uno al otro extremo del mundo, el dulce imperio de esa reina del cristianismo, los que han derramado, á torrentes, los ricos tesoros que esa hija del cielo guarda en su seno para la pobre humanidad: la civilización, en fin, que debe á los Papas su carrera, sus progresos, su inmenso desarrollo y su marcha cada dia mas gloriosa.

Todo esto lo he visto, respirando á penas, con el mismo arrobamiento y alegría con que el viajero fatigado llega á ver por su dicha un oasis en medio del desierto. ¡Ahl! ¿Por qué no me ha sido dado prolongar mi respetuosa visita al Pontificado? ¿Por qué mi mirada no ha podido fijarse, cual quisiera, en ese cuadro esplendente y magnífico? Nada: solo me he reducido á levantar, para llevarla con respeto y amor á mis labios, tal y cual hermosa reliquia, que he recogido de entre las innumerables que cubren el camino del Papado. Solo he consignado en mi pobre escrito uno que otro hecho de los Pontífices.

¡Quién sabe! Quizá la Providencia algun dia me depare, como se lo ruego, la felicidad de ser mas explícito. Hoy no podia decir mas de lo que dije. Ni la premura del tiempo, ni el objeto que me propuse, me dejaron toda la libertad que ambiciono.

No me propuse, como se ha visto, mas que desbaratar esa carcomida armazon de injurias que levantó D. Juan Amador, y creo haber conseguido mi intento, sin que en esto tenga ni la mas ligera vanidad. Difícil es sostener una causa perdida, como la del error: la verdad por sí misma es fuerte y ministra fácilmente armas y recursos al que milita bajo su vieja é invencible bandera.

Tampoco ha sido una necia fatuidad la que me ha dictado las palabras con que he intitulado este desaliñado escrito. Si lo llamo «Verdadera Historia de los Pontífices,» no es porque crea que estas tres páginas son su historia. ¡Oh, no! Los anales del Pontificado llenan el mundo: llamo á este cuaderno *verdadera historia*, porque lo que contiene, por poco que sea, es bebido de la verdadera fuente, de la verdadera Historia del Papado, en contraposición de las mentiras, de los cuentos y de la *falsa historia* que contiene el cuaderno que he refutado.

Estas otras líneas que vengo añadiendo, son para hacer esta observación que no tuve ocasion de consignar anteriormente y sobre la cual llamo la atención del público ilustrado á quien me he permitido dirigirme. El libelo que impugno, habla de aquellos Pontífices que bajo algun aspecto creyo vulnerables; los escojió y agrupó sobre ellos centenares de supuestos crímenes. Pero esos Pon-

ifices no son todos, ni la mitad siquiera, de los que cuenta la Iglesia romana.

Ahora bien: esos Papas de que habla el cuaderno cien veces citado, lejos de estar manchados, como se pretende, no están sino cubiertos de gloria por sus virtudes y sus eminentes servicios hechos al mundo, como se acaba de ver en lo que dejo escrito y probado con mil y mil testimonios que he hallado hasta en los enemigos de la comunión católico-romana.

¿Qué deberemos, pues, pensar de las otros que ni el mismo D. Juan Amador se ha atrevido á tocar? ¿qué juicio deberá formar el público, aunque no conozca la historia del Pontificado, de esos otros Papas que un escritor de tanta mala fé como ese, ha dejado en el olvido?

Cualquiera ve que ese silencio es la mas elocuente apología, la confesion mas paladina, de que esos otros cien Pontífices no tienen sino la mas limpia y brillante hoja de servicios prestados al mundo, de virtudes y proezas con que alcanzaron la inmortalidad, el respeto, la admiracion y el reconocimiento de las generaciones.

Los que Amador quiere manchar, no están manchados, por mas que los haya rebuscado como mejor cuadró á sus innobles miras, lo repito mil veces. Los que dejó olvidados forman la mayor parte.

Luego los católicos podemos concluir, levantando nuestra frente y rebosando el pecho de noble orgullo. El Pontificado es la honra del mundo y la eterna gloria del catolicismo. *El Papa es el Romano Pontífice á quien debemos entera obediencia.*

¡En pié ante el Pontificado!

¡De rodillas ante la obra eterna de Dios!

Guadalajara, Diciembre 1.º de 1867.

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE

DE LOS

Pontífices de que se habla en este escrito.

	Págs.
Adriano I.....	53
Adriano II.....	59
Alejandro II.....	77
Adriano IV.....	88
Alejandro III.....	88
Alejandro V.....	110
Alejandro VI.....	119
Alejandro VII.....	145
<hr/>	
Bonifacio I.....	43
Bonifacio II.....	45
Benedicto III.....	58
Bonifacio VI.....	61
Benedicto VI.....	68
Bonifacio VII.....	68
Benedicto VIII.....	72
Benedicto IX.....	72
Bonifacio VIII.....	75

ifices no son todos, ni la mitad siquiera, de los que cuenta la Iglesia romana.

Ahora bien: esos Papas de que habla el cuaderno cien veces citado, lejos de estar manchados, como se pretende, no están sino cubiertos de gloria por sus virtudes y sus eminentes servicios hechos al mundo, como se acaba de ver en lo que dejo escrito y probado con mil y mil testimonios que he hallado hasta en los enemigos de la comunión católico-romana.

¿Qué deberemos, pues, pensar de las otros que ni el mismo D. Juan Amador se ha atrevido á tocar? ¿qué juicio deberá formar el público, aunque no conozca la historia del Pontificado, de esos otros Papas que un escritor de tanta mala fé como ese, ha dejado en el olvido?

Cualquiera ve que ese silencio es la mas elocuente apología, la confesion mas paladina, de que esos otros cien Pontífices no tienen sino la mas limpia y brillante hoja de servicios prestados al mundo, de virtudes y proezas con que alcanzaron la inmortalidad, el respeto, la admiracion y el reconocimiento de las generaciones.

Los que Amador quiere manchar, no están manchados, por mas que los haya rebuscado como mejor cuadró á sus innobles miras, lo repito mil veces. Los que dejó olvidados forman la mayor parte.

Luego los católicos podemos concluir, levantando nuestra frente y rebosando el pecho de noble orgullo. El Pontificado es la honra del mundo y la eterna gloria del catolicismo. *El Papa es el Romano Pontífice á quien debemos entera obediencia.*

¡En pié ante el Pontificado!

¡De rodillas ante la obra eterna de Dios!

Guadalajara, Diciembre 1.º de 1867.

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE

DE LOS

Pontífices de que se habla en este escrito.

	Págs.
Adriano I.....	53
Adriano II.....	59
Alejandro II.....	77
Adriano IV.....	88
Alejandro III.....	88
Alejandro V.....	110
Alejandro VI.....	119
Alejandro VII.....	145
<hr/>	
Bonifacio I.....	43
Bonifacio II.....	45
Benedicto III.....	58
Bonifacio VI.....	61
Benedicto VI.....	68
Bonifacio VII.....	68
Benedicto VIII.....	72
Benedicto IX.....	72
Bonifacio VIII.....	75

	Págs.
Conon.....	50
Cristóbal.....	63
Calixto II.....	85
Celestino III.....	90
Clemente V.....	98
Clemente VI.....	102
Calixto III.....	114
Clemente VIII.....	139
Dámaso I.....	41
Estévan I.....	38
Estévan II.....	52
Estévan III.....	53
Eugenio II.....	56
Estévan VI.....	62
Estévan VIII.....	66
Estévan IX.....	74
Eugenio IV.....	112
Félix II.....	40
Félix IV.....	45
Gregorio III.....	51
Gregorio IV.....	56
Gregorio V.....	69
Gregorio VII.....	78
Gelasio II.....	83
Gregorio XI.....	105
Gregorio XII.....	109
Gregorio XIII.....	134
Honorio.....	48
Inocencio I.....	42
Inocencio II.....	86
Inocencio III.....	91

	Págs.
Inocencio VII.....	109
Inocencio VIII.....	118
Inocencio X.....	144
Inocencio XIII.....	146
Juana la papisa fábula de.....	57
Juan VIII.....	60
Juan X.....	64
Juan XI.....	65
Juan XII.....	66
Juan XIII.....	67
Juan XVII.....	71
Juan XXII.....	100
Juan XXIII.....	111
Julio II.....	122
Julio III.....	127
Leon III.....	54
Liberio.....	39
Leon V.....	63
Leon VIII.....	67
Leon IX.....	73
Leon X.....	123
Marcelino.....	39
Martino ó Merino II.....	61
Martino V.....	111
Nicolás I.....	58
Nicolás II.....	75
Nicolás V.....	114
Pedro S.....	31
Pelagio.....	47
Pascual I.....	55
Pascual II.....	81
Pío II.....	115
Paulo II.....	116

	Págs
Paulo III.....	125
Paulo IV.....	128
Pio IV.....	131
Pio V.....	132
Paulo V.....	140
Pio VII.....	147
Pio IX.....	149
Roman.....	62
Sergio I.....	50
Sotero.....	35
Symmaco.....	43
Silverio.....	46
Sergio III.....	64
Silvestre II.....	70
Sixto IV.....	117
Sixto V.....	137
Teodoro II.....	62
Urbano II.....	80
Urbano V.....	104
Urbano VI.....	106
Urbano VIII.....	142
Victor I.....	36
Zeferino.....	37

FÉ DE ERRATAS.

PÁGINA,	DICE.	DEBE DECIR.
13	revista	<i>Revista</i>
19 y otras	infalibilidad	infalibilidad
25	Thiess	Thiess
50	particular	particular
64	(Despertador)	Despertador
66	contra Papa	contra el Papa
73	castigarse	castigado
85	no escribo la historia	no escribo <i>toda</i> la historia
87	que lo asistieron	que asistieron á Honorio II
89	y el apoteosis	y la apoteosis
103	meollo	meollo
Id.	Ya, que no sois	Ya que no sois
109	Dice "que Benedicto XIII	Dice que Gregorio XII
110	Abdicó	Abdicó Gregorio
120	acreedores, desgraciados	acreedores desgraciados
140	desmallar	desmayar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DAD A N O N O M A D E N U E V O
C I O N G E N E R A L D E B I B L I O T E C A

